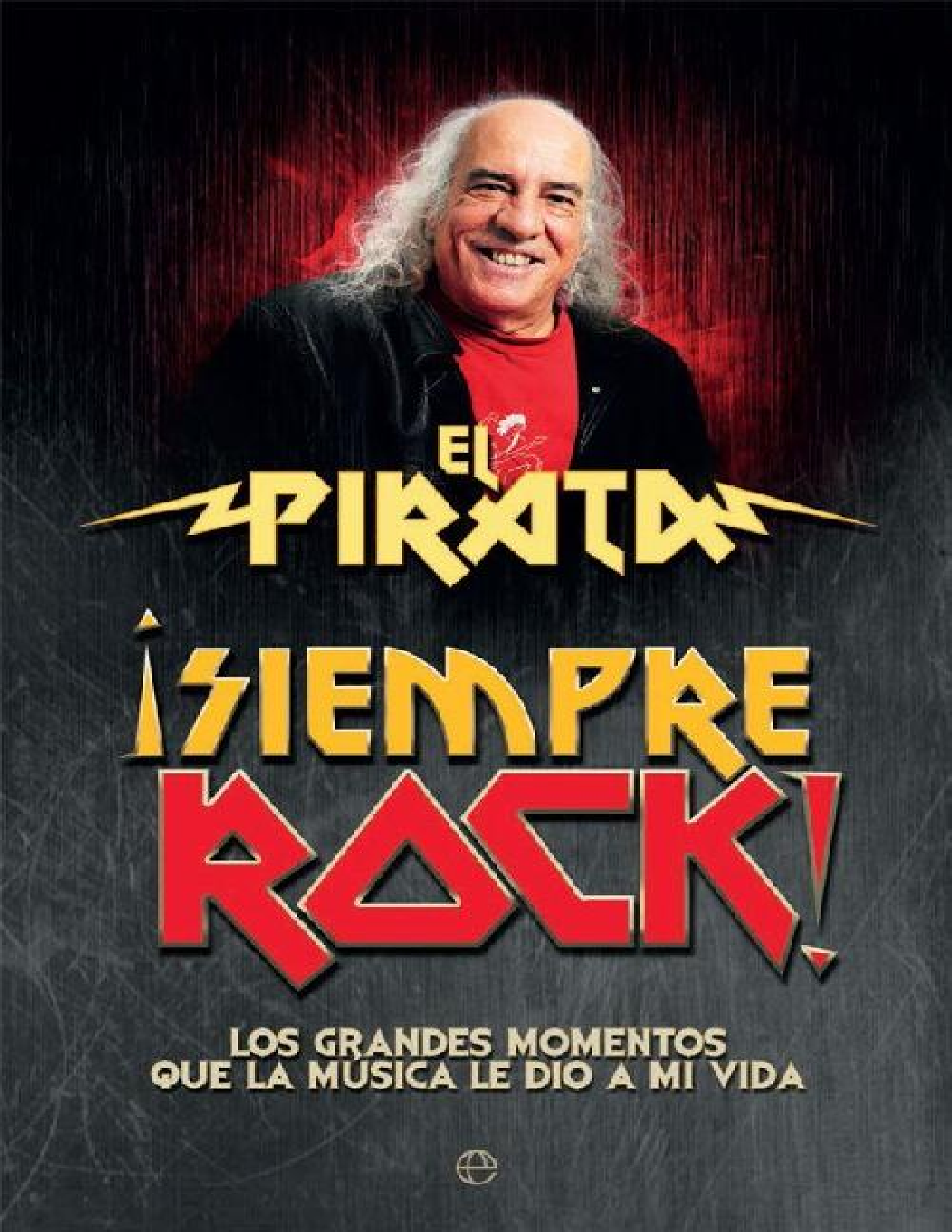
EL PIRATA
¡SIEMPRE ROCK!
LOS GRANDES MOMENTOS
QUE LA MÚSICA LE DIO A MI VIDA

Sé que no soy nada original, pero porque aparece en este libro y por todo lo que nos dio y nos enseñó, se lo dedico a Lemmy.
Y a Christian, Víctor, Aaron, Elia, Pablo, Daniela, Javi, Noelia y Carmen, porque son el futuro.

Agradecimientos

Gracias…

Al experimentado escritor de rock Mariano Muniesa, por ser el primero en apoyarme y darme ideas.

Al experto en coleccionismo discográfico Mariano Gil; al viejo amigo Juata y al entrañable Gernot Dudda por refrescarme la memoria y rescatar algunas de las batallitas de este libro.

A Carmela Ordúñez por la transcripción y las primeras correcciones.

A Juan Destroyer por invertir su tiempo de la comida en buscarme fotos.

A Vicente *Mariskal* Romero por estar un finde entero buscando fotos en el archivo de LA JEVY.

A Jorge Vileilla por ofrecerse desinteresadamente a diseñar la portada aunque finalmente no la hiciera.

A Raquel Piqueras por ayudarme a organizar el primer esquema del libro.

A Javier Burguera por su asesoramiento informático y por rescatar de los abismos fotos que no pudieron aparecer.

A José Sayago por la Operación Pompeya: escarbar y remover hasta dar con lo que buscábamos.

A Ramón del Precinto por darme el dato del concierto de Janes Adiction.

A Lucía Campo por estar constantemente ofreciéndome su ayuda para estas páginas.

A mi hermana porque en una etapa más que complicada buscó fuerzas y tiempo para que *¡Siempre rock!* estuviera entregado en su momento.

A Carmen, por saber comprender que escribir un libro me convierte en un bicho raro.

A Mónica, que una vez más se comió el «marrón» editorial.

A los chicos de La Esfera de los Libros por el buen rollo que tienen.

A mi banda de cada mañana en la radio porque a pesar de los madrugones han seguido día a día la evolución de este libro.

A mis compañeros de Rock FM que siempre me apoyan haga lo que haga.

A Silvia, Julio, Alfonso Espe y «El Español» por los rotuladores que me proporcionan para escribir este libro.

Y a Javi Jaguar que se curra tan bien la web.

Tengo la fortuna de llevar rodando cuarenta y cinco años en el rock mundial y eso me ha permitido conocer a miles de personas. Con algunas hice una profunda amistad, con otras solo fue un saludo fugaz, pero todos, de alguna manera, forman parte de mi vida y les doy las gracias aunque no les nombre. Y por último gracias a ti, lector. Espero que la confianza que has puesto en mí dejándote la pasta e invirtiendo tu tiempo en este libro te revierta en buenos ratos y te arranque sonrisas e incluso alguna carcajada.

Puedes seguir nuestro programa *El Pirata y su banda* de lunes a viernes, de 6 a 10 horas, en Rock FM y también en su web oficial *www.elpirata.com*. ¡Siempre rock!

Prólogo

Pienso que no es el momento. También pienso que a quién le puede interesar. Me refiero a lo de contar mi vida, con lo cual la idea de este libro siempre fue la de darle a la moviola de mi coco, rescatar experiencias y narrarlas en primera persona porque son mías. En cuarenta y cinco años de rock necesariamente tienen que pasar cosas dignas de ser contadas, así que en las siguientes páginas te vas a encontrar con lo que el viento no se pudo llevar de mi memoria. Porque tengo que reconocerlo, este libro habría sido muy distinto si en algún momento de mi vida me hubiera dado por registrar de alguna manera en papel, con una grabadora, con fotos o de alguna forma, todo o al menos lo más destacable para contar. Lo que me ha pasado o he vivido en cuatro décadas y media de vivir en el rock.

Pero no fue así mi paso por la cultura del circo eléctrico. Guardo sus consecuencias, muchos de los discos, que no todos, y también una buena cantidad de documentos en forma de grabaciones, publicaciones, carteles, reliquias y piezas diferentes que espero tener tiempo algún día para organizarlas y depositar en algún lugar para que en un futuro mi colección pueda ilustrar a alguien sobre lo que fue la cultura del rock. Pero claro, esto es lo tangible, lo que se vive en el momento, en el instante único que ocurre. Cuando se esfuma es otro cantar, así que habrá que conformarse con lo que quedó.

Supongo que en otras formas de vida ocurrirá igual, pero en el rock, que es lo que conozco, la velocidad con la que se vive es vertiginosa y no siempre la cuenta es correlativa, como en la

canción de U2: del tres se pasa al catorce y así vamos viviendo. Por supuesto que a la hora en que se te olviden cosas no solamente influye el ritmo frenético con el que vivimos la gente del rock: también están la noche y sus consecuencias. Esta es la gran causa por la que este libro no será infinitamente más florido, pero como decía Lemmy: «Aquella gira de Hawkwind en los setenta estuvo genial, no me acuerdo de nada».

Honestamente creo que lo que el viento no se llevó de mi memoria es más que suficiente para que amortices la pasta que has invertido en este libro. Si hay alguien en quien creo fervorosamente es en Murphy, o más bien en su ley, porque el individuo en verdad no sé quién era, pero por esa fe más que ciega que profeso a sus postulados tengo claro que cuando este libro se publique mi memoria reverdecerá. Y no solo eso: mis amigos vendrán y me dirán que cómo no conté aquello, que cómo se me olvidó lo otro… Entonces sí, recolectaré cada anécdota en un ordenador o en una servilleta de papel y si consigo una buena cosecha llamaré a la puerta del despacho de Mónica Liberman y le diré: «Mira lo que tengo». Y si ella lo ve bien saldrá a la luz, pero esto está por pasar y por llegar. Por el momento lo que hay es lo que tienes en las manos. Una vez más te recomiendo que vayas a tu discografía y hagas sonar tus discos favoritos mientras avanzas en las aguas de esta lectura; así la travesía será más placentera.

¡Siempre rock!

Introducción

El método Angus

Escribir un libro requiere un estado de aislamiento tanto físico como mental. La imagen extendida de alguien encerrado en sus ideas y también en su estudio enfrentándose a un tocho de folios en blanco. Quizá, en estos tiempos, más bien al Word. Y ese fue mi primer planteamiento, solo que no sé por qué recordé a Angus y su método para componer.

Como más adelante contaré, el guitarrista del grupo AC/DC me dijo en una entrevista que viajando por el mundo y encerrado en habitaciones de hotel conseguía lo que buscaba para su siguiente disco. Bueno, este será un libro de rock y quizá el «método Angus» convenga aplicarlo y así lo hice. Me olvidé de la idea de crearme una burbuja en algún lugar durante un tiempo y me aprovisioné de varias cajas de rotuladores y de un considerable taco de folios reciclables y añadí un par de agendas de bolsillo en las que, en síntesis, anoté las historias que vas a leer. Lo puse en una carpeta y con ella viajé durante seis meses.

Escribí en restaurantes, bares de rock (es difícil pero lo hice), en la redacción de Rock FM, en el coche, pero sobre todo, como Angus, en hoteles. En los hoteles que me encontraba en el camino, porque además de escribir, mis otras andanzas no podían parar, con lo cual el libro es puro rock. Por supuesto por su contenido, pero también por cómo se parió, en hoteles, en carretera, como es el rock.

Estos son algunos de los sitios donde he ido escribiendo este libro: mi casa de Madrid, la casa de mi novia a orillas del Mediterráneo, la casa de mi hermana en Talavera de la Reina, hotel rural La Dehesilla (Barajas, Ávila), hotel Nelva (Murcia), hotel Los

Gavilanes (Toledo), hotel Virrey en Arnedo (La Rioja), la redacción de Rock FM en Madrid, el tren Alvia, hotel Almirante (Ferrol), hotel Carmen (Granada), un hotel en Almoradí que no recuerdo cómo se llamaba y el Holiday Inn Express de Vitoria. Y en cualquier lugar donde encontré un espacio para conseguir que los folios dejaran de estar en blanco.

Provincia del bolo, años setenta: ¿qué hago aquí?

La media es una por semana. Hablo de las entrevistas que me hacen para publicaciones *online*, programas de radios universitarias y trabajos de clase que los profes mandan a sus alumnos. Me siento bien colaborando con los chicos. Todos hemos empezado de alguna manera. Las entrevistas suelen tener un formato parecido y hay una serie de preguntas que se repiten inevitablemente y luego están las que el estilo y el interés de cada entrevistador aporte.

En una de ellas, hace poco, me preguntaban por mi primer concierto. Yo contaba que no había sido un concierto como tal, más bien eran los ensayos que hacían las orquestas que iban a mi ciudad a finales de los sesenta y en los años siguientes. Eran orquestas que caían por Talavera de la Reina para ambientar lo que entonces se llamaba «el baile». Venían muchas de Madrid, supongo que por proximidad, y estaban compuestas por músicos nacionales y por personajes del rock inglés que aún no habían despuntado y que llegaban a España de vacaciones, se les acababa la pasta y se quedaban *colgaos*, con lo cual se buscaban la vida con lo que sabían hacer: música.

Era inevitable que en el repertorio hubiera una buena tanda de rumbas, pasodobles, canciones de éxito del momento y en general temas que mis amigos y yo llamábamos —y se les sigue llamando— «verbeneros». Pero todos aquellos músicos extranjeros y nacionales pertenecían a la cultura del rock que ya se había extendido por toda

Europa. Tenían que tocar «verbena», pero también hacían versiones, incluso algún tema propio con el que pensaban les llegaría «el pelotazo».

Y ahí entro yo. En los ensayos previos, en las pruebas de sonido, aquellos músicos se despachaban a gusto con sus temas, y ese era el momento. Normalmente a los ensayos nos dejaban pasar para que se fuera haciendo ambiente previo y además para que corriéramos las voces por la ciudad de que «la orquesta que toca hoy en Estoril (así se llamaba el sitio) es cojonuda». Cuando el grupo acababa las pruebas nos echaban a la calle y a esperar a que empezara «el baile». Claro que luego había que pagar. Desde la calle y a través de unas odiosas arizónicas veíamos cómo se iba ambientado la tarde. Era verano y aquello se desarrollaba en una gran terraza al aire libre. Veíamos a través de las plantas cómo iban pasando los colegas que curraban y tenían pasta para pagar la entrada. Y las chicas, que no solo de rock vive el hombre.

Pero claro, pagar la entrada era un problema o más bien algo imposible. Además estaba el problema de la edad, pero eso pasando por taquilla se arreglaba. La solución: colarse. Examinamos el perímetro y vimos que lo más prometedor era la valla trasera que daba a un camino por el que solo pasaban ovejas y pastores y no había ningún tipo de vigilancia. En esa valla había un espacio que cobijaba un árbol plantado entre la barra de la terraza y los servicios. Ese era el punto, ese sería el coladero, y allá que fuimos. Trepamos como pudimos, nos colgamos de las ramas y saltamos al interior, pero yo, que por mis limitaciones físicas no tenía tanta agilidad, tuve la mala suerte de que mi pierna, afectada por las secuelas de la polio, se enganchase en una rama y, aunque no me ocurrió nada, sí me llevé un buen susto. Ya estaba dentro. El domingo siguiente buscaría otro sistema de colarme.

Y una vez dentro, lo que te cuento… ambientazo total, la orquesta con rumbas y chachachás. Pero según caía la noche los músicos y la gente se iban caldeando, pequeñas desinhibiciones, desmadres más que controlados… No hay que olvidar que

estábamos a finales de los sesenta en una pequeña ciudad de Castilla y con Paquito firme en El Pardo. Aun así, las cervezas, los cubatas y las hormonas hacían que la fiesta fuera más que aceptable para la época. La orquesta a lo suyo, pero también calentándose. Pasaron a un repertorio más pop, con temas veraniegos que eran gran éxito en el país y alguna versión de temas internacionales. Y así hasta que con el ambiente en su punto más álgido elegían la deriva de lo que presuntamente les gustaba tocar. *Hammond* a tope, metales imparables, guitarras distorsionadas como las de Hendrix, baterías más que potentes. Lo cierto es que aquellas orquestas eran bandas de rock de mucho nivel.

Los músicos del país hacían buenas migas con sus colegas de fuera, sobre todo británicos, que recalaban en España porque entonces era un mercado virgen en muchos aspectos. Algunos eran amigos de Teddy Bautista, de su época de Los Canarios, y otros llegaron a España tras la llamada de Alain Milhaud, un productor legendario que cambió la faz de la música en este país. Había un guitarrista llamado Johnny Galvao que tocó con Miguel Ríos y que ejercía de amalgama de aquellos músicos foráneos. Algunos de ellos llegaron a hacer carrera en España: es el caso de Jess y James, que publicaron algunos singles. Hubo otros como Bill Quick, quien después de pasarse mil fiestas de pueblo no consiguió labrarse un futuro en esta tierra. Aquellas ocasionales reuniones de músicos combinando pachanga y rock en las fiestas y «los bailes» de pequeñas ciudades y pueblos nos alegraron mucho la vida.

A eso de las doce *tó* dios *pa* casa, esperando a la orquesta del siguiente domingo. Y llegó. Escrutando al grupo de nuevo tras las odiosas arizónicas vimos que aquella tarde prometía, así que ahí nos tienes otra vez a toda la «pandi» camino del árbol de coladero. Pero yo no podía utilizarlo, con lo cual busqué otra vía de entrada. La encontré pronto: la ventana del servicio de las tías, porque la del de los tíos estaba más alta y además tenían unas láminas que hacían imposible mi jugada. Nunca olvidaré los gritos de aquella chica sentada tranquilamente en el *trono* haciendo su pipí cuando

de pronto se abre la ventana, aparece un tío y se agarra a sus hombros para aterrizar. Tampoco olvidaré la agilidad que tenía la menda para correr con las bragas a la altura de los tobillos a toda velocidad. Todo esto ocurría mientras yo aún no trabajaba en la radio. Eran tiempos en los que había que buscarse mucho la vida para conseguir la diversión que por el hecho de ser unos chavales nos correspondía, pero siempre me enorgulleceré de la imaginación que teníamos.

Recuerdo que una vez en un guateque se nos acabaron las pilas del tocadiscos portátil que llevábamos. Solo funcionaba la radio, buscamos en el dial y únicamente salía «el parte», el informativo de Radio Nacional de España, que no era otra cosa que la propaganda de los «logros» franquistas y era obligatorio que lo emitieran todas las emisoras del país simultáneamente. Al quedarnos sin música, la primera opción fue que se acabara el guateque, pero qué va, saltó la chispa y se nos ocurrió estar todo «el parte» bailando *agarrao*. A un par de ellos y de ellas les vino muy bien aquello.

Eran tiempos en los que las aventuras más frecuentes pasaban por ir a las fiestas de los pueblos, lo cual ya era un riesgo, porque si conseguías charlar y bailar con alguna lugareña tenías que pagar una ronda a los «quintos» (chicos del pueblo que entrarían en la mili en el siguiente año) y si no lo hacías corrías un muy serio peligro de que te tiraran al pilón del agua donde bebían las mulas. Pero la aventura realmente consistía en el transporte. Lo normal era meterse seis o siete, incluso más, en un 600 o en algún «bugati» parecido y recorrerse 50 o 70 kilómetros por carreteras comarcales y de la época. Se pagaba la gasolina entre todos y, claro, cuando aquellos «torpedos» tenían que remontar una cuesta más de la mitad de los pasajeros teníamos que subirla a pie, porque si no «el seílla» no podía.

En una de estas incursiones viajábamos solos mi amigo Paco *el Carpa*, entrañable colega que por aquellos tiempos se dedicaba a la compraventa de vehículos, y yo. Apareció una tarde de agosto con

un Gordini, un modelo de la Renault que había sido muy popular, pero su fama había caído por varias razones: una la llegada de los «bólidos» y otra que al Gordini se le llegó a llamar «el coche de las viudas», imagínate por qué.

Pues ahí nos tienes, a Paco el Carpa y mi menda camino de Los Navalucillos en un Gordini de sexta o séptima mano. Íbamos los dos solos por el temor de que con más peso no hubiera pasado de los límites de la ciudad. Fuimos y volvimos sin comernos una rosca. Recorrimos los 65 kilómetros de vuelta con las luces del coche digamos, reducidas: no funcionaban las largas ni las cortas ni las de atrás, ni los intermitentes, solo una de las bombillas de posición, esas pequeñitas que van debajo de los faros, y pasó lo que nos temíamos: la Guardia Civil. El típico *picoleto* de aquellos tiempos, con bigote y tricornio, se acercó al Gordini. El buen hombre, con una enorme condescendencia, nos dice: «¿Saben ustedes que van sin luces?». A lo que el Carpa responde: «Señor guardia, *pa* setecientas pesetas que me ha costado ¿quiere que tenga luces y todo?». Y ante esa *salida* nos dejó seguir.

Poco después entré en la radio: Radio Juventud de Talavera de la Reina en FM. Increíble. A mis quince años poniendo en la radio los discos que había ido consiguiendo: los Rolling, Led Zeppelin, Los Canarios, la «Cridens» (Creedence Clearwater Revival) y también los que me prestaban mis amigos. Pero no era gratis. Para tener mi programa de media hora cada día, poniendo lo que quería y llamándolo *Emisión Pirata*, tenía que hacer otras funciones. La verdad es que hice de todo: informativos locales, transmisiones de partidos del Talavera C. F., publicidad (tuve que grabar una cuña de Paco's Tinte, que fue un hito), pero también listas de éxitos de canción española (¡imagínate: Manolo Escobar, Rumba Tres y más que no quiero recordar!). Pero aun a costa del contenido, hacíamos radio, y de nivel, para los medios que teníamos, para la ciudad que era y para la época. Éramos muy imaginativos. Un ejemplo: el festival de Eurovisión. Entonces era un acontecimiento nacional y alguien pensó: ¿por qué no lo transmitimos? Aquello era imposible:

un viaje en avión, permisos, conexiones, etc. ¿Qué locura era aquella de que una emisora de pueblo hiciera una transmisión propia de Eurovisión en 1972? ¡Pues lo hicimos! Y lo mejor fue cómo.

A mí me llamaban el «yeyé» de la emisora, con lo cual me tocó ir. Me hicieron pasearme con una maleta por las calles de la ciudad camino de la estación de autobuses. A todo el que me preguntaba a dónde iba le respondía: «A Madrid a coger un avión para Edimburgo, para transmitir Eurovisión». Y así creábamos ambiente. Estuve sin salir de casa dos días antes del festival y dos después para que nadie me viera. Una hora antes de que comenzara el festival el director de la emisora me recogió con su coche en el portal de mi casa, hice el trayecto escondido en los asientos de atrás, y llegamos a la radio. Al televisor le quitábamos el sonido entre canción y canción y yo hacía comentarios sobre los cantantes. Cuando comenzaba el tema subíamos el volumen. Así transmití la décimo séptima edición del festival de Eurovisión en el que España participó con «Amanece» de Jaime Morey y no nos comimos un rosco.

Supongo, no lo tengo muy claro, que aquel aprendizaje me ha sido muy útil para el resto de mi carrera. Este tipo de cosas, junto a mi programa diario y las demás colaboraciones que hacía en Radio Juventud de Talavera, me erigieron como uno de los enteradillos musicales de la ciudad.

Un día apareció el dueño de un cabaret que un año antes se había abierto a pocos kilómetros del casco urbano. Le había dejado colgado el pinchadiscos y necesitaba que le sacaran del marrón esa misma noche. Marismeños, Bambino, Moncho «el gitano del bolero», Machín… ¡Joder, qué cruz! Pero supongo que no lo hice tan mal, pues al final de la noche me ofrecieron el puesto indefinidamente. En aquellos tiempos un cabaret era el equivalente en la actualidad a un *show girl*, o sea, chicas de alterne con el trabajo de «sacar» copas a los clientes a cambio de que se dejaran sobar lo suficiente como para que el cliente se pusiera como una

moto y cada vez quisiera más copas. Con la intención final de llevarse a la chica al huerto... pagando, claro. Pero además había espectáculos, magos ilusionistas, cantantes flamencos acompañados de bailaoras y números así.

Las chicas de alterne en su mayoría eran más que atractivas. Casi todas andaban por los treinta años y había algunas de flipar. Yo hice migas con una escultural criatura de color que contaba que había trabajado en las oficinas de la Tamla Motown en Londres. Esta era una compañía discográfica americana que grababa casi exclusivamente a artistas de color como The Supremes, Stevie Wonder y muchos más. Podía ser verdad o no, pero a mí me daba igual. Tampoco recuerdo su nombre, pero por utilizar una expresión cursi diría que era una diosa de ébano.

El cabaret no tenía cabina y yo pinchaba en el pasillo de acceso a los camerinos de las chicas y los artistas. El trasiego de un camerino a otro era constante. Que si déjame esto, que si te devuelvo lo otro… Las chicas iban de un camerino a otro sin el más mínimo recato, o sea, que las veía medio o totalmente desnudas a todas. Cuando me propusieron quedarme a pinchar, lo de las chicas desnudas por el pasillo pesó mucho, pero para que dijera que no, porque yo entonces tenía dieciséis años y aquello me superaba. La solución al problema fue sencilla para el dueño del cabaret: diez mil pesetas y tirarme a la chica que yo eligiera una vez al mes.

Ese fue mi primer sueldo como *disc-jockey*. Además de pinchar, trabajaba en la tienda de repuestos de mi padre y en la radio. Aquel ritmo lo pude aguantar un mes y fui preparando mi salida del cabaret. Busqué y entrené a mi sucesor, dejé mi nombre bien alto en la historia de la sala y cobré íntegramente mi sueldo: diez *talegos* (un talego era un billete de mil pesetas) y aquella chica de color que decía que había trabajado en las oficinas de la Tamla Motown.

Compañeros del metal

Supongo que en todas las profesiones pasará igual: hay personas con las que ni te hablas y otras a las que saludas sin más. Con la mayoría de la gente con la que trabajas hay buena relación y simpatía. Y con otros, los menos, a pesar de estar en lo mismo que tú y ser competencia a lo largo de los años, cultivas una amistad profunda e indestructible. Yo me enorgullezco mucho de esto, lo saboreo al máximo y mis espaciadas comidas con Vicente *Mariskal* Romero y mis aún más distanciados encuentros con Mariano Muniesa son siempre de lo más agradable de la vida. Ellos y otros compañeros de viaje en la profesión de periodistas de rock me han dejado suficientes historias como para que pasemos un buen rato con ellas.

En 1981, cuando llevaba menos de un año definitivamente asentado en Madrid y mientras me buscaba la vida para entrar en alguna FM, el Mariskal me invitó a asistir a una grabación. Fue en los estudios Audiofilm de Madrid (creo que ya han desaparecido). Allí se grabaron muchos de los discos de la etiqueta Chapa, el sello que lanzó a Asfalto, Topo, Leño… Audiofilm era el feudo del Mariskal para sus producciones y estaba grabando a un grupo con mayoría de músicos argentinos, de nombre Carolina, y aunque el disco nunca se publicó, contenía buenos temas. Para mí lo de entrar por primera vez en un estudio de grabación era emocionante. Intuía cómo serían más o menos, pero nunca había estado en ninguno. Cuando llegué, el excepcional guitarrista argentino que luego tocó entre otros con Sabina grababa el solo de un tema. Estaba el grupo al completo en el estudio. Pasadas las horas, por la línea de órdenes, el Mariskal les dijo que hicieran una parada para

«inspirarse». La inspiración eran rayas blancas, una para cada músico, otra para el productor y otra más para cada una de las personas que allí estaban; para todos menos para mí. Cuando esnifaron, el grupo volvió a la sala de grabación. Vale que yo era el más jovencito de los que allí estaban, que además era «el de pueblo» y estaba de invitado. Vale que yo era el último mono, pero eso no me cortó para encararme con el Mariskal porque a mí no me había ofrecido. El otro se partió de risa porque no era coca, sino harina. El grupo al completo se había *colocao* con el mejor polvo blanco salido del trigo de Castilla. Además, por si no habían tenido bastante, unos minutos después Mariskal volvió a utilizar el micrófono de órdenes que conectaba la cabina de las máquinas de grabar con el estudio en el que tocaba la banda. «Seguid vosotros que tengo el coche mal aparcado y se lo lleva la grúa». Los músicos pararon automáticamente y vinieron rápido a la cabina preguntando:

—¿Se ha dejado la papelina por aquí?

—Sí, sí —les respondimos—, ahí está. Servíos a gusto mientras viene.

Y la banda se volvió a «inspirar» con la mejor harina del barrio.

Mi más frecuente compañero de viaje fue Mariano Muniesa. Fuimos competencia en el dial durante más de treinta años y hubo de todo en ese tiempo. Su *Disco Cross* y mi *Emisión Pirata* eran los programas a los que recurría la industria del disco para promocionar a sus artistas *heavies*, con lo cual nos invitaron a los dos a decenas de viajes para que fuéramos a conciertos y, normalmente después, entrevistar al grupo. Con Mariano como compañero de viaje he visitado media Europa, a veces los dos solos acompañados del jefe de producto de turno y otras veces con gente de otros medios. En cada expedición las rencillas, si las había en ese momento, quedaban aparcadas y los dos nos dedicábamos a pasarlo de muerte.

Creo que el primer viaje que hicimos fue a Ibiza. Los estudios Mediterráneo, enclavados en la isla, eran una inversión primero alemana y después inglesa o viceversa. Dave Holland, en aquellos

tiempos batería de Judas Priest, era dueño de una pequeña parte del accionariado de los estudios. No íbamos solos, aunque los otros periodistas invitados ni de lejos tenían el vacile y las ganas de fiesta nuestras, ni controlaban cómo funcionaba aquello, que básicamente consistía en que la compañía discográfica pagara todo. A excepción, a veces, del pedo, digamos a título personal, que nos pillábamos después de hacer nuestro curro.

Había que vernos en Ámsterdam, en un viaje para un concierto de Leatherwolf en el que nos encontramos a unos punkis españoles con un colchón y nosotros se lo queríamos cambiar por unas copas. O aquella otra ocasión en Londres en la que nos habían invitado para una entrevista con Marillion. Iba a ser en las oficinas de EMI, el grupo se retrasaba por un atasco y para que no maldijéramos mucho la ingenua ejecutiva nos sugirió que fuéramos a su armario, donde guardaba los discos promocionales y viéramos si había algo que nos interesara. La dejamos el armario *pelao*, salimos de allí con varias bolsas repletas de discos y dejando con un careto inenarrable a la ejecutiva que tuvo aquella feliz idea. Eso sí, el reparto del botín fue más que consensuado y equitativo.

Otra ingenua ejecutiva de la industria, esta vez española, también salió escaldada del descontrol de Mariano y mío. Fuimos invitados a un concierto del grupo americano Anthrax. Nos alojaron en un hotel de lujo en Londres. Era muy discreto, no había nada en la fachada que lo anunciara y estaba en una de las calles que rodean Hyde Park. La discreción era fundamental para el establecimiento, porque allí se alojaban artistas, políticos y personas que necesitaban pasar desapercibidas. Solo eran catorce o quince habitaciones las que tenía el hotel. Cuando llegamos las nuestras no estaban preparadas, con lo cual tuvimos que esperar. Para no estar plantados en la recepción como farolas puestas por el ayuntamiento, la persona de la compañía que venía con nosotros propuso ir a tomar unas cervezas al bar del hotel mientras esperábamos. La ejecutiva de la compañía que venía con nosotros tomó una, como máximo dos, las demás Mariano y yo. El resultado fue una cuenta

de cincuenta mil pesetas en birras durante una espera que no llegó a cuarenta y cinco minutos. ¡Cincuenta mil pesetas del año 1993!

Pero volvamos a Ibiza, los estudios estaban en mitad del campo, dentro de una masía en la que además de las salas y las máquinas de grabar, había un hotel para que residieran allí los músicos que estaban grabando. También había un ala con más habitaciones, de menos nivel, para invitados. Durante varias semanas los grupos se encerraban para parir el siguiente disco. Las bandas extranjeras, con mayor presupuesto, pasaban allí temporadas largas. Se llevaban desde los palos de golf hasta las familias. En cambio los grupos españoles tenían pocas semanas para grabar y mezclar sus discos. El trabajo era duro, pero sobre todo lo era estar encerrados con muchas comodidades pero sin contacto con el mundo. Esto hacía que los músicos se sintieran, como dicen en mi pueblo, como los toritos.

Al final de la grabación aparecía la prensa, o sea, Mariano y yo mayormente, y nuestra llegada era un alivio. Obús grababa su tercer disco, *El que más*. Estaba acabado y listo para ser entregado. Nos recibieron como el aire fresco que llega cuando se abre una ventana después de tres semanas. Cenamos, nos fuimos de juerga y volvimos a la masía para dormir, pero la fiesta prosiguió. Cuando el alcohol nos había derrotado a casi todos, los músicos siguieron con su *manager*. Mariano y yo compartíamos habitación y nos fuimos a dormirla. Yo escuchaba el jaleo que venía de fuera, los músicos hablaban a voces, cantaban... Vamos, lo propio de una buena noche. De pronto escuché carreras por el pasillo, se abrió la puerta de nuestra habitación, se encendió la luz y nos bombardearon con mandarinas. Cada uno en su cama se protegía como podía debajo de las sábanas, pero los proyectiles seguían cayendo. Las maldiciones y los insultos a familiares no sirvieron para nada, solo pararon cuando se les acabó la munición de cítricos. Unos minutos después volvieron, iban a por los dos, pero al ver mi aparato ortopédico durmiendo en el suelo se cortaron y solo fueron a por Mariano. Le sacaron de la cama y lo voltearon todo con él debajo.

La estampa que quedó cuando se fueron era la siguiente: Mariano en el suelo, encima de él el colchón sosteniendo el somier, las mantas y las sábanas.

No sé por qué me da que cuando a algún *promocionero* (currantes de las compañías discográficas que se encargaban, de diferentes maneras, de que los discos de su empresa sonaran en la radio) le caía encima algún disco de rock o de *heavy metal* que promocionar, el ánimo se le venía abajo. Mariano Muniesa y yo éramos los objetivos fundamentales y cada uno imponía sus reglas para que las grabaciones aparecieran en antena. Ignoro cuáles eran las de Mariano, pero estoy seguro de que las tenía. En mi caso el requisito fundamental era que cada disco que sonara en mi programa me gustara a mí: lo de «todo vale» nunca fue conmigo. Por eso cuando el *promocionero* de turno tenía que lidiar con nosotros, me imagino que su primer pensamiento sería: «¡A ver por dónde me salen el cabezón y el cojo!». Lo de definirme a mí así es obvio y lo de Mariano también, porque este tenía una «pelota» de *cuidao*. En el ambiente y el negocio del rock le llamaban así.

Recuerdo una noche, en la sala Canciller de Madrid, uno de los grandes templos *heavies* de la época, que me encontré a Javier Gálvez, *manager* pionero del rock en este país, por cuya agencia han pasado todos los grupos del género desde los años setenta hasta su muerte. De hecho en la actualidad, su viuda Carmen Gálvez sigue manteniendo la oficina abierta. Javi me contó que estaba organizando una gira con Obús y Barón Rojo. Esto unos años atrás habría sido impensable por la rivalidad de los dos grupos, pero eran los años noventa y el tirón de las dos bandas madrileñas había decrecido de forma importante, con lo cual compartir escenario en varias ciudades era algo que no podían rechazar. Aquella gira se llamaría «Gigantes del rock» y Gálvez estaba comenzando a ensamblarla. No había pasado ni media hora desde que me enteré del asunto cuando en la misma sala me encontré con Mariano y le dije:

—Me debes una pasta.

La respuesta fue una expresión de extrañeza y de odio por si la rotunda afirmación tenía alguna base.

—¿De qué te debo pasta?

Le conté lo de la gira y me contestó que ya lo sabía, a lo que yo añadí:

—Le he dicho a Gálvez que te meta a ti en la gira y la llame «Gigantes y cabezudos del rock», y por esa gestión me debes pasta.

Dio media vuelta y se fue. Supongo que al siguiente viaje al que nos invitaran ya no se acordaría.

Si tuviera que valorar mi convivencia con los compañeros y la información sobre rock, la nota sería muy alta. He vivido mucho, he aprendido mucho, me he reído mucho con la gente que trabaja en lo mismo que yo, aunque a veces los recuerdos no son muy agradables. Por ejemplo cuando en Marsella, tras un mini-festival con Almighty, Skin y Bruce Dickinson, casi me parten la cara por «sacarla» para interceder por un compañero de profesión que iba muy, pero que muy *chuzo* y se había pasado tres pueblos con la novia de un periodista francés. Tampoco es agradable recordar cómo en el hotel Villa Magna de Madrid, mientras varios periodistas de rock esperábamos para entrevistar a Metallica y aprovechando que fui al baño, alguien me quitó la cinta de casete que iba dentro de la grabadora con la que tenía que entrevistar al grupo. Tampoco deja muy buen recuerdo cuando, recién llegados a la oficina de prensa de un potente festival inglés, comprobamos que alguien se había hecho pasar por mí y se había llevado mis credenciales. Pero la realidad es que los buenos ratos superan con creces estas y otras miserias que la profesión me ha proporcionado. La gente de la información rock son personas que han apostado su vida a una sola baza y nuestro trabajo nunca ha sido fácil, porque mantenerse en una profesión tan indefensa y tan insegura es una hazaña y hay que respetar, más bien magnificar, a quien está en ella. Vivir del rock, como *disc-jockeys* y periodistas es todo un arte que unos manejan mejor y otros no tanto, pero es divertido para todos y mucho.

Una buena medida de la precariedad de esta profesión de informante de rock la hizo Jon Marín, propietario y director de la publicación, ahora *online, Los+Mejores Rock Magazine*. Íbamos Mariano Muniesa, Jon Marín y mi menda camino del aeropuerto del Prat en un taxi. Habíamos estado «pinchando» los tres la noche anterior en una sala de Sabadell y regresábamos a casa. Al ver las chupas de cuero y nuestras melenas, el taxista nos preguntó si éramos músicos de rock. Le respondimos que no, que éramos periodistas de rock.

—¿Se puede comer de eso? —preguntó el taxista.

Jon respondió:

—Comer no, pero beber sí.

¡Qué grande es Jon Marín!

La avenida de la Albufera es una de las principales vías de Vallecas y este es un barrio en el que, tanto por motivos personales como profesionales, se podía ver a Jon con frecuencia. Ahora está felizmente casado y vive en México con su chica, pero ha sido un mujeriego de *cuidao*. ¡Qué arte para con las tías! Aunque eso sí, las novias no le duraban mucho. Una de ellas le llamó un día en el que la noche antes Jon y yo habíamos pinchado en una sala de Valencia contratados por nuestro amigo Voro. Al día siguiente nos invitó a comer un buen arroz en un restaurante de postín fuera de Valencia. Estábamos en la comida cuando a Jon le sonó el teléfono. Para seguir comiendo y estar más cómodo puso el manos libres.

—¿Qué tal? —le pregunta la chica.

Jon responde que bien, que la noche anterior había sido un triunfo y que ahora estábamos comiendo paella en la Albufera. La chica contesta:

—¡Coño, no sales de Vallecas!

Otro personaje querido e inolvidable de la información rock es el desaparecido Jordi Tardá. Qué bien me caía (nos caíamos) y cuántas risas hemos echado juntos en aviones y hoteles, porque Jordi y yo fraguamos una pequeña amistad en diferentes ciudades del mundo, pero tan solo nos vimos dos veces dentro de la

península Ibérica. Amigo personal de los Stones (sobre todo de Keith Richards), fue asesor de la Generalitat catalana en cuestiones de música, seguidor acérrimo del Barça y creador de las ferias del disco en varios puntos de Cataluña. Pero a Jordi yo más que nada le admiraba por su autocontrol. Había vencido al cáncer y se cuidaba mucho: siempre me quité el sombrero ante su manera de elegir lo que entraba en su cuerpo. Las reliquias del rock fueron una de sus fuertes pasiones y el arte que tenía para conseguirlas era total. Me lo encontré en Miami en un concierto de AC/DC. Los australianos acababan de inaugurar la gira de *Ballbreaker*. Yo había volado desde Puerto Plata y él desde Barcelona. Tras el concierto fuimos al camerino con la banda. Nada más saludar al grupo Jordi ataca con una tanda de carteles, discos y algo más para que se los firmen. Lo hacen y Jordi lo recoge y se retira. Bebíamos cerveza, Brian se quejaba de lo quieto que era el público de aquella ciudad. «¿Y esto es Miami?», preguntaba el cantante.

Jordi volvió a aparecer cargado de discos, camisetas y otros artículos, todos con la marca AC/DC, para que los músicos dejaran su rúbrica en ellos. Seguía la charla con la banda y comentamos el buen ambiente que había para sus conciertos en España. Recuerdo que en aquella gira AC/DC dio cinco conciertos: dos en Barcelona y tres en la plaza de toros de Las Ventas de Madrid. En un momento de aquel encuentro vi a Malcolm solo, tomando una cerveza, y me fui hacia él para expresarle mi reconocimiento y transmitirle que, desde mi punto de vista, él era el alma de AC/DC. Aquello le arrancó una sincera sonrisa al guitarrista. Y Jordi, que vuelve a la carga. Otra vez con más discos y más material para que lo firmaran. Así, dosificadamente, hasta cinco envites hizo el Tardá aquella noche en aquel camerino.

Quizá donde más coincidí con Jordi fue en Londres. En un hotel de esa ciudad una noche tras un concierto nos reunimos toda la expedición para charlar. Le pregunté cuáles habían sido sus últimas adquisiciones porque siempre estaba comprando objetos que habían pertenecido a grandes de la música, desde bragas de

Madonna a gafas de Elton John. Me cuenta que había conseguido una bañera de este y una puerta de una casa de John Lennon, pero después nos contó que había tenido no sé qué mal rollo entrevistando a Meat Loaf. No recuerdo muy bien cuál había sido la movida, solo que finalmente le dije a Jordi: «Pues haberle *matao*, le metes en la bañera de Elton John, le tapas con la puerta de John Lennon y *apañao*». Las carcajadas llegaron a Buckingham Palace, pero especialmente recuerdo a Paco Gamarra de la compañía Dro tirado por el suelo de la risa.

En otro viaje a Londres para entrevistar a Soundgarden Jordi desapareció. Volvió justo a tiempo para pillar el vuelo que nos devolvía a España. Le pregunté dónde había estado y me contó que en Liverpool y que se había traído un adoquín de The Cavern, el club en el que empezaron los Beatles. The Cavern dejó de ser local de conciertos para convertirse, creo, en un banco, y cerca de este estaban haciendo obras en la calle. De ahí venía el adoquín, con lo cual no era precisamente de The Cavern, pero Jordi lo cogió igualmente y lo subastó en una de las ferias de coleccionismo que organizaba. En un viaje posterior me contó que hubo dos parejas pujando por el jodido adoquín, la puja se disparó y lo que hicieron fue comprar el adoquín a medias.

—¿Cómo se las apañaron? —le pregunté a Jordi.

—Se lo llevaron a casa un mes cada uno.

Pero la gran anécdota que tengo con Jordi fue a cuenta de la letra «r». Ahora no, porque el programa que hacemos es una locura que necesita de varias personas para que pueda salir al aire cada día, pero durante casi toda mi vida profesional he trabajado en solitario o con colaboraciones desinteresadas. Me he hecho lo que se llama autocontrol, o sea, manejar las máquinas y presentar el programa yo solito. Eso en cuanto a la antena, porque todo lo demás, conseguir primicias, buscar información, gestionar y preparar entrevistas, promocionar el programa… también lo hacía yo. *Emisión Pirata* ha tenido casi siempre una duración de dos horas cinco días a la semana.

Jordi tenía un defecto en su pronunciación y era que la «r» la pronunciaba digamos incompleta, de alguna forma parecida a como lo hacen los franceses. No es que yo sea un ayatolá de la radio, pero sí creo que debe haber una mínima estética y siempre pensé que aquello era un problema en los programas de Jordi. En otro de los viajes en que coincidimos me contó que para su programa *Tarda Tardá*, que se emitía durante tres o cuatro horas los sábados por la tarde en Catalunya Radio, tenía currando para él a siete personas. Hice la comparativa conmigo y le dije: «Pues que reduzcan el equipo y con esa pasta que te manden a algún sitio a que te pongan la "r"». El bueno de Jordi, que seguro estará leyendo esto en algún lugar, se estuvo riendo un rato.

La que cambió de color fue una trabajadora de un hotel de Londres a la mañana siguiente de un concierto de Deep Purple. Vicente Mariskal Romero y yo compartíamos habitación cuando los sonidos lógicos de una ciudad que se pone en marcha nos despertaron sobre las nueve de la mañana. El post-concierto no llevó demasiado ajetreo y todos los periodistas españoles nos habíamos ido a la cama pronto. Aún sin salir de ella comentábamos lo que Blackmoore y los suyos habían hecho la noche anterior. En esto llaman a la puerta, se abre y vemos a una afroinglesa asomar la cabeza: «¡Noooooo!», le dijimos, y se fue. Seguimos hablando del concierto y pocos minutos después vuelve a sonar la puerta y la misma mujer metiendo la cabeza en la habitación. «¡Noooooo!», volvimos a decir. Suena el teléfono y era Jordi Tardá preguntándonos si habíamos desayunado. Le dijimos que aún no, que seguíamos horizontales y quedamos para después. De nuevo un «toc, toc», puerta que se abre y la misma *curranta* del hotel asomando la gaita. «¡Noooooo!», dijimos el Mariskal y yo con una perfecta conjunción de voces que habría dado envidia a los Beach Boys.

Yo soy muy *perro* para salir de entre las sábanas, pero Vicente, por las veces que he tenido que compartir habitación con él, sé que en cuanto abre un ojo se pone a funcionar. Pero ese día estaba

perreando tanto como yo y cada uno desde su cama hacía planes para las horas que nos quedaban antes de ir al aeropuerto. Y otra vez la puerta sonando y otra vez la limpiadora agobiando, mientras yo volvía a decir: «¡Que noooooo!». Vicente saltó de la cama en gayumbos y se fue a por ella. ¡Cómo corría y gritaba la menda! Por lo que calculé debió de ir tras ella como hasta la mitad del pasillo, porque entonces pararon los gritos de ella y los insultos de él. Segundos después el Mariskal entró en la habitación y seguimos planificando el día. Claro que hay más historias que contar de mis compis, pero este libro aún no ha acabado.

Dejad que los niños se acerquen al rock, pero tened cuidado

Como estamos en crisis la pasta para investigación no existe, o al menos para algunas investigaciones, y mientras tanto esa incontrolada enfermedad llamada ELA (esclerosis lateral amiotrófica) avanza. Mi *tronco* del alma Javier Matallanas tiene un hermano que ha pillado la maldita enfermedad y, sensibilizado por el problema, lía a todos los que están a su alrededor y monta un festival en el Barclaycar Center de Madrid. Desde Amaral hasta Rosendo, pasando por Burning y Víctor Manuel participan en el mismo. Y allí que me planto orgulloso de poder colaborar. Pero no voy solo: mi novia, mi *hijucho* y mi nieto me acompañan. El buen rollo inunda el recinto, tanto entre el público como entre bambalinas. Los dos muchachos, Víctor y Christian, desaparecen: están más que acostumbrados a moverse en la trastienda del rock y se van a su aire. No me preocupa en absoluto que uno de trece y otro de diez años se muevan por los inmensos pasillos del laberinto interior de lo que en otro tiempo fuera el Palacio de los Deportes (por donde yo me pierdo constantemente). Sé que consiguieron refrescos «por la cara», encontraron bolsas de ganchitos y cosas de esas, se hicieron fotos con quien les apeteció y se trajeron recuerdos.

Cuando llega la parte final del *festi* me vuelvo a ir para el escenario. Tengo que, junto a Wyoming, presentar a Rosendo. Subo las escaleras y en la oscuridad veo que hay dos mendas tapando el acceso al escenario. Me preocupo: nunca llevo mis pases encima y,

a no ser que me conozcan, no me dejarán pasar para presentar y no hay tiempo de volver a los camerinos a buscar el dichoso pase. Los supuestos miembros de la seguridad están de espaldas, les toco en el hombro para decirles quién soy, se vuelven y veo que son Víctor y Christian, mi *hijucho* y mi nieto que se han apoderado del corazón del festival. Me voy hacia la mesa de monitores y allí están organizadores, técnicos y artistas mientras Miguel Ríos canta en directo. Comento el caso:

—No te jode, me creo que son dos de seguridad y resulta que son mi nieto y el hijo de mi novia.

Me responde Víctor Manuel:

—Tranquilo, que a mí tampoco me dejaban pasar.

Y es que los muchachos ven el rock como todos los temas de la vida, desde otra perspectiva que nosotros, y si no que se lo pregunten a Leesley, la hija del productor de conciertos Paco Salazar, que voló varias veces en el avión de Guns n'Roses siendo una mocosa de tres o cuatro años y lo que más le marcó de aquellos viajes fue que siempre le ganaba a las tres en raya a «uno que llevaba un sombrero muy alto». La capacidad de adaptación de los críos a cualquier entorno es envidiable y más que adaptarse lo hacen suyo. Nunca olvidaré a mi nieto atropellando al público de un festival que yo presentaba, en un pueblo de la provincia de Valladolid, con su patinete mientras tocaba Coz. Ni cómo Víctor, mi *hijucho*, con siete años, controlaba la barra de la zona vip del Sonisphere de Madrid, donde tocó Iron Maiden, y era el que nos conseguía agua embotellada «sin pagar», como decía el crío. Lo que muchos habrían, o habríamos, soñado toda una vida, ellos lo consiguen en un pispás.

Vino Bon Jovi a actuar en el Calderón de Madrid en los noventa, era fin de semana y me tocaba estar con los niños. Ya se sabe: pareja separada, un *finde* con uno y al siguiente con el otro. Por la mañana tenía que ir a entrevistar a Richie Sambora al hotel donde se alojaba la banda y no tenía a nadie con quien dejar a los niños, así que me los llevé. Mis hijos, Luna y Pablo (al que entonces

llamaba *Pumuky* y al que ahora el mundo conoce como Mawa 3) estaban más que acostumbrados a comportarse y también a sufrir la profesión de su padre. Llegamos al hotel, se sentaron en la mesa donde hice la entrevista y se quedaron quietos y callados mientras el guitarrista respondía a mis preguntas.

Richie es un tipo más que simpático y estaba flipando con el hecho de que los críos estuvieran allí. Por eso, cuando argumentó que abandonaba la gira de Bon Jovi del año 2013 por agotamiento y porque necesitaba estar con su familia, no me extrañó en absoluto, aunque también lo hiciera por sus adiciones etílicas. Al acabar la entrevista se fotografía con mis hijos (cosa que yo no hice) y llama a alguien de la compañía discográfica. Les dice algo que yo no entiendo, la intérprete me pregunta si tengo algún problema con que en el concierto los niños suban junto a otros chavales para cantar con el grupo. Les pregunté a los críos, se pusieron como motos de contentos y así lo hicimos. Por la noche Luna y Pumuky fueron convocados a la parte de atrás del escenario y, junto a un montón de niños más, les pusieron una camiseta blanca y subieron a cantar. Llevo casi cincuenta años en esta profesión, he subido a miles de escenarios, pero nunca de la envergadura de un estadio, y allí estaban mis hijos haciendo coros a Bon Jovi. Cuando acabaron fui a buscarles. Luna estaba fascinada pero no lo demostraba mucho. Aunque lo de Pumuky era peor: el niño ya había viajado a lomos de la «Harley» de Joey DeMaio de Manowar y había subido con Iron Maiden a cantar el estribillo de «The Trooper» en Pamplona, con lo cual para él solo significaba una más. Le pregunté al muchacho cómo le había sentado la experiencia y tranquilamente me contestó:

—Bien, ya solo quedan AC/DC y los Rolling Stones. A ver quién supera esto.

Pensándolo bien tampoco me extrañó que el crío reaccionara así teniendo en cuenta que sin haber cumplido dos años, en el camerino del desaparecido pabellón del Real Madrid, le puso a Rosendo a firmarle un taco gordo de postales del guitarrista y luego

le dio la bronca cuando el de Carabanchel se puso con una toalla a secar la guitarra tras el concierto.

—¿Qué haces? —le dijo.

—Limpiando la guitarra, que está sucia.

—¿Por qué la ensucias con lo bonita que es?

Claro, el otro se tuvo que callar.

«Bisnes is bisnes»

Lo que impulsa a alguien a meterse en el circo del rock es un misterio, cada persona es un mundo y a cada uno le mueven sus propias motivaciones, pero quizá haya tres cuerdas básicas que tiren de alguien hasta tenerlo dentro del rock: la fama, las chicas y la pasta. Como en cualquier ámbito de la vida, el negocio del rock, si quieres que vaya bien lo tienes que cuidar.

En 1997 los Kiss tocan en Madrid. Accedo al camerino de la banda americana; el motivo: entrevista. El grupo ya está vestido y maquillado para el concierto. Paul Stanley se pasea por el amplio camerino subido a sus enormes plataformas mientras no para de repetir en español una y otra vez: «Esta noche es la noche». Han venido otros compañeros conmigo. El Mariskal acompañado de alguien importante del negocio del rock en Argentina. También está Rudy Goroskieta, entrañable compañero de la radio rock en Iruña, que mantiene desde varias décadas atrás su programa *Rockefor* y además es superfán de Kiss. Hay una chica rubia que entonces era la novia de Gus Cabezas, un tipo encantador de la industria del disco que sabe de rock un *güevo* y ha escrito varias biografías de grupos. En las duchas del camerino entrevisto a Gene Simmons por tercera vez en mi carrera. La primera fue cuando tocaron en Madrid en uno de sus primeros conciertos sin maquillaje; después telefónicamente, cuando la banda tuvo que suspender varias fechas de una gira europea por una huelga de transportes; y ahora de nuevo en Madrid. Tras la entrevista Rudy saca discos y libros para que Gene los firme. Todo va bien hasta que ve una biografía de la banda escrita en castellano y publicada en España. Coge el libro, lo

mira por delante y por detrás y ni el maquillaje podía ocultar su expresión iracunda.

—¿Quién ha autorizado esto?

Rudy, acojonado, dice:

—El novio de esta.

La chica se pone blanca y desaparece diciendo:

—Está ahí fuera, voy a buscarlo.

El autor comenzó a correr y creo que pocas horas después le vieron cruzar a pie y a buena velocidad el paso fronterizo de Irún. No sé si esto es cierto, pero la verdad es que pasaron varios años hasta que le volví a ver. Simmons siguió escudriñando aquel libro y lo confiscó.

Unos días después Mariano Muniesa y yo nos descojonábamos del asunto y me contaba el siguiente capítulo de la movida. La mañana después de aquel concierto, Gene Simmons bajaba por las escaleras del hotel, ya sin maquillaje y con ropa normal, para atender a la prensa. En una mano llevaba el libro en cuestión y en la otra el móvil a través del cual le daba a su abogado en Los Ángeles toda la información de la biografía no autorizada (título, autor, editorial…) para que el defensor de los intereses de Kiss se pusiera en marcha. Hay quien controla la pasta y quien no.

Poco antes de que acabara el milenio me puse a trabajar en un *rockcumental* con la historia de mi programa, *Emisión Pirata,* y lo primero que hice fue llamar a los amigos por si tenían imágenes, fotos o cualquier documento que me pudiera venir bien. Finalmente se hizo y os digo que estoy muy orgulloso. Además muestra un paralelismo con la historia del rock en este país. El primer gran festival de rock que hubo aquí fue en Burgos en 1975, un montón de horas con casi todos los grupos y solistas que significaban algo, más bien mucho, en el incipiente rock español del momento. El festival lo organizaba José Luis Fernández de Córdoba, pero tenía como jefe de producción a Javier García Pelayo, un tipo con el que años después haría una bonita amistad. Le llamo y le pido imágenes

grabadas o fotos del festival. La respuesta fue lapidaria: «Pirata, de aquel *festi* no guardé el dinero, voy a guardar las fotos».

En julio de 1983, en Mazarrón, junto al Mediterráneo, tuvo lugar un festival de dos días en el que estuvo casi todo bicho viviente del rock nacional: periodistas, *disc-jockeys*, *managers* y bandas. La presencia de cierto grupo con sólida fama de gafe enturbiaba el ambiente, pero la fiesta se puso en marcha y nos olvidamos de los maleficios, lo cual no evitó que ocurrieran. Banzai, la brillante banda del guitarrista Salvador Domínguez, estaba en directo al final de uno de los temas. Salva subió a la tarima de la batería y desde allí saltó a la plataforma del escenario para acabar con épica circense el remate de la canción. Al guitarrista se le tragó el escenario, el susto fue grande. Salva sufrió magulladuras y una pequeña herida en la barbilla, pero con dos o tres centímetros más en el centro de la mandíbula hubiera sido mortal. Tras el accidente, el Mariskal se fue al *manager* del grupo y le dijo: «Eso sí que es espectáculo».

Después tocó Obús. A los técnicos de la banda madrileña se les fue la mano al cargar la pirotecnia. Francisco Laguna recibió un petardazo en la cara que se la quemó. Perdió la vista momentáneamente, le trasladaron al hospital y con el shock encima fue examinado y le dieron tranquilizantes. Cuando se repuso y abrió los ojos, vio a Fortu, el cantante de su grupo:

—Fortu, Fortu —le llamó.

—Sí, Paquito, estoy aquí. Tranquilo que ya pasó todo y los médicos nos han dicho que estás bien.

—Fortu —volvió a decir el guitarrista—, ¿hemos cobrado?

«Bisnes is bisnes». Obús es un ejemplo a seguir. Posiblemente lo que llamamos *heavy metal* en este país esté encarnado en el grupo madrileño. El espíritu de supervivencia del cuarteto es envidiable, sobre todo en lo que se refiere al alma de la banda, Fortu. Eso sí, siempre apoyado en el puntal de la guitarra de Francisco Laguna, el Paquito, como yo le llamo.

El *reality* en el que participó Fortu llevaba el título más apropiado que se le podía aplicar a ese viejo lobo del rock. Este

burgalés afincado en Madrid ha bandeado los tiempos magistralmente, siempre supo sacar su carrera y su vida adelante. Yo personalmente le quiero mucho, aunque en alguna ocasión le habría estrangulado con mis propias manos. Una noche coincidí con él en la desaparecida sala *heavy* Excalibur de Madrid, un local en pleno Vallecas al que íbamos todos a altas horas de la madrugada. Fortu y yo nos ponemos a hablar y lo primero que me pide es una reserva absoluta y una discreción total. Me dice que está pasando una malísima racha, que está hundido en una profunda depresión, que se pasa las tardes y las noches con la cara entre las manos llorando y que en ese estado lleva un tiempo. Insiste en que no se lo cuente a nadie. Yo le aseguro mi silencio y humildemente le ofrecí ayuda, le di ánimos y después de quince o veinte minutos de triste diálogo se fue no sin antes volverme a pedir total discreción sobre su estado. Me quedé solo dándole un buchito a mi copa. Entonces alguien se me acerca y dice:

—Qué bien el Fortu, qué bien se le ve. Se nota que ya ha salido de la *depre*.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo leí hace dos o tres meses en su *feisbu*.

¡Cómo es la criatura! Casualmente, mientras escribo esto, ha sonado mi teléfono y era él invitándome a comer un arrocito el martes. Pero volviendo a lo que estaba, la capacidad de supervivencia de este tipo es grande y no solo en una isla y con cámaras delante. La carrera de Obús comenzó en una compañía discográfica importante, después ha pasado por varias independientes, modestas, que fueron las baldosas por las que continuó su paso, y treinta y cinco años después Obús vuelve a una compañía grande, a la élite poderosa de la industria del disco en este país, algo que en el rock nacional nadie ha hecho. Eso sí, supongo que en cada uno de los sellos por los que pasó habrán tenido la precaución de gastarse unos céntimos en fotocopias. Me explico: tras la salida de Obús de la compañía Chapa enseguida firmó con una independiente llamada Avispa. Con ellos publicó el

álbum *Otra vez en la ruta* y la verdad es que no pasó mucho, con lo cual, supongo, los problemas entre el grupo y la discográfica comenzarían a aflorar. La intención en estos casos por parte del grupo es irse cuanto antes a otro sello y la del sello retener por contrato al grupo. Según cuentan, en una reunión entre ambas partes Fortu consiguió la carta de libertad más rápida y más *heavy* de la historia.

—En el contrato pone no sé qué.

—No, eso no lo pone en el contrato.

—¿Cómo que no? A ver, trae el contrato.

Los papeles aparecieron, Fortu los cogió y los rompió.

—¡Hala! Ya no hay contrato.

«Bisnes is bisnes». No siempre se tiene cuidado con la pasta en el negocio del rock. El festival Menorrock en San Javier fue durante varios años una de las citas necesarias del verano. Siempre se celebraba en ese puente de mediados de agosto en el que todo el país está en fiestas. El festival comenzó siendo de un día y tuvo tanta repercusión que acabó durando cuatro. Sobre todo había una premisa en la organización: el respeto al público, al menos durante los años en los que yo participé. Pero con la pasta era otra historia. Una vez se cambió el horario de actuación de Mago de Oz solo porque una chica escribió una carta a los organizadores diciendo que a la hora y día en que estaba prevista ella no podía estar y Mago era su grupo favorito. Se trastocaron todos los horarios, se modificaron los contratos y finalmente el grupo de Madrid tocó cuando a aquella chica le venía bien.

Otro ejemplo de cómo se cuidaba al público es que para mantener la cerveza fría se contrataban camiones frigoríficos en los que se almacenaba, con lo cual siempre estaba a la temperatura ideal de como la bebemos en España, y más en verano. A los artistas se les trataba igual de bien. *Heavies* y punkis convivieron en el Menorrock durante varios agostos consecutivos y nunca, al menos mientras yo participé en el *festi*, hubo ningún problema que llamara la atención.

Los organizadores eran un curioso grupo de personas de la provincia de Murcia. En algunos aspectos eran tan mágicos como admirables, en otros eran puro desastre. El festival se hacía en el campo de fútbol de San Javier, y las oficinas de producción y organización se ubicaban en los vestuarios de los jugadores. Para aislarlas del público se colocaban unas tupidas redecillas negras, muy frecuentes en los festivales, que creaban un callejón en su interior. En el espacio entre los vestuarios y las redes se almacenaban bolsas, cajas, aparatos de los grupos y toda clase de cosas. Supongo que con la intención de trasladarlos a un lugar más seguro alguien de la organización depositó allí, en aquel callejón, una caja de cartón que contenía siete millones de pesetas. No estaba precintada en absoluto, bastaba con levantar una de las tapas para ver el contenido. La citada caja estuvo allí dos de los tres días del festival. Como es de suponer, el trasiego de personas fue constante. Los siete «kilos» permanecían allí sin que nadie les hiciera caso. Al finalizar el festival la caja seguía allí.

Al día siguiente, en el mismo recinto, había otro concierto (de Sabina, creo), con otra organización y otros trabajadores que utilizaban también los vestuarios como oficina. La cajita siguió allí sin que nadie la tocara. Mientras, al hacer los números del festival salió a relucir la falta de aquellos siete millones de pesetas. La mujer de uno de los organizadores lloraba mientras intentaba adivinar dónde estarían. Se hizo la luz y alguien de la organización recordó. Fue al recinto y la caja estaba donde la habían dejado. Eso sí, rodeada de bolsas de basura, pero el contenido estaba intacto. Supongo que quien recogió el dinero debió de pensar que aquella caja era milagrosa, porque permaneció en el maletero de su coche más de una semana mientras vehículo y propietario hacían un amplio circuito por clubes de chicas de la zona.

«Bisnes is bisnes» y la pasta es la pasta. Cuando se tiene dinero cada uno lo maneja como quiere. Los nuevos ricos que conocí en los ochenta normalmente se daban una vida de lujo, sobre todo en lo que se refiere a establecimientos de hostelería y

sexo. Todos menos uno: Emilio Cañil. Fue un tipo que levantó un imperio desde un puesto de discos en el Rastro. Inventó el negocio de la venta por correo de discos, pósters, camisetas, etc. La famosa «tienda de los sótanos» en la Gran Vía madrileña se erigió como un referente necesario. Una de las direcciones que Emilio le dio a sus beneficios fue la cultura y también el deporte, aunque un deporte muy especial: el ajedrez.

Una tarde me crucé con él en las instalaciones de Discoplay en la calle de Francisco Sancha, del barrio madrileño de Begoña. Llevaba un tablero de ajedrez y me contó que había descubierto el juego de las reinas y los peones y que estaba muy interesado en él. Según me contaron, avanzó muy deprisa en ese difícil deporte, tanto que se marcó la meta de jugar con el campeón Kaspárov y lo consiguió. No fue fácil, tuvo que convencer a una ristra de funcionarios de la embajada soviética en España para que le ayudaran. Editó y publicitó una biografía del jugador y por fin lo consiguió. Kaspárov fue a la casa de Emilio a sentarse frente a él ante un tablero de cuadros blancos y negros. Cuentan que Emilio perdió, pero consiguió jugar y parece ser que la jugada le costó entre doce y quince millones de pesetas de los años ochenta. Y es que la pasta del rock no solo mueve montañas, sino que además se mueve en todas direcciones.

Como decía aquel oyente que me llamó una mañana desde Santander: «Pirata, en cuanto salgo de la ciudad pierdo la señal. Diles a los dueños de la radio que o le dan más potencia o no marco la equis en la casilla de la Iglesia».

En directo

El gran poder del rock se manifiesta en directo. Los conciertos son la representación máxima de una cultura que tiene mucho de música sobre todo y por encima de todo, pero que no podría existir sin electricidad y tecnología. Negocio y trabajo también forman parte del rock y en los conciertos se añade un componente más que necesario: la fiesta. En los conciertos la gente se reúne con los suyos y sabe que a quien no conoce está en su misma sintonía.

David Coverdale, *alma mater* de Whitesnake, vino una noche a la radio a promocionar un disco que contenía una colección de temas que habían sido importantes en la historia de su grupo. Era cuando Internet comenzaba a hacer mella en las ventas de discos. Al preguntarle al cantante por este asunto, me respondió que el rock nunca moriría porque en un concierto puedes encontrar a la mujer de tu vida y mucho de esto hay en los eventos del rock. Fiesta, posibilidades de ligar, alegría, alcohol, todo bajo el poder de unas cajas negras que disparan sobre el personal la música que se produce en el escenario.

Hay tres zonas perfectamente delimitadas y absolutamente diferentes en cada concierto: el escenario, detrás del escenario y delante del escenario. Cada una de estas tres zonas por separado produce en cada concierto material suficiente si no para un libro, sí para una suculenta narración.

Guns n'Roses tocó en Sevilla en 1992, y uno de los grupos que hizo de telonero era Faith No More. La banda americana también había abierto para el eterno hippy Neil Young. En una entrevista les pregunté sobre las diferencias entre uno y los otros. Me respondieron que mientras Axl Rose, el cantante de Guns n'Roses,

hacía bendecir el escenario a no sé qué gurú, Neil Young llegaba a la ciudad del concierto y del camión del equipo salían dos Harley con las que el cantante y su chica recorrían la ciudad a lomos de dos ruedas. Pero no me contaron lo que pasó en Sevilla y en todas las ciudades en las que tocaron con sus compatriotas.

En Sevilla nos sorprendió a todos el que Mike Patton, cantante del grupo, le pidiera al público que tiraran al escenario todo lo que quisieran. Una lluvia horizontal de botes y botellas de plástico, así como papeles y otros proyectiles, se produjo inmediatamente, quizá también alguna camiseta, pero no estaban conformes y pedían más. Así estuvieron varios minutos. Yo no entendía nada, hasta que más tarde descubrí que aquella era una de las exigencias del contrato. Guns n'Roses pedía que sus teloneros hicieran esto para que la zona más cercana al escenario estuviera absolutamente limpia y despejada, eliminando así los potenciales proyectiles que podrían ir destinados a su grupo.

Ahora hay medidas para que nada llegue al escenario durante un concierto. Te requisan bebida (y hasta comida en algunas ocasiones) en la puerta. La que compras en los bares del recinto te la sirven en vasos de plástico que resultan inofensivos, las botellas de agua te las dan sin tapón para que una vez consumido el líquido no puedas rellenarla con nada y tirarla a la tarima. Jamás te dan un bote o una botella de cristal. Pero estas medidas no siempre existieron.

En 1981, en el primer concierto de Ted Nugent en España, en el desaparecido pabellón de deportes del Real Madrid, el guitarrista y cantante americano presentaba su disco *Intensities in 10 Cities*. Nugent es un tipo alto y musculoso. En aquella gira su única indumentaria era un taparrabos, lo cual le daba el aspecto de un salvaje. En pleno concierto alguien le tiró un bote y le acertó. La reacción fue inmediata, Nugent bajó del escenario y se fue directamente a por quien se lo había tirado. Se lanzó solo entre el público sin la protección de los chicos de seguridad. No se lo pensó y se fue a por quien había hecho diana en él. Yo no habría querido

estar en el pellejo de aquel tipo: solo le salvó el que los espectadores se pensaron que el salto del músico formaba parte del *show* y con aplausos y palmadas le agradecían lo que pensaban era una acción de cercanía. Esto templó al músico, que volvió al escenario y en un perfecto castellano gritó: «No más botes».

Supongo que más de una vez y más de un músico habrá deseado una barrera real entre el escenario y el público. Una barrera sólida que impida que nada pueda llegar hasta él. Esto es imposible, claro. La comunicación no se produciría y parte del espectáculo se perdería con tanta protección, como por ejemplo cristales blindados o una malla de metal poco tupida, como hemos visto en alguna película. Es imposible, pero alguna vez habría sido necesario. Por ejemplo cuando un descerebrado se cargó a tiros a Dimebag Darrell, guitarrista del grupo Pantera, que murió en un club de Ohio cuando daba un concierto con su nuevo grupo Damageplan.

Los músicos se protegen de los posibles proyectiles como pueden. No olvidemos los carteles que aparecen en las películas *western*, en el *saloon*: «No disparen al pianista». En el rock se toman las medidas posibles, a veces muy ingeniosas. El movimiento punk puso de moda algo asqueroso en los conciertos: escupir al grupo. Esto se trasladó a otros géneros del rock, pero sobre todo se dio en el punk.

En 1996 el grupo punk más grande de la historia se reunía de nuevo. Sex Pistols anunciaban en rueda de prensa que regresaban y que solo lo hacían por dinero. Sid Vicious ya no estaba, había muerto por sobredosis, pero el otro personaje significativo, el cantante Johnny Rotten, sí estaba. Ya no era un punk sucio y peleón buscando su sitio bajo el sol en el universo del rock en pequeños y cutres clubs londinenses, ahora era un *gentleman* o casi, con una intensa vida social y artística. La gira *Filthy Lucre* de Sex Pistols de 1996 tenía España como una de las escalas, pero finalmente se anuló, aunque yo los vi en Londres un 23 de junio de aquel año, el día en que yo cumplía los cuarenta. Festival en Finsbury Park con

otros seis grupos más. La noche anterior tocó AC/DC en Wembley. Había habido fiesta tras el concierto y me levanté tarde. Después de comer, tranquilamente me fui al *festi* a celebrar en soledad mi cumple. Cuando llego estaba tocando Iggy Pop, después vendrían los Pistols. Me fui a primera fila y cuando el de Detroit acabó su concierto, los pipas (asistentes de los músicos en directo) comenzaron a despejar el escenario y a cambiar trastos. Vi que instalaban en el mismo borde de la tarima una batería de potentes ventiladores orientados hacia el público. Pensé que no hacía tanto calor y que además, puestos así, no darían aire a los músicos. No entendía el sentido de aquello hasta que salió el grupo y los punkis rescataron la tradición de escupir. Los ventiladores estaban allí para impedir que los lapos llegaran al bien vestido John Lydon, solo que los proyectiles no siempre eran líquidos y poco contundentes.

A principios de junio de 1998 Deep Purple tocó en Turquía, en Estambul. El país se abría a las costumbres europeas y el rock se abalanzaba. De hecho, a las pocas horas de pisar suelo turco me crucé con una chica vistiendo un burka que ella había personalizado imprimiendo en la tela las palabras «Rock and Roll». El recinto en el que tocó la banda británica era igual a muchos en España, un anfiteatro sin techar, con gradas de cemento, sillas de plástico sujetas por una pieza de metal y el escenario abajo. El concierto estuvo bien, nada especial pero mucho más que correcto. Quienes estuvimos lo pasamos bien, el grupo fue generoso con los bises pero finalmente se largaron. Sus seguidores querían más. Primero lo manifestaron con gritos, supongo que de: «Otra, otra, otra». Y digo «supongo» porque gritaban en turco. No había respuesta, fueron insistentes, pero no consiguieron que el grupo volviera. Aunque en turco, yo notaba que los gritos cambiaban de ilusión a cabreo, y así era.

La bulla seguía. Ya hacía más de diez minutos que Deep Purple se había ido, el griterío seguía y empezaron a lanzar proyectiles al escenario, primero de poco calibre, botes, botellas y cosas así, y cada vez los gritos eran más furiosos. La banda debía de estar más

cerca del hotel que del recinto donde habían tocado. De pronto los proyectiles fueron de más envergadura, arrancaron las sillas de plástico de las gradas de cemento y las tiraron al escenario. Aquella andanada de mobiliario surtió efecto. Viendo cómo se ponía el patio, alguien de la organización habló y debió de pedir paz y también debió de anunciar que la banda volvía, porque las sillas dejaron de volar y sonó una cerrada ovación.

Con otra formación de Deep Purple, en otra ciudad y trece años antes, el grupo inglés sufrió una de tantas humillaciones por parte de su guitarrista Ritchie Blackmore. Fue en Madrid, en el estadio del Rayo Vallecano. Mark II, la formación de mayor gloria del grupo, se había vuelto a reunir para publicar el disco *Perfect Strangers* y para lógicamente hacer después la gira. Deep Purple anunciaban su primer concierto en Madrid, pero se suspendió argumentando que el cantante Ian Gillan estaba afónico. Cuando esto ocurre, a mí se me queda cara de tonto. A veces, es verdad, la garganta humana es el instrumento más frágil de todos y es lógico que, expuesto a cambios de temperatura, polución y la vida propia del dueño del instrumento se produzca algún daño. Pero también es fácil para cualquier médico certificar que la garganta de un cantante de rock no está apta para el *show*. Así fue como se justificó a la prensa el aplazamiento del más que esperado concierto. Con un documento tan simple, un certificado médico, se pueden conseguir muchos objetivos: que un seguro cubra la escasa venta de entradas; que un grupo, a última hora, esté en un lugar que le interesa más; o que así se tape el escaso magnetismo de un artista. Pero claro, a veces es verdad, solo que nunca se sabe cuándo es así.

La noche antes del concierto suspendido, más bien pospuesto, menos el cantante que causó baja, el resto del grupo recibía a la prensa. Las fotocopias del certificado médico estaban por todas partes. Jon Lord fue el que más dio la cara. Tenía la lección bien aprendida y repetía con frecuencia que volverían cuando Gillan se recuperara, siempre con la cutre fotocopia en la mano. Yo estaba cansado de escuchar lo mismo y de ver el dichoso papelito, así que

le pedí al teclista que leyera aquel certificado en español para que yo lo grabara y al día siguiente lo pudiera reproducir en mi programa. La predisposición del músico fue total hasta que se enfrentó al papel. «Hay un idioma universal que todos comprendemos», decía el teclista mientras ponía una cara que no olvidaré. El hombre que había parido la primera sinergia del sinfonismo en el rock se venía abajo a la hora de leer un certificado médico en español. Yo me descojonaba por dentro, pero a la vez me sentía mal por haber puesto a uno de mis músicos favoritos en tal aprieto, así que fui benevolente y se lo cambié por un simple saludo: «Hola, soy Jon Lord, de Deep Purple, y saludo a los oyentes de *Emisión Pirata*. Nos vemos pronto». A la segunda lo consiguió.

Por fin se hizo el concierto. Tener a los Purple originales tocando «Highway Star» y sobre todo el «Smoke on the Water» era un anhelo generalizado en todo el rockerío de la ciudad. El primero de los dos clásicos sonó como una tromba, pero el «Smoke» todos pensábamos que iría al final. El concierto fue más que brillante y cuando la energía de miles de gargantas se unía para pedir «¡otra!», Ritchie Blackmore abandonó el escenario portando su *Stratocaster* y se subía a un cochazo que lo esperaba al final de las escalerillas. Mientras se iba le decía al *manager*: «Que la toquen, que la toquen. Y si no, no les pagues». La gente seguía a voz en grito pidiendo otra y esperando a que sonara el posiblemente más significativo himno del rock, «Smoke on the Water». Unos minutos después lo que quedaba de la banda en el estadio volvió a salir y la tocaron teniendo que hacer el bueno de Jon Lord los míticos acordes del tema con sus teclados.

El *moshing* es eso que pasa cuando algún espectador consigue subir al escenario, aparece alguien de seguridad y el tío que ha logrado sus quince segundos de gloria se tira al público, que amortigua su caída. Esto no solo lo hacen espectadores, sino también algún músico. Ya no está tan de moda, pero hubo un tiempo en que sí. En esto, como en tantas otras cosas, el grupo madrileño Burning fue pionero. En la prehistoria del rock de este

país Burning tocó en la Facultad de Caminos. Durante el concierto Antoñito (así llamábamos al cantante) se tiró encima de la gente y cayó en blando. El también desaparecido Pepe Risi le imitó, pero no tuvo tanta suerte: los espectadores se retiraron y el costalazo fue grande.

Con lo que ocurre entre los asistentes a un concierto, como se puede suponer, se podrían escribir miles de historias. Situaciones increíbles que pasan por tus ojos y cada una de ellas pone el nivel de incredulidad más alto. Es lógico cuando se juntan miles de personas con ganas de fiesta y con una cultura muy propia. Observar al público de vez en cuando durante el concierto es algo fascinante y algunas veces lo que pasa entre los asistentes llama tu atención.

A principios de los ochenta Thin Lizzy tocó en Madrid. La banda del irlandés Phil Lynott vino con un guitarrista menos, pero eso no influyó en lo que pasó a pocos metros del escenario. En aquellos tiempos la base americana de Torrejón de Ardoz funcionaba a tope. Los soldados solían asistir a los conciertos. En aquel de Thin Lizzy un fornido sargento de gran envergadura, pelo rubio y con un cuello del diámetro de una bombona de butano, fue con su chica, también muy típica americana, rubia platino, curvas de película, ropa ceñida y escote más que generoso. Un grupo de chavales que andaban cerca de la pareja fliparon con la chica. Al principio solo eran miradas y comentarios entre ellos, pero fueron más allá y lanzaron piropos soeces y directos a la americana. Muy posiblemente ni ella ni su novio entenderían lo que decían, pero la intención quedaba clara. La pareja se esforzaba en no hacer caso hasta que uno de los chicos se acercó demasiado y el sargento le dio un puñetazo, tras lo cual siguió impasible. El impacto levantó las iras de los demás. Hicieron un medio círculo rodeando a los dos americanos pero manteniéndose suficientemente lejos. Las amenazas fueron subiendo de nivel, aunque la distancia se mantenía, y cuando alguno del grupo se ponía al alcance del militar, recibía un mazazo de sus puños. Con absoluta seguridad despachó varios puñetazos

que dejaron K. O. al adversario, que no caía porque se agarraba a los otros. Lo que pasaba en el escenario dejó de tener interés para una buena parte de los que allí estábamos. El espectáculo estaba ahora en el reparto de mamporros que aquel militar americano ofrecía gratuitamente. Desde sus taconazos, la chica tampoco se inmutaba. Los muchachos seguían amenazando desde lejos, pero con una audiencia tan grande poniendo nota a su valentía, alguno de los chicos avanzaba hasta ponerse al alcance del americano y recibía lo suyo. El desigual combate acabó cuando el mismísimo Phil Lynott, al borde del escenario, pidió paz en el concierto. La pareja aprovechó la ocasión y se fue.

Otro militar americano protagonizó un suceso que acabó con la vida de un chico madrileño en el estadio del Rayo Vallecano durante un concierto de Scorpions, pero las circunstancias fueron totalmente diferentes, pues el soldado acudió al concierto armado con un cuchillo. Yo, personalmente, nunca tuve problemas en eventos del rock, más bien cada uno de los que he vivido ha sido una experiencia más que positiva. «Un concierto le sienta bien», decían Barón Rojo en su tema «Rockero indomable», y eso me pasa a mí: la música en directo me beneficia, pero además, vuelvo a insistir, cada concierto de rock tiene una buena parte de fiesta.

Debajo de los escenarios de varios festivales he pasado buenos ratos con chicas que no podían creerse dónde lo estaban «haciendo», aunque ni yo mismo podía creérmelo. Una chica se me tiró encima y no paró hasta conseguir lo que quería durante el primer concierto de los Rolling Stones en Barcelona en 1976. En el Lorca Rock de 2002, mientras tocaba Slayer, una preciosa rubia delgadita y yo nos dimos un buen homenaje en aquel recinto, que antes fue militar y en ese momento sede temporal del *heavy metal*. En un rincón del ala izquierda de la madrileña sala la Riviera, también he tenido fiesta con una mujer. Ocurrió durante un concierto de Mr. Big, en una zona restringida. O sea, pasaba menos gente que en otras partes de la sala, pero pasaba. Estoy seguro de que he tenido más experiencias parecidas, pero mientras escribo esto no

las recuerdo. Cualquier situación puede darse mientras el rock alcanza su punto máximo de expresión.

En 1992, en Donington Park, en el condado de Nottingham, allá donde se situaban las correrías de Robin Hood, Iron Maiden encabezaba el cartel de una nueva edición del festival madre de todos los festivales de rock duro y de *heavy metal* en Europa: Monsters of Rock. Yo era asiduo de aquella concentración desde 1981 y había acudido allí casi cada agosto. Capitaneaba viajes organizados al festival desde mi programa de radio *Emisión Pirata*. Además de acudir a un evento de mucho nivel fuera de España era la primera vez que aquellos chicos que venían en el viaje cruzaban fronteras y veían mundo. Cada expedición rock era una aventura de la que siempre salí ileso. Cada vez que me ponía en marcha, al regresar y llegar a casa casi creía en los milagros. Porque milagroso era que, con un contingente de rock de como mínimo cincuenta y cinco personas (pero hubo años de hasta ciento sesenta y seis chicos en tres autobuses) no ocurriera nada de lo que tener que lamentarse de por vida. La mayor pesadilla eran las fronteras, porque nadie de los que iba se cortaba en absoluto y acudían al festival cargados de las cantidades y variedades de sustancias ilegales que les apetecía. Nunca las policías de Francia e Inglaterra encontraron nada a los chicos: un milagro y de nivel. Robaban chucherías en las gasolineras en las que parábamos, pero claro, eran muchas personas haciéndolo. Tampoco pasó nada nunca. Alguno se perdía. Toda una locura de seis días en la que había que hacer de guía, padre, policía, revisor, animador y además periodista rock, porque enviaba crónicas del festival. Entrevistaba a alguno de los grupos y me proveía en Londres de discos que no llegaban a España.

La peor experiencia de aquellos viajes fue un accidente en una autopista francesa en el que hubo dos heridos que se perdieron el *festi* por heridas no muy profundas pero que necesitaban observación médica. A la vuelta los recogimos. Como secuela de aquello me quedó una gran amistad con uno de esos chicos.

En 1992 acudí al Donington Festival solo como periodista rock. Una buena representación de la prensa rock vino conmigo y también alguien de la compañía discográfica de Iron Maiden. La noche antes del festival cenamos en La casa de Robin Hood, algo así como un parador nacional. Los camareros no daban crédito cuando me vieron con un radiocasete que no sé de dónde había sacado y lo puse en la mesa sintonizado el programa *Friday Rock, show* de la BBC que presentaba el desaparecido Tommy Vance. Supongo que nadie de aquel sitio tan fino se había llevado nunca una radio a la cena. Pero por aquello de la deformación profesional llevada a sus máximas consecuencias yo quería escuchar a mi «competencia» británica. Al día siguiente, cuando llegamos al recinto, que es un circuito de velocidad que muchas veces sale en la tele porque se celebran competiciones de motos, el festival estaba en todo su esplendor.

Entrevisté a Nicko McBrain, batería de Iron Maiden, en el mismo bus que nos había llevado allí desde Londres. Tenía credenciales de prensa que me permitían el acceso al *backstage*, a la parte de atrás del escenario, que es donde se cuece todo el festival. Muchos compañeros de prensa de toda Europa, chicas más que espectaculares, pintamonas, gente del negocio del rock, técnicos, *managers*, medio *managers*, alguno que se había *colao*... Yo estaba en mi salsa. Con tantos años en la profesión coincidía con personajes que ya había visto antes, charlábamos, conocía a alguien nuevo, me enteraba de proyectos, de giras que vendrían, saludaba a músicos, me tomaba una cerveza. Cuero y tachuelas, melenas y camisetas negras y, eso sí, credenciales visibles que demostraban que pertenecías a la élite del *heavy metal*.

Pero había una zona del *backstage* a la que no todos tenían acceso, yo entre ellos. Era una carpa enmoquetada, con asientos cómodos y comida y bebida infinitamente mejor que la que se ofrecía fuera. Aquella zona era visitada frecuentemente por los músicos que iban a tocar y estaba cerca de los camerinos de los grupos. Era el punto máximo. Yo sabía que mi pase de prensa no

era suficiente para pasar, pero lo intenté. El tipo de seguridad que me paró era un inglés como de treinta años al que nunca le había dado el sol directamente. Muy educado pero muy preciso me negó el paso. Con mi inglés, que no llega al nivel de un niño de diez años de cualquier escuela pública española, le dije que venía de España, que la gente de prensa del festival me había dicho que con ese pase sí podía acceder a esa área (mentira) y no sé qué más… Solo me valió la palabra España. Su fría expresión cambió.

—Mi abu-e-la d-e Espa-ña. En-se-ño ha-blo-es-pañol.

Nosotros tenemos la costumbre de hablar a los extranjeros a voces, como si fueran sordos o así nos entendieran mejor, pero cuando los ingleses nos hablan, separan las sílabas como si les estuvieran dando cuerda.

—Mi a-bue-la —prosiguió— gusta-ba ma-cho po-e-sía ro-mán-tica espa-no-la, le-ía a mí poe-sía yo chiqui-tito.

Esta es la mía, me dije.

—Oh, oh, poesía romántica española la mejor del mundo. Gustavo Adolfo Bécquer.

—Oh-sí mu-y bue-no.

Yo andaba en el Google de mi cerebro buscando a Bécquer y aquel puñetero poema que me había hecho aprender de memoria en el *insti* aquel *colgao* que me daba literatura en cuarto, cuando por fin lo encontré. Puse una expresión muy seria, dejé caer al suelo la bolsa de bandolera que colgaba de mi hombro izquierdo y que contenía camisetas y discos y me puse a escenificar a Bécquer:

—¿Qué es poesía? —dije, poniendo la barbilla hacia adelante y arriba, con la mirada perdida—, dices mientras clavas en mi pupila tu pupila azul —continué, haciendo leves movimientos de cabeza—. ¿Y tú me lo preguntas? —pronuncié con rigidez corpórea y máxima expresión trascendental hasta que, ¡tachín, tachín!, puse broche de oro a la representación en medio de un silencio valorativo—. Poesía… eres tú —lo cerré sin ningún tipo de expresión corporal, para finalmente subir las dos palmas abiertas hasta la altura del pecho y extendidas en la dirección del otro.

El tío dijo algo en inglés que no entendí, pero que significaba que podía pasar hasta la cocina y más. He entrado a conciertos colándome por los bares, con entradas, sin entradas, con pases de prensa míos, prestados, acompañado de músicos, de promotoras, echándole morro y argumentando cualquier cosa, con credenciales de fotógrafo, de técnico, de músico… Pero que Bécquer me abriera una puerta es algo que nunca pensé que me podría ocurrir.

Sin conciertos no hay rock. Aunque te compres todas las revistas especializadas del mundo. Aunque veas a diario las webs, los foros y todo lo que salga en Facebook, Twitter e Instagram. Aunque tu salón tenga una pantalla de esas curvadas y sonido octofónico para ver los conciertos desde tu casa... Si de vez en cuando no vas a un concierto, además de que no sabes lo que te pierdes, no puedes decir que eres alguien importante en el rock. Un estadio lleno o un club de barrio casi vacío son el plasma sanguíneo con el que sobrevive esta cultura que además te mantiene vivo. Si no tienes pasta, búscate la vida para colarte, como hizo aquel chaval en los ochenta que pasó a cantidad de conciertos portando una barra de hielo. Llegaba a la puerta de atrás y decía:

«Soy el del hielo». Pasaba, dejaba su cargamento en cualquier rincón y ya estaba dentro. Solo que alguien, después de muchas «coladas», cayó en la cuenta de que nadie había pedido hielo y se le acabó la jugada. Le vi varias veces, pero no llegué a conocerle. Si estás leyendo esto, que sepas que fuiste mi héroe.

Como un villano me sentí por lo que hice en la madrugada del día en que los Stones tocaron en Madrid por última vez en 2014 (al menos hasta ahora). Me acosté con la idea preconcebida y me levanté antes que nunca. El programa comienza a las seis de la mañana (*El Pirata y su banda*, desde el 1 de septiembre de 2010 en Rock FM), pero antes quise pasar a saludar en persona a los que, seguro, ya hacían cola en el Bernabéu para conseguir estar en primera fila en el concierto. Fui hasta allí antes de ir a la radio. En la parte del estadio opuesta a la calle de Concha Espina me encontré a veinte o treinta personas que dormían en la acera, arropados con

lo que podían. Yo rodaba despacio en mi coche y a modo de saludo toqué el claxon varias veces. ¡Qué majete! Les desperté a todos. Seguro que no había sido fácil conciliar el sueño en aquellas condiciones, seguro que no llevaban mucho tiempo en brazos de Morfeo y ahí llego yo tocando el pito, consiguiendo romper el difícil descanso y provocando sustos. Me lo podía haber ahorrado. Un rato después les pedí perdón en antena, pero no creo que arreglara nada.

En un viaje que hice a Canarias para presentar un festival volé con Jon Marín y con Tony, que era dueño de uno de los locales con sabor a rock que más tiempo consiguió aguantar en Madrid, el Rainbow. Subimos al avión, ocupamos los asientos de la parte izquierda y por el pasillo apareció una mujer de unos cincuenta años con atuendo hippie. Ocupó su asiento tranquilamente, se colocó el cinturón y esperó a que el avión despegara. Poco después se quedó adormilada o eso creí. El aparato empezó a tomar altura y vi cómo aquella mujer perdía el equilibrio en la subida. Solo el cinturón de seguridad la sujetaba. Parecía una muñeca de trapo al pairo de la gravedad. Pensé que había pillado bien el sueño. Poco a poco el avión se estabiliza y nos informan desde cabina que pronto sobrevolaremos la ciudad de Sevilla. Alguien se acerca a la mujer, viene corriendo una azafata, después alguien más... Al poco, de nuevo la megafonía informa: la mujer que viajaba a nuestro lado había muerto. Cuando tras subir a otro avión por fin llegamos a Canarias, Tony le contó por teléfono a una amiga lo que había pasado. Ella le contestó: «Ya sabía yo que estar a tu lado era mortal».

Poco después de bajar del avión, en el primer vuelo de Barón Rojo a Londres, la idílica imagen de Inglaterra que Sherpa y su chica, Carolina Cortés, tenían de aquel país se venía abajo. José Luis Campuzano, el Sherpa, nunca se cortó de contar al mundo su admiración por el universo *beatle*. Viajar a la Gran Bretaña para grabar música heredada de la que crearon los cuatro de Liverpool, respirar el aire de un país del que salió el grupo que cambió el

mundo, generaba emoción en la pareja. Carolina creó algunas de las letras más emblemáticas de los Barones y además se encargó de adaptar al idioma de Shakespeare todos los temas del álbum *Volumen brutal*. Carolina también estaba prendada por el mundo *beatle* y por Inglaterra. Al poco de pisar suelo británico a la chica de Sherpa le roban el bolso con documentos y dinero. El sueño inglés de la pareja fue lo que se llevaron los ladrones.

Eran los tiempos grandes para Barón Rojo, aquellos en los que la banda dio su mayor cantidad de conciertos o, al menos, en los que su caché fue el más alto. Barón tenía como competencia directa a otros dos grupos nacionales: Leño y Obús. Con el trío de Rosendo coincidían menos, pero con Obús lo de compartir cartel fue más frecuente. Entonces comenzó lo que yo llamo «la guerra de los watios», que no era otra cosa que conseguir una superioridad de volumen por parte de uno de los grupos por encima del otro.

A través de «roadis» y pipas se espiaban para saber cuántos watios llevaría la competencia e inmediatamente se hacía una llamada para contratar más equipo y superarlo. Pero los de enfrente también se enteraban y hacían lo mismo. La guerra paraba cuando el sentido común de alguien afloraba y frenaba la contratación de watios. Aumentar la potencia sonora no equivalía a que aumentara la pasta que cada grupo cobraría por el concierto, y sufragar la guerra sonora hacía decrecer directamente la recaudación que los músicos se llevaban cada noche. O sea, cuanto más volumen, menos dinero. Las empresas de alquiler de sonido estaban encantadas.

En 2007 Metallica voló hasta Bilbao y tocó en el monte Caramelo. Nos sorprendieron haciendo uno por uno y en orden todos los temas de su álbum *Master of Puppets*. Pero más me sorprendieron a mí cuando al día siguiente, mientras visitaba el Guggenheim, un guía que me reconoció me contó que «los de negro», como yo les llamo, habían tenido el privilegio de que les hicieran una visita guiada al museo, solo que a puerta cerrada. No todo son fiestas salvajes después de un concierto.

Para el concierto en Madrid de Bruce Springsteen de 1988 *el Jefe* voló a Barajas, donde una flota de *runners* (conductores de vehículos que trasladan a músicos, equipo, equipaje, papeles o lo que haga falta para que un concierto o festival salga adelante) le esperaba. El Jefe había sido muy claro: nada de drogas de ninguna clase en la gente que trabajara para el concierto. Todo el mundo sano y, si fuera posible, lleno de amor. Sesenta mil personas habían comprado una entrada (bueno, no todos la compramos) para su escala en el Vicente Calderón dentro de la manga europea de la gira *Tunnel of Love Expres*. Fue el 2 de agosto de 1988. El año anterior se había publicado el disco que puso en marcha el tour. Bruce cerraba capítulo sentimental con su primera esposa, Julianne Philips. Durante la gira se hizo oficial lo que todos los periodistas de rock del mundo ya habíamos dicho: que Springsteen estaba enrollado con la chica del coro Patti Scialfa. Se habían conocido en un club de New Jersey durante un concierto y se hicieron amigos. Una cosa llevó a la otra, total que en la primavera de 1988 el matrimonio de Bruce estaba definitivamente roto. De hecho la petición de divorcio llegó veintiocho días después del concierto de Madrid.

El Jefe y su empleada vivían su luna de miel en paralelo a la gira y los dos rebosaban amor cuando pisaron suelo madrileño. Los *runners* les estaban esperando. El itinerario que uno de ellos (amigo mío) había recibido era muy simple: trasladar al cantante del aeropuerto al hotel. Y así lo hizo, solo que en el camino Springsteen vio el Parque del Retiro. Le dijo que pararan, pidió que le escribieran en un papel el nombre del hotel, cogió una botella de champán por el cuello y a la cantante pelirroja por la cintura y se fueron paseando por el parque. El concierto que les había traído a Madrid fue memorable y con el tiempo formaron una familia.

En septiembre de 1987 Ronnie James Dio tocó por primera vez en Madrid. El desaparecido pabellón de deportes del Real Madrid, donde jugaba entonces el Madrid de baloncesto, acogió el concierto. Como teloneros, unos alemanes que pocos meses atrás habían

encendido la mecha del rock teutónico: Helloween. No tengo detalles, solo transcribo las declaraciones de testigos presenciales (Juata, gracias por conservar la memoria en tan buen estado), pero según cuentan aparecí con el guitarrista y bajista del grupo en el Rainbow. Parece ser que la juerga fue con cerveza (en mi caso seguro que no) y se prolongó hasta que cerró el garito. Con el ya citado Juata en compañía de Jorge (uno de los más grandes fans de Iron Maiden en España), los dos músicos siguieron la noche en la zona de Lavapiés, concretamente en El Infierno, un bar de rock propiedad de Azucena, la malograda cantante de la banda madrileña Santa. Amanecía en Madrid cuando los alemanes, más que derrotados por el alcohol, se quedaban dormidos en una acera del castizo barrio. Me lo contaron al día siguiente y lo único que pude responder fue: «No me jodas, que hoy tocan en Barcelona». Y tocaron.

Con los de aquí y con los que no son de aquí

Cuarenta y cinco años de radio rock, de información rock, de respirar rock, son un buen trecho. Lo suficiente como para encontrarte con personas que se mueven en tu mismo universo aunque en otras órbitas y en otras constelaciones. El circo eléctrico (es como yo llamo al rock) está compuesto por una fauna humana en la que cada especie tiene su territorio y cada individuo su propia historia. De una forma u otra todos estamos interconectados en y al circo eléctrico, solo que algunos son inalcanzables, otros se dejan ver poco, los hay que son de la familia y otros a los que ves más, mucho más que a tu novia o a tus hijos, al menos durante una época de tu vida.

Hay muchos personajes de rock que se me escaparon y a quienes no entrevisté nunca, pero hay otros que sabes que volverás a encontrarlos de nuevo y no tardando mucho. Los grupos necesitan publicar discos para estar vivos y eso conlleva siempre promoción. Ya se sabe: atender a la prensa, airear tu nueva obra todo lo que puedas. Como crítico, como informador rock, como mero seguidor de esa cultura, ves desde fuera la continuidad, la transformación o la evolución de un grupo y de los músicos en las entrevistas… Ves cómo cambian o no. Lo normal, lo más frecuente es que de un músico solo cambie su vestuario, muchas veces ni el *look*, mientras que el carácter y la actitud se mantienen.

Angus Young, de AC/DC, es el mismo desde que le conocí. Un tipo tranquilo y más bien callado que se mantiene en su sitio y muy preciso cuando tiene que dejar las cosas claras. Klaus Meine, de

Scorpions, es la eterna sonrisa que no para de «vender su moto» con elegancia. Steve Harris, de Iron Maiden, es el inglés sobrio y afectuoso que valora y agradece en silencio que uno difunda su música sin olvidar que él es el director de la orquesta.

Hay otros que nunca bajarán de su planeta. Es el caso de Lemmy, de Motörhead. Todo lo que de él se dice creo que es cierto. He visto a Lemmy desayunar Jack Daniel's «a pelo» en un hotel de la Gran Vía madrileña, comer una ensalada de gambas, beber el mismo bourbon, fumar Peter Stuyvesant y contestar a mis preguntas, todo al mismo tiempo, en un hotel de Los Ángeles. Le he visto arriba y abajo, siempre aparentemente áspero. Algunas veces cariñoso y otras borde como él solo. Pero creo que su único cambio capaz de sorprenderme ha estado en su ropa, que pasó del cuero y el negro a colores más vivos y un aspecto más imaginativo cuando se fue a vivir a Los Ángeles. Definir o hacer un retrato de Lemmy sería hacer que lloviera sobre mojado a estas alturas. Además muchos lo han hecho y bastante mejor de lo que lo haría yo. Pero por si faltan pinceladas a este retrato, ahí van algunas, aunque tengo que empezar parafraseándole a él, cuando le preguntaron por una gira que hizo en los setenta con Hawkwind: «En esa gira me lo pasé muy bien, no me acuerdo de nada». Me pasa lo mismo, sé que muchas batallas con Lemmy se me han perdido para siempre, pero otras no y ahí van.

Las conexiones de Motörhead con España han sido más que constantes. Vinieron por primera vez en aquellos tiempos en los que el espectáculo, «el montaje» como aquí decíamos, era necesario en cualquier concierto de rock que tuviera un nivel. Lo que marcaba la diferencia entre si una banda había alcanzado un estatus o no era si su concierto iba acompañado de algo que se moviera en el escenario a modo de sorpresa. Iron Maiden sacaba a su mascota; Kiss mostraba la tarima de la batería con forma de cabeza de tanque; y Motörhead el esqueleto de un bombardero de la II Guerra Mundial que colgaba del techo del escenario y hacía algún

movimiento al final del concierto. Desde hace muchos años Motörhead no utiliza su *bomber*.

Pero también los he visto en condiciones cutres, con un *backline* (el equipo de escenario de los grupos) tan viejo que los dejó colgados en un concierto en el que compartían cartel con Destruction y algún grupo más. Esto fue en el desaparecido pabellón de deportes del Real Madrid. En aquella ocasión fue cuando Lemmy se quedó por primera vez unos días en Madrid, supongo que le gustó la ciudad. En aquellos años el Jack Daniel's no lo tenían en casi ningún sitio, pero el olfato de Lemmy lo encontró en uno de los mejores locales que había en la ciudad, el desaparecido Rock Club del pasaje comercial de la calle de San Bernardo, junto a la plaza de Santo Domingo. El club programaba conciertos constantemente, desde Johnny Thunders (al que se le cayó la jeringa de la chaqueta en el escenario), a los Ilegales. Alguna estrella del blues también pasó por allí y la crónica del *ABC* se apoyaba en mi presencia para dar nivel al concierto.

En el Rock Club celebré mi quinto aniversario en la COPE con unos Sangre Azul pletóricos, sin unos Barricada que me dejaron *colgao* y con un siempre solidario Ñu que acudió a mi rescate. Cuando no había conciertos, el Rock Club abría sus puertas como discoteca de rock. Gente de la profesión y noctámbulos en general acudimos allí casi cada noche durante una buena temporada.

Y Lemmy dio con el Rock Club. Jack Daniel's gratis en la barra y cocaína, también gratis, en la trastienda para culminar la noche. Después de cerrar el local, el encargado del sitio le paseaba por Capitán Haya para que el líder de Motörhead eligiera a la *lumi* que se llevaría al hotel. Varios años después Lemmy volvió a Madrid y fui a su hotel en la Gran Vía para hacerle una entrevista sobre Jimi Hendrix de cara a un libro que yo escribía sobre el guitarrista y que nunca terminé. Lemmy recordaba perfectamente el Rock Club y me preguntó por el local cuando me vio. Su rostro se apagó cuando le dije que había desaparecido, pero se repuso ofreciéndome un Jack Daniel's. Eran las nueve y media de la mañana.

Lemmy cambió la lluviosa Inglaterra por la soleada California y se adaptó bien. En poco tiempo se convirtió en alguien respetado, querido y admirado y se ganó las simpatías del núcleo rock de Sunset Boulevard, que configuran lugares tan legendarios como el Whisky a Go Go, el Roxy o el Rainbow, donde tienen una silla exclusiva para él con la forma de sus posaderas. En otros clubs de la zona se exhiben, en lugares destacados, fotos del músico autografiadas. A Lemmy te lo podías encontrar por el Rainbow a cualquier hora, vivía cerca y siempre salía a la calle vestido como para subir a un escenario. Si hubo un personaje auténtico y fiel a sí mismo, era Lemmy, un tipo que tenía más que aprendido el oficio.

Cuando se publicaba su álbum *Inferno*, Lemmy recibió a la prensa en el hotel La Hacienda de Los Ángeles. Había periodistas de rock de Europa y de la ciudad currando en riguroso turno impuesto por su sello discográfico para entrevistar al músico. Uno de ellos era un chico alto y huesudo de piel sonrosada, extremadamente amanerado; a mil leguas se notaba que era homosexual. Aguardaba callado y *acojonao* a que le tocara entrevistar. Para allanar el terreno, alguien le dice a Lemmy: «Ahora va la revista *heavy* de España y después él, que es de una publicación gay». Lemmy no se dignó volverse, solo dijo: «Ya lo veo».

Admiro a Lemmy Kilmister como a pocos músicos y no seré tan presuntuoso como para erigirme en el mayor fan de Motörhead, pero sí es cierto que tengo debilidad por ellos, aunque eso no me cortó para echar a Lemmy de mi estudio en cierta ocasión. Vino la banda al completo a la radio para promocionar su álbum *Sacrifice*. Cuando un grupo hace promoción su único objetivo es vender el disco que acaba de publicar. Lógicamente tiene que responder a cualquier pregunta de otra temática, pero como Umbral, Lemmy fue aquel día a la radio para «hablar de su disco». Reconozco que estaba emocionado por tener a la banda en el estudio. La entrevista comenzó con un par de preguntas que nada tenían que ver con su disco, y dio respuestas cortas que el traductor adaptó como pudo,

pero que a mí me sonaron a gruñido. A mitad de la siguiente pregunta Lemmy me interrumpe, en inglés, claro, y veo que el intérprete se pone blanco y casi balbuceando me dice: «Ha dicho Lemmy que te calles y pongas el disco». Respiré hondo y toda España, a través de la Cadena Cien, pudo escuchar cómo yo respondía: «Lemmy, soy un gran fan tuyo (hice una señal para que se lo tradujeran), llevo más de veinte años poniendo tus discos en la radio, pero este es mi programa y nadie me dice lo que tengo que hacer. Gracias por venir, ya nos veremos, buenas noches». La banda y el traductor se fueron del estudio. No recuerdo qué sonaba en el programa mientras salían, pero de lo que estoy seguro es de que no era Motörhead.

Como si de una maldita casualidad se tratara, muy pocos días después de escribir estas notas sobre Lemmy me llegó la noticia de su muerte. La prensa rock del mundo se volcó en el suceso y en las redes sociales las muestras de cariño fueron inmensas. Solo puedo añadir lo que ya dije al enterarme de su muerte: «La cultura del rock nunca volverá a ser la misma sin él, hay que imitar a Lemmy todo lo posible en aquello de vivir como uno quiera. Esta es la enseñanza que vitalmente nos ha dejado, pero también nos ha dejado su participación en más de cien discos, y de conciertos ni hablamos porque son incontables. Al menos en veinte de ellos yo estuve».

Iron Maiden

Desde la primavera de 1982, que yo recuerde, Iron Maiden no ha dejado de aterrizar en España en ninguna de sus giras. Inteligentemente dosificaron sus conciertos en ciudades como Madrid a lo largo de los años para no «quemar» a sus seguidores, pero sus conciertos en este país han cubierto una buena parte de nuestra geografía, actuando en puntos impensables como, por ejemplo, el pueblo fronterizo extremeño de Miajadas en la provincia de Cáceres.

En abril de 1982 tocaban en Madrid y yo asistí al primer encuentro con la prensa del rock de la ciudad. Iron Maiden arrasaba en Europa por entonces y la expectación era grande, pero también por ver en concierto el grupo telonero, la banda del alemán Michael Schenker. Los Maiden eran conscientes de esto y para que el guitarrista rubio no les robara titulares y protagonismo informativo convocaron la rueda de prensa poco antes de que Schenker y su grupo comenzaran a tocar. Además fue en un hotel al otro lado de la ciudad y nadie quiso dejar de estar en la entrevista con Maiden, con lo cual todos nos perdimos casi por completo el concierto de Schenker. Después de este primer concierto, gira tras gira, siempre han tocado en España. No es mi intención hacer recuento en este libro, pero estoy seguro de que Iron Maiden es el grupo extranjero de nivel que más veces ha descargado en directo en este país.

Treinta y tres años después hacen casi el mismo recorrido que hicieron en 1982. Iron Maiden son un cheque al portador para los promotores, lo cual a estas alturas resulta increíble, pero ahí están, cada vez más grandes en el mundo y siempre sólidos en España. Les entrevisté tantas veces que ya no las recuerdo todas. Entrevistas hechas en los camerinos de sus conciertos, en el autobús de sus giras, en hoteles, en tiendas de discos, en la radio… Creo que Steve Harris, bajista, líder y alma de la banda, asocia la imagen de mi persona a alguien con un micro o una grabadora en la mano. Harris ha respondido a mis preguntas en su despacho dentro de Sanctuary, el edificio donde se ubican los negocios del grupo, en el salón donde trabaja en su casa de la campiña inglesa. Siempre la misma simpatía, siempre la misma sobriedad, creo que me considera un aliado de la banda después de tantos años apoyándoles.

En 1995 el grupo británico se puso de gira en *X Factor Tour*, presentando a su nuevo cantante Blaze Bayley, y yo seguí al grupo en sus conciertos españoles. El primero fue en Pamplona en el pabellón Anaitasuna y estuve casi toda la tarde en el recinto mientras montaban el equipo. Me acompañaba mi hijo, llamado

ahora Mawa 3, pero que entonces atendía por Pumuky. No recuerdo por qué, pero estuvimos varias horas antes del concierto en el polideportivo. Mi hijo se movía por el recinto con Francis, la hija de mi amigo Ervin Mauch. Al frente de toda la organización del escenario, una vez más estaba «Guoli». En realidad no sé cómo se escribe correctamente el nombre Wally (tampoco sé si es nombre, apellido o mote), pero lo que sí sé es que es un inglés voluminoso, muy voluminoso, capaz de poner a funcionar a veinte personas a la vez solo con una palabra dicha a todo volumen. Guoli —a veces le llamo así o de alguna forma parecida— es un viejo conocido, pues ha currado con Maiden desde hace mucho tiempo. El escenario había tomado forma bajo su control. Blaze Bayley iba y venía por el *backstage* con un aparente dominio de la situación. Guoli, sin dejar de controlar, se vino un rato conmigo y con la chica que la promotora del concierto había enviado hasta Pamplona. Era la típica ejecutiva con amplio dominio del inglés, en absoluto fan del grupo y a la que se veía desde lejos que era una pija pero que no se comportaba como si lo fuera y que además era bastante simpática. Guoli se puso a hablar con nosotros y nos contó que Iron Maiden tenía mucha ilusión por tocar en Beirut dentro de aquella gira. En principio las gestiones para el concierto en la ciudad libanesa iban bien, pero en cierto punto el gobierno se negó en redondo. Sanctuary, la empresa de gestión de los diversos negocios del grupo, movió todos los hilos a su alcance para conseguir que tocaran allí. No funcionó, pero Steve Harris quería hacer el concierto a toda costa, así que a través de alguien del gobierno británico consiguió una entrevista con el embajador de El Líbano en Londres. El músico soltó todos los argumentos posibles para convencer al diplomático y el otro que no y que no y que no. Cuando el «motor» de Iron Maiden se vio en un callejón sin salida le preguntó al embajador el porqué de aquella rotunda negativa. A este no le debía de gustar mucho el *heavy* y la respuesta fue: «Mi pueblo ya ha sufrido bastante».

Después de contarnos esto, Guoli siguió currando. Pocos minutos después vuelve y me pide algo. En aquella gira Iron Maiden solía subir al escenario a seguidores de la banda durante las actuaciones. Como él sabía que yo les seguiría por toda la gira, me pidió que me encargara de elegir a fans de la formación británica en cada una de las ciudades por las que pasaría en España. Le respondí que sin problema y el bueno de Guoli añadió: «¿Conoces al padre de ese chico que anda por aquí?». Le contesté que era mi hijo y me pidió que por favor le subiera a cantar el estribillo de «Trooper» (el tema más popular de Iron Maiden) con los demás. Y el muchacho encantado, claro. Subió al escenario y cantó el tema con, probablemente, la banda más emblemática de *heavy metal* de todos los tiempos. Es posible que aquella noche Blaze Bayley diese el mejor concierto de su historia con Iron Maiden. Fue uno de esos shows mágicos e irrepetibles que yo viví en primera fila y en el que había participado mi hijo. Entre los elegidos en Madrid para subir al escenario estaban varios amigos míos y uno de ellos era Ernesto, camarero del pub *heavy* madrileño Rainbow. Ernesto, en lugar de seguir el estribillo del tema, aprovechó el micrófono que tenía delante para apoyar a su equipo. «¡Viva el Atleti!», gritaba mientras los demás cantaban.

En aquel concierto de Madrid alguien llegó para pedirme un favor, un chico que había tocado en un grupo vasco, había sufrido un accidente que le dejó en silla de ruedas y se rehabilitaba en el tristemente conocido Hospital Nacional de Parapléjicos de Toledo. El chico estaba en el concierto y al saber que fans del grupo subirían al escenario envió un emisario para que yo intermediara con la banda. Lo hice, pero no lo conseguí: el *road manager* me informó de que no habían previsto el incluir sillas de ruedas en el seguro que cubría cualquier accidente. Una enorme frustración para aquel chaval, pero también una enorme profesionalidad y previsión por parte del grupo.

Por otro lado, en aquella gira experimenté uno de los momentos más terribles y desconcertantes de mi vida, unos segundos en los que se te hiela la sangre y se te para el corazón, una sensación que

Jack Kerouac describiría perfectamente en las primeras páginas del libro que se erigió como la biblia de la contracultura, *En el camino*. Yo estaba fuera de casa siguiendo a Iron Maiden por cada ciudad. Además venía de presentar conciertos y de hacer mis bolos desde varias semanas atrás. Ocurrió en un hotel de Las Ramblas de Barcelona. Cuando desperté aquella mañana no sabía dónde estaba. Totalmente desubicado no reconocí la habitación ni recordaba en qué ciudad me encontraba. No creo que aquello durara más de dos o tres segundos y tampoco que haya vivido una angustia invasora en todo mi ser, de ese nivel, nunca. La incógnita se diluyó. Me levanté, desayuné y fui a entrevistar a la banda, que se alojaba en el mismo hotel. El guitarrista, Janick Gers, se rio de la carraspera que yo había pillado por culpa del frío navarro de unas noches atrás, como si a él no le hubiera pasado nunca.

Meses después Iron Maiden volvió a España, aún dentro de aquella gira que les ocupó un año. Los puntos de nuestra geografía por los que pasaría esta nueva manga de conciertos eran realmente inusuales. Cinco poblaciones en las que nunca habría pensado que pudiese tocar la banda británica: Miajadas (Cáceres), Huesca, Jerez de la Frontera (Cádiz), Murcia y Villarrobledo (Albacete). De todos esos sitios, Miajadas era el más impensable, un pueblo fronterizo de diez mil habitantes dentro de la extensa provincia de Cáceres. Increíble, fue en agosto de 1996, la gira recalaba en la España más profunda. El grupo cacereño Superstitions fue el invitado local. Los alemanes Helloween también formaban parte del cartel. Estaba además un grupo, Dirty Deeds, que Sanctuary lanzaba en aquellos tiempos.

La Guardia Civil, creo que los antidisturbios del cuerpo, uniformados de negro, controlaban el pueblo. Los conductores de las ambulancias de la Cruz Roja, aprovechaban el espacio trasero de los vehículos para colar al concierto a sus amigos. Los dos socios de uno de los bares del recinto, uno en plan metafísico y el otro mucho más pragmático, me vinieron para que, desde el escenario, incitara al público para que fuera a su barra y consumiera

(porque a todo esto yo estaba presentando el mini-festival). Se hizo en el campo de fútbol de Miajadas, colindante con un polideportivo descubierto, en el que además de otras instalaciones había una hermosa piscina. El ayuntamiento las había cerrado al público y las puso a disposición de los que trabajábamos en el concierto. Nadar es una de mis debilidades, conseguí un bañador y me tiré al agua. Estaba haciendo largos tranquilamente cuando de pronto alguien para mis brazadas: era el mismísimo Steve Harris, bajista y *alma mater* de Iron Maiden que me pregunta en un inglés que pude entender: «¿Hoy no me entrevistas?». No le gustó mucho que le dijera que no. Aquel tío se había puesto un bañador y se había metido en el agua para buscar promoción de su grupo, que no estaba en su mejor momento, y al no conseguirlo salió del agua.

Eran los tiempos en los que Bruce Dickinson había dejado la banda para cultivar su carrera en solitario, tarea que no consiguió, aunque no sería por el trabajo y empeño que le puso. Vi a Dickinson currándoselo a muerte en un montón de conciertos ante una audiencia mucho más pequeña de la que estaba acostumbrado con Maiden. Nunca olvidaré una frustrante actuación suya en el Royal Albert Hall de Londres como telonero de Lynyrd Skynyrd: el que había sido cantante de uno de los grupos más grande del rock inglés pasó totalmente desapercibido ante una audiencia que vibró a tope con los americanos.

Dickinson vino en 1996 a Madrid para recoger el galardón como mejor cantante internacional otorgado por los oyentes de mi programa *Emisión Pirata*. Lo hicimos en un pequeño club de Madrid y el cantante estuvo rodeado de grandes nombres del rock nacional: Rosendo, Los Suaves, José Carlos Molina (Ñu), Saratoga, Fortu, Mimi (de A Palo Seko) y algunos más que pasaron por el pequeño escenario. Al final se improvisó una *jam* en la que «Johnny B. Good» fue la base. Todos, incluido Dickinson, estábamos de fiesta y sus efectos nos poseían y por supuesto se manifestaron mientras aquella formación tan irrepetible versionaba el himno rock compuesto por Chuck Berry. Los chicos de una escuela de vídeo

grabaron la *jam*, en la que Dickinson también tocó la batería. Las imágenes las utilizamos para un *rockumental* con la historia de *Emisión Pirata* y dieron la vuelta al mundo.

Años más tarde Dickinson volvía a Iron Maiden. La primera vez que le entrevisté tras su vuelta fue cuando tocaron en Las Ventas dentro de la gira del *Dance of Death*. No puedo presumir de una amistad con el cantante, pero sí de buena relación, cordialidad y simpatía. Aquella tarde en los corredores de la plaza de toros Bruce estaba hosco, distante y antipático. Yo no entendía el porqué. Al final de la entrevista le pedí una dirección postal para enviarle una copia del *rockcumental*. «Gracias, ya lo tengo», contestó. Entonces lo entendí todo.

AC/DC

La llegada de AC/DC al planeta rock no fue de un día para otro, los australianos han hecho un largo camino para llegar arriba, pero esto no es nuevo. España ha sido tierra de acogida para el quinteto de Angus. Es histórica la primera venida de la banda a aquel programa televisivo llamado *Aplauso*. La preciosa Silvia Tortosa les presentó y ahora, décadas después, cuando la gente le pregunta por aquel grupo, ella responde que no recuerda nada especial, que eran como tantas otras formaciones de rock, pop o disco que ella tenía que presentar.

La recopilación de vídeos de la banda, *Family Jewels*, recoge aquel primer encuentro de AC/DC con este país. Tras pasar por la televisión nacional, Bon Scott voló a Londres y allí moría poco después en una dura noche y dentro de un Renault 5. Unos meses después, la banda rehecha con Brian Johnson volvió a aterrizar en España, esta vez para conciertos. Inolvidable aquella primera traca en el pabellón de deportes del Real Madrid, con la campana bajando y con AC/DC explotando. Angus ya era un trueno sobre una guitarra y reventó el pabellón. No olvidaré cómo ese *chiquinino* guitarrista

volvía al escenario como una fiera desde un pequeño camerino instalado en la misma tarima para que su guitarra explosiva comenzara los bises.

Ese fue mi primer contacto con una banda que comenzaba a crecer desmesuradamente y que, después de treinta y seis años, se erige como el mayor referente de rock en el planeta. He sido testigo de su ascensión, de su desarrollo, de sus bajadas, de sus subidas y también me he reído mucho con ellos. Cómo flipaba el personal cuando escuchaban a Angus hablando en español en el programa de Luis del Olmo para anunciar una entrevista exclusiva en *Emisión Pirata*.

Este cuerpecito de Angus en un concierto es capaz de levantar a cincuenta mil personas, él solito con su guitarra durante dieciocho minutos, eso no lo hace nadie. Qué risa me produce el recuerdo de cuando tocaron tres días seguidos en Las Ventas y Angus se daba la vuelta al ruedo desde dentro del burladero, subido en un carrito que los pipas empujaban. Por tres noches consecutivas AC/DC llenó el coso madrileño. Tras los conciertos había fiesta con la banda en el hotel Villa Magna de Madrid. De lo que pasó allí no puedo hablar, las consecuencias propias de la fiesta se llevaron los recuerdos, y lo poco que queda en mi memoria de aquellas noches es mejor que no lo cuente.

La imagen en acción de ese guitarrista atómico que no pesará más de 50 kilos será posiblemente el símbolo identificativo del rock cuando, dentro de cien o doscientos años, se hable en las universidades del género musical y de la cultura que lo envuelve. Pero a la vez Angus es el tío más tranquilo y sencillo que te puedas encontrar. Tantas veces le hemos hecho saludar en español a mis oyentes que cuando vinieron a inaugurar la calle que se les dedicó en Leganés le pedí una vez más un saludo en nuestro idioma para mi programa de televisión que comenzaría la semana siguiente. Los chicos de la compañía le querían ayudar con la pronunciación y Angus tuvo que cortarlos: «Yo sé, yo sé», decía. Y leyó de tirón un pequeño texto en el que me daba la bienvenida al mundo televisivo.

En 1997 AC/DC publicó *Bonfire*, uno de esos típicos productos de la industria del disco destinados más que nada a fans incondicionales en forma de caja que contenía un libro, grabaciones inéditas, el álbum *Back in Black* y alguna chorrada más, en este caso un llavero abrebotellas con el logo del grupo. El Mariskal y yo volamos a Londres como únicos representantes de la prensa rock en España para entrevistar a los hermanos Young. En un hotel de lujo londinense Angus y Malcolm se hundían en un mullido sofá mientras no paraban de fumar cigarrillos de filtro blanco. Decidimos hacer la entrevista conjuntamente, apoyados por una preciosa criatura de ojos verdes llamada Julie y que trabajaba en Warner España, quien nos hizo de traductora. El Mariskal acababa de llegar de Cuba y llevaba una camiseta del Che. Angus reconoció al personaje de la camiseta y señalándolo dijo: «¡Ah, Che!». *Pa* qué queremos más: había abierto la caja de Pandora. Ni el mismísimo Fidel Castro lo habría hecho mejor. El Mariskal hizo explotar su vehemencia verbal y comenzó a enumerar las hazañas del régimen comunista en la isla. «No tienen dinero, pero tienen dignidad», decía a tal volumen que los de la *suite* de al lado lo podían escuchar. «Son un ejemplo para el mundo —proseguía—. La sanidad en Cuba es de las mejores, sufren el aislamiento, pero marchan hacia el futuro».

Los hermanos Young escuchaban en silencio hundidos en aquel cómodo sofá y, tras un intenso mitin acerca de Cuba, comenzó por fin la entrevista. Hablamos de *Bonfire*, sobre todo de las grabaciones que nunca habían visto la luz y que llevaban la voz de Bon Scott. Nos contaron lo intenso y emocionante que había sido escuchar aquellas cintas por primera vez. El Mariskal y yo nos íbamos turnando en las preguntas. Llevábamos unos veinte minutos de entrevista cuando el director de *La Heavy* (publicación especializada en rock y *heavy metal* que dirige el propio Mariskal) le preguntó a Angus si conocía Cuba. La respuesta fue desconcertante: «Es posible que sí». El guitarrista se explicó y nos contó lo que a partir de entonces yo llamo «el método Angus». Nos dijo que para componer él viajaba de ciudad en ciudad sin ninguna

intención de hacer turismo. Su mujer, su guitarra y él encerrados en un hotel, tocando. ¿Que salía algo que le molara? Perfecto y a otra ciudad. ¿Que no salía nada? Perfecto y a otra ciudad. Ese era su sistema, con lo cual resultaba posible que hubiera estado en algún momento en Cuba, pero que no lo recordaba.

El Mariskal volvió al mitin: Angus y Malcolm callaban sin entender nada, el mitin proseguía con otros argumentos pero siempre en la misma dirección. Volví la mirada hacia los guitarristas que estaban allí, en silencio y atónitos, hundidos en aquel confortable sofá escuchando la declamación sobre Cuba que un tipo al que no conocían les estaba soltando. Mientras, a un volumen mucho menor, Julie traducía las proclamas a su idioma. Angus y Malcolm no decían nada. Eso sí, sus ojos que normalmente están muy abiertos ahora lo estaban más. De pronto el Mariskal deja de hablar y se vuelve hacia la traductora: «Julie, Julie, pídeles la dirección que les voy a mandar libros sobre Cuba». Y Angus, como un resorte, salió de su cómoda postura en el sofá y haciendo con las manos movimientos negativos y disuasorios se apresuró a decir: «No, no, gracias, yo ya tengo».

Años más tarde, también en Londres, recién publicado *Rock or Bust,* volví a entrevistar a Angus y le pregunté si seguía utilizando aquel método de viajar de ciudad en ciudad para sacar los *riffs* del siguiente disco. Me contestó que sí, que lo había hecho muchas veces y que incluso lo había hecho con Malcolm, pero que ahora ya no podía hacerlo con él. Es triste recordar que su hermano sufre demencia y está apartado del rock y del mundo. A mí me queda el dulce recuerdo del día que, tiempo atrás, en un camerino tras su concierto en Miami, tuve un momento para decirle: «Malcolm, tú eres el alma de AC/DC». Me agradeció el piropo con una sonrisa y con eso me quedo.

Mago de Oz

No puedo decir que si me tuviera que llevar un solo disco a una isla desierta sería de Mago de Oz, pero lo cierto es que me quito el sombrero ante esta banda madrileña que lleva tantos años en activo y con una importante capacidad de reinventarse a sí misma. Txus, según yo lo veo, es el alma de este colectivo de músicos que, de forma magistral, supieron combinar violines y guitarras y que en su momento consiguieron llegar tanto a minorías *heavies* como a grandes públicos.

Mago de Oz tienen más que conquistada la zona latina del continente americano y ahora trabajan en hacer lo propio en Europa. Txus, que empezó jugando en los infantiles y juveniles del Real Madrid, que luego fue socorrista de una piscina municipal, dirige el timón de un grupo que empezó a desenvolverse en los circuitos *heavies* cohabitando frecuentemente con una formación segoviana liderada por un personaje también de cuidado llamado Óscar Sancho.

Mago de Oz y Lujuria (el grupo de Óscar), compartieron muchas noches y escenarios antes de que el primero subiera un montón de escalones de una sola vez y se convirtiera en un grupo de primera línea. El desnivel entre ambas bandas no impidió que sus líderes siguieran siendo amigos. Se cuenta que una vez los dos grupos coincidieron en una misma ciudad en la misma fecha. Txus y Óscar hablaron acerca de la nefasta coincidencia que haría restarse público entre los dos grupos. Óscar tranquilamente le contestó: «No te preocupes, los *heavies* vendrán a mi concierto». En otra ocasión en la que volvieron a coincidir se fueron de marcha juntos.

Ninguno de los dos es precisamente discreto a la hora de vestir. Óscar con sus camperas, cuero, melena rubia y tatuajes. Txus con un *look* que depende del momento pero que siempre «da el cante» y en el que necesariamente incluye sombrero, gorro o pañuelo en la cabeza, digo yo que con la intención de que no se le escapen las ideas, ¿qué otra cosa podría ser si no? Con frecuencia Txus le añade a su imagen algún que otro litro de colonia. Como resultado,

entre imagen y perfume su presencia no pasa en absoluto desapercibida.

Se fueron los dos de fiesta y según avanzaba la noche los garitos de la ciudad iban cerrando, pero ellos siguieron hasta dar con el último refugio que estaba abierto, una sala de bakalao. No solo se tomaron algo sino que se metieron en ambiente y se fueron a la pista a bailar. Su imagen chocaba tanto con el resto del público que una de las relaciones públicas de la sala se les acercó y no les preguntó, sino que aseveró: «¡Vosotros dos sois maderos!».

No es Mago de Oz el grupo nacional con el que más me fui de fiesta, solo recuerdo una vez en Valencia que, tras una entrega de premios de la revista *Heavy Rock* en la desaparecida sala Roxy, coincidí con ellos ya de día, en el bar del hotel de carretera en el que nos alojábamos todos. Frank el guitarrista, algunos otros y yo tomábamos la penúltima. Junto a nosotros había alguien al que no conocíamos. Estaba sentado en la típica banqueta de barra y totalmente dormido se sujetaba la cabeza con la mano. Tenía el codo apoyado en el mostrador y así conseguía dormir y mantener el equilibrio a la vez, solo que el codo resbalaba lentamente por la barra y el difícil equilibrio iba desapareciendo. Cuando estaba cerca de perderlo del todo, Frank le gritó: «¡Eh, tú, que te la das!». El otro se despertaba un segundo, recuperaba posición y volvía lentamente a perderla, pero ahí estaba Frank: «¡Eh, tú!», y vuelta a empezar. Al final teníamos un buen corro de espectadores que contemplaban el espectáculo de ver deslizarse peligrosamente el codo hasta casi el borde de la barra y al músico avisándole con un sonoro «¡eh, tú!».

A Palo Seko

Si Cervantes levantara la cabeza y viera lo que salió de Alcalá de Henares a principios de los noventa habría salido corriendo hasta llegar de nuevo a Lepanto. A Palo Seko es un quinteto alcalaíno que inventó muchas cosas, entre otras la etiqueta que identificaría su

música —«Kaña burra del Henares»—, aunque también se autoproclamaron los reyes del *kalimotxo sound*. Lo cierto es que eran irrepetibles y mis vivencias con ellos darían por sí solas para un libro, pero no voy tan lejos.

Me enteré de que existían gracias a la radio, por el programa de información de la Comunidad de Madrid de Ángel del Río en la COPE. La cuestión era la siguiente: el Ayuntamiento de Alcalá organizaba un concurso de grupos y el premio era grabarles un disco. A Palo Seko ganó, pero cuando fueron a reclamar su premio el consistorio se dio cuenta de que las letras eran irreverentes y casi ofensivas hacia los partidos de la derecha, instituciones, organismos oficiales y todo lo que representaba autoridad. Se plantearon, entonces, que cómo con dinero público iban a pagar una grabación con esos tintes. El grupo contestó diciendo que en las bases del concurso no ponía nada de aquello y solo decían que el que ganaba grababa y punto.

Yo por aquel entonces casualmente salía con una chica de Alcalá y una tarde me puse a buscarles. Contacté con ellos y les invité a la radio para una entrevista. Aquello era increíble, vinieron los cinco. Yo hacía una pregunta a cada uno de los chicos y ellos contestaban, pero había uno que lo único que respondía, preguntara lo que preguntara, era: «Bufff, chungo». Durante la entrevista me surgió la idea y a micrófono cerrado se la comuniqué: yo haría un sello discográfico y les grabaría, independientemente de lo que pasara con el ayuntamiento, y así fue. A partir de entonces me veía mí mismo como un Malcolm McLaren en pequeño. Malcolm fue el descubridor y *manager* de los Sex Pistols, que utilizó tretas que consiguieron publicidad gratuita para el grupo como nadie. Hizo que tres grandes compañías ficharan a los Sex Pistols para su primer disco. Las dos primeras les echaron, pero les pagaron sin haber grabado. Pues casi así me sentía yo. Todo lo que vino después fue de risa: grabaron su primer disco en una tarde, más bien en tres horas. Cuando habían acabado, el técnico del estudio recibió una llamada de su novia diciéndole que se iba a retrasar al menos una

hora. «Podéis seguir si queréis», les dijo. Y el grupo grabó tres temas más.

No sé cómo ni por qué, el dibujante catalán Carlos Azagra se enteró de la historia de los chicos y les regaló el dibujo para la portada del disco, que consistía en cinco culos «bombardeando» sobre el Ayuntamiento de Alcalá, además de sobre políticos, miembros del PP, toreros y demás representantes de una de las dos Españas. Presentamos el disco en directo en la desaparecida sala Revólver de Madrid. Yo me cuidé muy mucho de invitar a la prensa, pero con tal suerte que el corresponsal de *El País* en Alcalá sí asistió. Al día siguiente había demasiado contenido informativo en la Comunidad y a nosotros nos dieron casi una página que contaba la historia del encontronazo del grupo con el ayuntamiento. La mecha estaba encendida y se lio. No sé cómo, pero se lio. Les dieron una caña impresionante a los chicos.

Encarna Sánchez en su programa, Alfonso Ussía desde su columna en *ABC*... Incluso Luis del Olmo les entrevistó y acabó dando la razón al grupo. Por supuesto que la «cera» que le caía a la banda nos resbalaba del todo. Es más, sabíamos que cada vez que alguno de estos periodistas se ocupaba del asunto el resultado eran más discos vendidos. Además se generaba la fuerza antagónica, o sea, la prensa *underground* y la prensa rock empatizaron con la banda. Conseguimos que en poco tiempo A Palo Seko tuviera su propio sitio en el rock nacional y vendimos más de diez mil copias de su primer álbum, *Kaña burra del Henares*.

Por supuesto que yo estaba detrás de aquel movidón y, por supuesto, seguía haciendo mi programa *Emisión Pirata* en Cadena 100 y colaborando en programas de la COPE. No olvidaré al bueno de José Andrés Hernández, director general de la compañía, cuando me dijo una tarde en un pasillo de la radio: «La que se está montando con esos de Alcalá es gorda y conociéndote como te conozco sé que tú estás detrás». Yo lo negué todo pero no coló. «Tú estás detrás y solo te digo que si no sale a la luz que tú eres el que la lía en las sombras, aquí no pasa nada. Pero como se sepa, yo

automáticamente te tengo que echar». No respiré a gusto en varias semanas.

En esto nos fuimos a presentar el disco a Barcelona. Tocaban tres grupos en la sala Mephisto y, bueno, no es que se llenara, pero conseguimos una buena asistencia. En los carteles aparecía el logo de Cadena 100 recomendando el concierto. Pregunté si había ido alguien de prensa. En realidad yo me interesaba por prensa rock o por redactores de fanzines de tirada pequeña. Me dijeron que solo había una redactora del *ABC* y se me heló la sangre. El diario madrileño, tras los «cañonazos» de Ussía contra el grupo, les tenía en su punto de mira. Si al día siguiente se publicaba que A Palo Seko había tocado en un concierto recomendado por Cadena 100 y presentado por mí, yo era hombre muerto. Había que hacer algo. Empecé a darle vueltas al coco, pregunté quién era la redactora, la buscamos por la sala y la descubrimos en un rincón con su novio. Se les veía bastante aburridos. La chica posiblemente era becaria y no parecía tener mucha experiencia. Me acerqué y les saludé, les invité a tomar algo y de pronto se me encendió la bombilla.

—¿Sabes que está aquí Jordi Montaner? —le dije.

—No, no lo sabía, pero no sé quién es.

—Pues es el cazatalentos de TV3 —Jordi Montaner solo existía en mi imaginación, claro—. Creo que está por aquí porque buscan una presentadora para un nuevo programa de música. ¿Por qué no te presentas?

—¿Yo? No sé, además…

—Si quieres yo lo puedo arreglar para que subas a presentar a alguno de los grupos.

—Bueno… Sí, pero… ¿A cuál?

—Hombre, los más conocidos son A Palo Seko, son amigos míos, puedo hablar con ellos y arreglarlo.

La chica subió al escenario y yo me aseguré de que alguien la fotografiara. Cuando bajó yo la estaba esperando.

—Tengo fotos. Como mañana salga una sola palabra de este concierto en el *ABC* yo publico las fotos tuyas presentando al grupo.

Después, ya tranquilo, pasé de todo y me fui de juerga. Al día siguiente volvimos a Madrid, parte del grupo viajó en mi coche. Aunque Tráfico me tiene breado a multas yo no corro, no me gusta la velocidad, pero eso era algo que el grupo no compartía conmigo y menos aún el que era su cantante, J. R., que no paró en todo el camino de decirme: «¡Dale, dale! Que se te están subiendo los caracoles por las ruedas».

Tras el éxito arrollador del *Kaña burra del Henares* nos pusimos a pensar en un nuevo disco. Lo grabamos en un fin de semana. Bueno, más bien en algo más de dos tardes, mezclas incluidas, pero claro, la contienda con el ayuntamiento no podíamos usarla más. Pensé que las ventas del disco no igualarían a las del primero ni de lejos, aunque nos salvó la portada. Un amigo del grupo les había hecho una obra de arte, una réplica exacta en cuanto a formas y colores de los personajes de Heidi, solo que con algunas transformaciones. Heidi aparece en primer plano haciéndose un dedo, el abuelo se está esnifando una raya, Pedro sodomiza a Niebla y la señorita Rottenmeier vestida de cuero y látigo en mano ejerce el sadomasoquismo con Clara. Creo que aquel disco se vendió por la genial portada. Sea como fuere, se vendió bien, solo que hubo un problema que también solucioné. Para publicar el disco necesitábamos el depósito legal, un trámite de registro cultural necesario en la época. Sin él y sin el «religioso» pago a la SGAE las fábricas de vinilo no prensaban. Una vez editado había que llevar dos o tres copias que se quedaban en poder del organismo. Con aquella portada de los cinco culos soltando cerotes sobre el Ayuntamiento de Alcalá yo no iba a ir a la oficina del depósito legal, pero era necesario para que nos dieran el documento necesario para poder fabricar el segundo disco. Hablé con la persona que me atendió detrás del mostrador y en principio no conseguí nada, pero el funcionario me dijo que se personaran allí los componentes del grupo. Esta fue mi salvación.

—¿Está usted seguro?

—Sí, sí.

—Pues usted sabrá, pero yo no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque estos son punkis de Alcalá y con los punkis de Alcalá ya se sabe: si vienen aquí y los pillan con resaca y se cabrean les pueden dejar esto, vamos, para volverlo a hacer.

—Espere un momento.

Minutos después apareció con el documento.

Para el tercer disco el grupo se puso las pilas a la hora de componer. Hicieron un tema llamado «PP Pinocho», que además de que se entendía casi toda la letra, era fácil de seguir. También hicieron una versión de un tema de Extremoduro y, bueno, tampoco se vendió mal. Supongo que estas brillantes ideas surgieron después de que yo les dijera: «Para el próximo disco os ponéis las pilas o si queréis vender, alguno de vosotros se tiene que morir».

U2

Con frecuencia me preguntan que cuál es mi entrevista pendiente, esa que nunca hice y que sueño con ella. Por supuesto hay varias, pero no a cualquier precio. Me explico. No me haría la más mínima ilusión entrevistar a Mick Jagger si dispusiera de poco tiempo y solo tuviera margen para hablar de su hipotético último disco sin los Stones. Pero sí estaría un mes sin dormir, emocionado de poder entrevistar en profundidad a ese cantante que encarna la supervivencia en el rock durante más de medio siglo, alguien como Jagger que ha visto y vivido en primera línea todo en el circo eléctrico.

Sin embargo, hay muchos de los rutilantes grandes nombres que no me atraen en absoluto para un cara a cara. Por ejemplo, nunca tuve el más mínimo contacto personal con U2. De los irlandeses tengo algún que otro disco, pero nunca estuve en un concierto suyo y tampoco les entrevisté, lo cual no eclipsa mi reconocimiento por una formación potente, con un arraigo más que

impresionante en el rock del mundo. La valía, la versatilidad y la capacidad de conexión de U2 es algo que nadie puede poner en tela de juicio, o al menos yo no lo haré. Lo que no olvidaré fue la primera visita a España del grupo en 1987.

Era extraño que alguien tocara en el Bernabéu. La tradición mandaba que los conciertos de nivelazo en Madrid se hicieran en el Calderón, pero el de U2 con The Pretenders fue en el feudo del equipo blanco. El pollo que se montó resultó memorable: miles de entradas falsificadas, cargas policiales y muchos otros detalles que no trascendieron y de los que yo me enteré por Carlos Dávila, periodista conservador y miembro ilustre de la hinchada madridista de la capital de España. Parece ser que en aquel concierto el público tomó el palco presidencial y más concretamente el sillón de Ramón Mendoza (este era el presidente del Real Madrid entonces) como retrete y dejaron allí una buena cantidad de «regalitos». No solo el palco sufrió. El drenaje de piedras bajo el césped se inclinó debido a la cantidad de personas que lo ocuparon y el movimiento producido al soportarlas. La heroína hacía estragos en aquellos tiempos en España y ante el temor de clavarse una aguja infectada, la plantilla blanca de la época se negó en redondo a entrenar hasta que el césped hubiera sido cambiado por completo. Pasaron más de veinticinco años hasta que en el Bernabéu volvieron a sonar las guitarras eléctricas.

Cagadas propias

Mientras tiro de la moviola de mi vida para hacer este libro se cumplen cuarenta y cinco años de mi profesión en el rock. Si volviera a nacer es muy posible que volviera a andar por el mismo camino que empecé en un verano de principios de los setenta en Talavera de la Reina. Todo el mundo dice: «Volvería a hacerlo, pero sin cometer los errores que cometí». No es mi caso. Por supuesto que metí la pata miles de veces, pero no me arrepiento: de los errores se aprende aunque cueste y se tarde un tiempo en aplicar la lección. Sinceramente eso no me preocupa, aunque... Bueno, si volviera a empezar tal vez le pediría a alguien que me impidiera caer en algunas cagadas tan sonoras como las que voy a contar. Seguro que han sido muchas más, pero estas me marcaron.

Ramoncín

Aprendí una buena lección con el cantante y exdirectivo de SGAE. El revulsivo que significó Ramón en el rock de este país fue fascinante para mí. Que alguien se refiriera al Diablo como «el Rey del Pollo Frito», que mantuviera una actitud incorrecta en los medios, que se arriesgara a recibir lapos y huevos haciéndole blanco en plena cara, me pareció algo que no todo el mundo tenía capacidad de hacer. *Arañando la ciudad* fue para mí un disco importante y temas como «Putney Bridge» me siguen impresionando. Estas apreciaciones mías las expresé sin cortarme cuando tenía que hacerlo con un micrófono delante. Por lógica, esto

hizo que tuviera buen rollo con Ramón. Pero su disco *Ramoncinco* flojeó bastante y tampoco me corté en decirlo.

Además, la aureola de autenticidad de Ramoncín, aquella fachada de cultura de barrio, de calle, se veía empañada por muchas historias. Las partidas de futbolín en La Moncloa con Felipe González, el que no hubiera reconocido la autoría de los temas de su primer disco a Jerónimo Ramiro y, también, algo muy gracioso que ocurrió en la radio le quitaban verdad al cantante.

Estaba en directo en mi programa una noche cuando me avisan de que alguien viene a verme. Eran dos músicos que hasta pocos días antes estaban en la banda de Ramoncín. Se habían enterado por otro programa de radio de que ya no formaban parte del grupo y habían venido a verme pensando que yo era el único recurso que les quedaba para ejercer su derecho al pataleo. Así que, les presenté y les abrí el micrófono. La escena era para verla. Estaban de pie frente a mí y comenzaron a contar lo injusto que el cantante había sido con ellos. De los dos, solo uno era el que argumentaba; el otro se quedó en la retaguardia, en silencio, y solo aparecía de vez en cuando mirando al micro con rabia y diciendo: «¿Te enteras, Ramón?». Como si aquel pequeño cilindro de plástico y metal fuera algo así como la reencarnación electrónica de Ramoncín. «Y nos ha echado y no ha tenido huevos ni siquiera de decírnoslo a la cara». Y el otro: «¿Te enteras, Ramón?». «Con la cantidad de veces que nos hemos quedado sin cobrar porque el bolo ha salido mal...». Y de nuevo, como surgiendo de entre las sombras: «¿Te enteras, Ramón?». «Y nosotros viajando en furgoneta y él en un cochazo». Y una vez más: «¿Te enteras, Ramón?». Cuando Ramón «se enteró» de todo, se fueron.

Aunque el programa ya era toda una referencia en el rock nacional, lo cierto es que yo en algunas cuestiones pecaba de novato y me dejé llevar en exceso por la corriente de la autenticidad. Así, en *Emisión Pirata* Ramoncín pasó de ser héroe a villano. Vale que el tiempo me ha dado la razón, pero honestamente creo que entonces debí ser más sabio y hacer como siempre hacía y sigo

haciendo, más de treinta años después: pasar totalmente del personaje. Pero no lo hice así entonces y en *Emisión Pirata* Ramoncín pasó a llamarse «Marroncín».

Una noche me dio una buena lección. Fue entrevistado en el programa anterior al mío, con lo cual nos encontramos en el estudio. Yo actué como si no pasara nada y con falsa simpatía, y él me cortó y me dijo: «Me estás poniendo a parir, ¿y ahora vienes de simpático?». Desde entonces he mantenido mi sentido crítico, pero jamás he vuelto a actuar de persona a persona con hipocresía, ni dentro ni fuera de la radio. Y si en mis programas dije algo molesto para alguien, cuando me lo encontré cara a cara mantuve muy alta la cabeza con la seguridad que te da la verdad y encaré lo que pudiera pasar. Sin saberlo, Ramoncín me dio una de las más grandes lecciones de mi vida. Por eso desde entonces sus movidas y sus líos jamás han aparecido en mis programas y la relación que actualmente tenemos es de absoluta cordialidad sin más.

Ozzy Osbourne

No me siento orgulloso de la vez que hice esperar a Glenn Tipton, de Judas Priest: casi media hora llegué tarde a la radio, más otros diez o quince minutos para conseguir una cinta para grabar la entrevista. Pero no siempre he llegado tarde a las citas importantes. Sí a algunas, pero no siempre.

Exactamente una semana después de que el Mariskal y yo voláramos a Londres para entrevistar a los hermanos Young de AC/DC, volvimos a viajar a la capital británica, esta vez para entrevistar a Ozzy y yo, concretamente, para cagarla otra vez. El que había sido cantante de Black Sabbath publicó una recopilación titulada *The Best of Ozzy Osbourne*. Aterrizamos en Londres a media mañana, comimos juntos y después cada uno se fue por su lado. Un coche enviado por la compañía de discos nos recogería en el hotel a las tres de la tarde en punto. Hice un par de cosas y me fui

a mi habitación para darle los últimos retoques a la entrevista que traía preparada de Madrid. Tardé poco y vi que me sobraba tiempo. ¿Cómo invertirlo? Pensé que, una vez más, un típico saludo en español de Ozzy podría ser un buen colofón a la entrevista. Tengo experiencia en esto y sé que los traductores se hacen un lío, con lo cual decidí escribir en un papel el saludo que Ozzy tendría que leer en castellano. La entrevista la tenía memorizada y no me hacía falta llevarme papeles. Utilicé una hoja de esos cuadernillos que hay en los hoteles, del tamaño más o menos el doble de un paquete de tabaco. Escribí el saludo, arranqué la hoja y me fui.

Ozzy nos recibió en las oficinas de Sony en Londres con una buena carga de simpatía. Tanto el Mariskal como yo le habíamos entrevistado con anterioridad, pero no se acordaba. Estuvo simpático y contestó sincera y ampliamente a nuestras preguntas. Por fin acabamos la entrevista y le propuse lo del saludo en español. Accedió sin problemas, aunque bromeando con que los idiomas no eran lo suyo. Saqué el trozo de papel con el saludo, lo cogió y le cambió la cara. Tiró la pequeña hoja sobre la mesa con malas maneras: «Yo no hablo en español». Y se marchó cabreado y sin despedirse. Yo no entendía nada mientras el Mariskal se partía de risa. «¡Gilipollas! —me dijo—, ¿no ves que no se ha traído las gafas y esas letras tan pequeñas no las puede ver?».

Nos estuvimos riendo de la escena durante toda la noche, pero al final lo olvidamos porque estábamos ocupados colándonos en un concierto de Paul Rodgers en el mítico Ronnie Scott's, el último lugar en el que tocó Jimi Hendrix.

Ted Nugent

La primera entrevista que hice a una importante *rock star* fue a Ted Nugent. El guitarrista americano vino a tocar para promocionar su álbum *Intensities in 10 Cities*. Pasé algo de vergüenza porque el único aparato que tenía para grabar la entrevista era un radiocasete

del tamaño de una caja de galletas. Un armatoste que sonaba bien y grababa bien, pero que resultaba ridículo en comparación con las grabadoras profesionales de los otros periodistas. Además había que enchufarlo a la red porque gastaba muchas pilas de las gordas y eran muy caras. Uno de los reporteros que allí estaba me preguntó: «Pero hombre, ¿cómo vienes con eso?». Con una naturalidad absoluta contesté: «Porque no tengo otro».

Después me fui al concierto para celebrar que mi primera entrevista a gran escala me había salido muy bien. Eso sí, cargado con el aparatoso radiocasete.

El programa grabado de una noche de verano

Otra de las veces que deseé que me tragara la tierra fue cuando me escuché a mí mismo en la radio. Era verano y me iba de vacaciones pero, no recuerdo por qué, tenía que grabar un programa de dos horas. Sobre las once de la noche me metí en el estudio acompañado por Mariano Muniesa. Hicimos una primera hora brillante, un repaso importante a grandes discos publicados meses atrás, previsiones de conciertos que vendrían después del verano y algo más. Resumiendo, un buen programa. Había sido un largo día en la radio y estaba cansado, así que le propuse a Mariano parar, tomar una copa rápida y volver para grabar la segunda hora. Mariano accedió, pero no fue solo una copa rápida, en realidad fueron varias. Volvimos a la radio, grabamos y me fui de vacaciones.

Al cabo de cinco noches conducía cruzando la frontera de Portugal y puse la radio. Diez o quince minutos después comenzó el programa que habíamos grabado Muniesa y yo noches atrás. Rodaba tranquilamente bajo el cielo andaluz gozando de la escucha del buen programa que habíamos hecho. Me escuché a mí mismo decir: «Estamos acabando la primera hora, volvemos enseguida con la segunda parte de hoy de *Emisión Pirata*». Lo que escuché a

continuación era bochornoso: «Mariiiano, ahora… Vamos… a poner a “Jimi Rendy”». «¡Eso! Síííí… Pirraata, pon a “Jimi Hendriss”».

No pude escuchar más, apagué la radio y conduje toda la noche de vuelta a Madrid esperando que ningún jefe hubiera escuchado aquello. Me planté en la radio a primera hora de la mañana. Discretamente indagué: la suerte estaba conmigo. Volví a subir al coche, ya tranquilo, y me dirigí al sur de Francia, a las ruinas de una edificación templaria en las que empieza la novela *Los hijos del grial*.

AC/DC

Con Brian Johnson y Angus Young protagonicé mi gran cagada planetaria. Londres, marzo de 2014. Después de cuatro años AC/DC volvía a la carretera. Pocas semanas atrás habían publicado su disco *Rock or Bust*. Recibieron a la prensa europea en el hotel Four Seasons y yo fui el único español convocado. Una vez más conté con la ventaja de que me conocían desde hacía tiempo y me recibieron con muy buen rollo. Cuatro cámaras grababan la entrevista, que se desarrollaba como la seda.

Malcolm está ya fuera de juego. Una traicionera demencia le aparta del mundo y es sustituido por Stevie Young, su sobrino, que ya había sustituido al tío tiempo atrás en una serie de conciertos. Les pregunto si Stevie estará a la altura de una gira mundial de AC/DC, solo que en lugar de llamarle Stevie, le llamo George, que es el hermano mayor del clan Young. Brian y Angus me miran extrañados y se ríen. Rectifico el error y Brian dice: «Cómo sois los españoles. Es como la tortilla, le echáis de todo y todo vale». Cuatro cámaras y al menos un millón de oyentes fueron testigos.

Una para terminar

Otra de mis grandes meteduras de pata fue cuando en Cadena 100 me preguntaron si me apetecía entrevistar a los Ramones. Di botes de alegría. El encuentro sería al día siguiente a las once de la mañana. Pero con lo desastre que soy entendí que sería a la una. Dejé en mal lugar a la radio y además perdí la única oportunidad de entrevistar a los de Nueva York. Y lo peor es que yo estaba dentro del mismo edificio que ellos, aunque en otra parte.

Grandes cagadas ajenas

Fernando, de Barricada, y su álbum

Que hay que tener cuidado es un consejo universal que se transmite de generación en generación, pero que muchas veces no se practica. Fernando Coronado, el batería que sustituyera a Mikel Astraín y que estuviera en Barricada durante ocho años, guardaba todos los recortes de prensa en los que se le citaba por su trabajo en los tambores de la banda navarra. Algo lógico, que además puede ser utilizado, como mínimo, para enseñar a los nietos y demostrarles lo grande que fue su abuelo. Pero nunca se sabe para qué más puede servir un álbum bien gordo con un montón de titulares sobre ti. También puede volverse en tu contra.

Fernando se separó de su mujer y aquel álbum apareció en el juicio en manos de su ex, que pudo así demostrar que Fernando era una gran estrella de rock y por lo tanto sus ingresos eran altos. Supongo que eso habría sido cierto años atrás, aunque en aquellos momentos el cuarteto de Pamplona no atravesaba su mejor racha y la pasta de antes no era la que ganaban en ese momento. Pero ¡explícale eso a un juez! La pensión que le impusieron no se la ponen ni a los exministros.

Stewart Copeland provoca suspensos en inglés

Mi inglés, además de raquítico es macarra, limitado y solo va en una dirección. Quiero decir que yo hablo, pero no pillo nada de lo que me responden. Aun así ha sido suficiente como para viajar por medio mundo yo solo. De gramática «ni *flowers*», y de vocabulario

bastante menos de lo justito. Pero con lo poco que controlo, mi capacidad de comunicación y mi morro, me responden. Eso sí, me cuido muy mucho de no lanzarme y cometer osadías como la que sigue.

Lo presencié yo con estos ojitos que Dios me ha dado en el telediario de la tarde de TVE. The Police venía por primera vez a España y se hablaba de que la relación entre los tres músicos de la banda no era muy buena entonces. El acontecimiento de su llegada a nuestro país para dar conciertos tuvo resonancia en la redacción de informativos de la televisión pública y mandaron a una reportera al aeropuerto de Barajas para recibirlos.

Por las imágenes que se veían en el informativo, en el mismo aeropuerto se debió de montar una improvisada rueda de prensa. En el vuelo llegaron Sting y Andy Summers, o sea, guitarra y bajista, pero no Stewart Copeland. En función a los rumores de aguas revueltas en el seno del grupo, y supongo que buscando una primicia mundial, la reportera exigía respuestas:

—¿And your *batary*?

La cara de Sting que se veía en el telediario era única.

—¿My *batary*?

—Your *batary* —aseveraba con cara inquisitiva la periodista.

Sting no entendía nada. De pronto, desde detrás de la cámara se escucha una voz lejana que dice:

—*Drummer*.

Sting comprendió y respondió:

—Ah, mi batería viene en otro avión.

Gene Simmons sin máscara

El grupo americano Kiss decidió un día quitarse las máscaras que les habían hecho famosos. Publicaron su disco *Lick it Up* y vinieron de gira a España. Al día siguiente su compañía discográfica en nuestro país, la potente Polydor de entonces, organizó una rueda de

prensa en un club algo extraño, una peculiar sala en la calle de Serrano, en Madrid. Estábamos unos pocos periodistas especializados en rock y había, además, plumas de otros géneros informativos. Recuerdo perfectamente que, muy bien llevado, una chica de no sé qué medio puso a Gene Simmons contra las cuerdas preguntándole sobre las incursiones de Kiss en el terreno de la música disco. Obviamente se refería al tema «I Was Made for Loving You» del álbum *Dynasty*. Con discos potentes además de espectaculares conciertos, Kiss se ganó su fama como uno de los grandes baluartes del rock duro americano. ¿Qué hacía pues una banda de rock compitiendo con Donna Summer?

Simmons salió por los cerros de Úbeda: que sí, que no, que si experimento, que si diversión… Después le llegó el turno a alguien del todopoderoso Grupo Prisa. No recuerdo concretamente el medio, pero el estilo era inconfundible. Ahora Prisa y sus publicaciones no se cortan ni un pelo a la hora de difundir la grandeza y la valía de las bandas de rock. Escriben sobre AC/DC, Motörhead, Los Suaves o sobre una banda nueva que prometa, pero no siempre fue así. A comienzos de los ochenta la posición del Grupo Prisa frente al rock era la de aniquilarlo. Los argumentos eran tan repetitivos como aburridos, acusando de «macarrería», «barriobajerismo», violencia en los conciertos y demagogia parecida.

No olvidaré cómo le saqué los colores a un fotógrafo de *El País* que estaba ubicado en una tarima puesta especialmente para reporteros gráficos bajo el escenario de un festival en el Rockódromo de la Casa de Campo de Madrid. El fotógrafo, armado con un teleobjetivo del tamaño de un paragüero, no hacía ni una sola foto a los grupos que tocaban, solo al público. Yo estaba presentando el festival y le veía siempre de espaldas. Comprendí la jugada. Bajé del escenario, fui a hablar con él y le dije: «Como no lleves peleas y sangre a la redacción no te pagan la extra».

Así eran las cosas en los ochenta. En aquella reunión de la prensa con Kiss no fueron diferentes. Le llegó el turno a una

redactora de Prisa para entrevistar a Simmons y a bocajarro le soltó:

—Las dos eses del logotipo de Kiss son iguales a las de las SS de Hitler. ¿Kiss es un grupo nazi?

Simmons flipaba, pero no entendía bien el término «nazi» y preguntó:

—¿Nazi de Hitler, del III Reich?

—Sí, sí —contestó la reportera.

Con una serenidad envidiable, el músico respondió:

—Yo soy judío.

The Clash en rueda de prensa

La modernidad de la prensa musical española estaba allí, e incluso quien no era de la prensa, porque Alaska estaba también allí, aunque aún no era todo lo Alaska que luego fue. Los periodistas que la aupaban a la cresta de la ola la trataban medio como *groupie* ocasional medio como niñita obediente. Había muchos redactores musicales en aquel camerino del pabellón de deportes del Real Madrid, pero a mí me llamaron la atención dos: Rafael Abitbol, que llevaba la voz cantante, y Jesús Ordovás, que llevó la peor parte. También estaba José Manuel Costa y en general todos los gurús de la prensa musical moderna de la época.

The Clash estaban a punto de dar su primer concierto en España, eran buenos tiempos para los ingleses y aquí entonces nos comíamos todo lo que viniera de fuera: al día siguiente en el mismo recinto actuaron Fischer-Z, unos ingleses de la New Wave que, como casi todos aquellos grupos, duraron lo que la apertura de una botella de champán, aunque sigan arrastrándose por los escenarios. Este no era el caso de The Clash.

El morbo de lo que había sido el punk inglés aterrizaba por primera vez en España. Sex Pistols habían desaparecido más de dos años atrás y The Clash entraban para recoger los frutos del movidón del punk. Pero además su álbum (y su tema) *London*

Calling había arrasado por aquí. Era lógico que llenaran el pabellón y era lógico que concentraran a tanta prensa. Yo, que era un novato, me sentía acomplejado ante tanta eminencia de la crítica musical, aunque según discurrió la rueda de prensa y con las preguntas que les hacían aquella corte de hippies reciclados, parecía que habían ido allí de cachondeo. Pero la peor parte fue para el bueno de Jesús Ordovás. Parece ser que Joe Strummer tenía o había tenido una novia española y aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid Jesús preguntó si sabía hablar algo en español. «Oh, sí. Tú gilipollas, yo cago en ti». Nunca olvidaré la risa gélida del Ordovás.

Parentesco real en Rock and Gol

Una de las miles de cosas que hice en los ochenta fue un programa de rock y fútbol que llamé *Rock and Gol*. Veinte años después José Antonio Abellán recuperó la fórmula de fusionar el deporte y el rock creando una cadena de radio que además marcó mi vuelta a la COPE. Pero en los ochenta yo no iba tan lejos, solo quería experimentar en antena este invento de poner rock clásico y dar muy dosificadamente información sobre los partidos que se jugaban en la tarde del domingo. No tengo la menor idea de fútbol, no me gusta, me aburre, pero como invento radiofónico mío lo eché a andar.

Tuve varias ayudas que me proporcionaban las informaciones de lo que ocurría en los estadios. Una de ellas venía de Juan Ignacio Sastrón, un tipo encantador y buena gente que llegó a ser directivo de Canal+ pero que en la época de *Rock and Gol* sabía menos de fútbol que yo. Sastrón estaba emparejado con la realeza a través de un primo suyo casado con una sobrina del rey. Un domingo hicimos el programa cara al público desde Fitur (la Feria de Turismo). Se montó el estudio y aproximadamente una hora antes de empezar ya estábamos allí. Además de quienes fueron para ver

cómo hacíamos el programa, cientos de curiosos y visitantes de la feria de turismo nos rodeaban.

Sastrón vio el fluir de personas y sintió que aquello le sobrepasaba. Se fue al bar y regresó pocos minutos antes de comenzar sin la timidez con la que se fue y con alegría en su cara. Charlé con él un instante y le encontré como nunca le había visto. Cómo decir… Como que muy *echao p'alante*. ¡Y tanto! Arranqué el programa poniendo a Bruce Springsteen e inmediatamente reclamo la información deportiva a Sastrón: «Buenas tardes, han comenzado ya tres partidos pero solo hay un gol y se ha producido igual que como se casó mi primo: de penalti».

Estanis Núñez en Chicago

Allá por el año 1997 Elektra, uno de los sellos propiedad de Warner Music, le dio una oportunidad más a Mötley Crüe. Publicaron su álbum *Generation Swine* y organizaron una cita con su club de fans en Chicago. Un puñado de periodistas españoles viajamos al evento. Mariano Muniesa, David Alcántara «el Insumiso» —yo le llamo así por su activismo en el movimiento anti-mili— y yo estábamos en aquella expedición. También viajó con nosotros un viejo amigo, el gran fotógrafo Estanis Núñez, solo que aquel no fue su viaje más feliz.

Lo pasamos a lo grande aquel largo fin de semana: vuelo con escala en Nueva York, limusinas para movernos, como siempre buenos hoteles y buenos restaurantes a cuenta de Bugs Bunny —cuando Warner Music invita a algo se dice que paga el famoso conejo porque posiblemente sea el referente más visible de la gran empresa americana—. Llegamos a Chicago horas antes de que se jugara la gran final de la NBA de aquel año y los Chicago Bulls eran uno de los equipos participantes. Fue impresionante ver cómo la ciudad estaba vacía durante el partido. Íbamos en un taxi camino de un restaurante y en la radio sonaba la retransmisión del encuentro.

Ganaron los Bulls y en pocos segundos Chicago se echó a la calle. Griterío de felicidad y fuegos artificiales. Aquella noche la ciudad fue una fiesta.

Al día siguiente por la mañana entrevista con los Mötley y sesión de fotos en uno de esos grandes rascacielos que salen en las pelis. Después de hablar con la banda subimos a lo más alto del edificio, a una de esas azoteas por las que huyen los malos perseguidos por los buenos o viceversa. Las vistas al lago Míchigan eran impresionantes. Yo tenía la mirada perdida cuando llegó Tommy Lee junto a mí y en silencio los dos contemplamos la inmensidad del lago. Los dos tuvimos el mismo pensamiento: imaginarnos aquella gran superficie de agua helada. Nos reímos de la coincidencia y comenzó la sesión de fotos.

Estanis disparaba su cámara y ordenaba la posición del batería para conseguir originales y buenas tomas. Estanis Núñez estaba más que acostumbrado a fotografiar a músicos y grupos españoles que obedecían ciegamente sus órdenes. Unos como Rosendo —porque el fotógrafo había sido contratado por su compañía para las fotos de las portadas de sus discos— y otros como Carlos Raya, entonces en Sangre Azul, porque ese rato de inflar el ego a base de poses y clicks de cámara no ocurría todos los días. Pero ese no era el caso del batería de Mötley Crüe. Después de un par de minutos y de «ponte aquí, ponte allí», Tommy dio las gracias y dijo adiós. «Y ¿este…? ¿Este gilipollas? ¿Y este…?», no paraba de decir Estanis con la frustración reflejada en su cara.

Por la noche, concierto. Normalito nada más. Tras el concierto un tiempo de descanso para el grupo. Sacan un sofá al escenario, se sienta en él la banda y miembros de su club de fans les hacen preguntas. Mientras tanto alguien de Elektra, un americano, viene hasta la zona vip donde estaba la expedición española y nos pregunta nuestra opinión sobre el concierto. Recuerdo que todos dijimos más o menos lo mismo, que «aprobado raspado». El sello de Mötley Crüe había gastado mucho dinero en llevarnos hasta allí a tantas personas, pero nosotros hicimos nuestro trabajo: entrevistar a

la banda y «darle aire», pero coherentes con nuestra profesión no íbamos a omitir ni al sello ni a nuestros lectores u oyentes nuestra opinión sobre el concierto. Aquella misma noche la compañía discográfica mandó a la banda a casa a ensayar y poco más de un mes después les daba la carta de libertad definitiva. Cuando me enteré de la noticia me entristecí, y mucho. Si mi opinión influyó, aunque hubiera sido mínimamente, en que una banda que fue tan grande se quedara sin compañía, era una consecuencia que no me gustaba. Aunque al parecer en Elektra estaban hasta los cojones del grupo.

Después del concierto nos fuimos a cenar y elegimos un restaurante especializado en pizzas propias de la casa. Casi todos pedimos una y nos la sirvieron en una especie de cazuela de metal. Además de que estaban buenísimas eran muy diferentes de las que te llevan a casa, mucho más pequeñas de diámetro pero muchísimo más gruesas. Alguien dijo: «Qué raras son estas pizzas». Estanis volvió a columpiarse sobrado de mundología y con cara de condescendencia dijo: «Es que las pizzas en Chicago son así». La carcajada fue inmediata y general. Todos sabíamos que Estanis no iba a diario a Chicago a comer pizzas.

Daños colaterales

Guns n’Roses en Sevilla

En 1992 Guns n’Roses tocó en Sevilla y yo, como se suele decir, estaba más tieso que la mojama. La opción más barata que salió fue compartir coche y gasolina con el hijo del cantante Pablo Abraira y sus amigos. El hombre que había triunfado en España con aquella canción titulada «Gavilán o paloma» ejercía —no me preguntes por qué— de jefe de prensa del concierto de los americanos. Cuando llegamos al estadio había muchos nervios entre los organizadores. Era lógico, la banda aún no había aterrizado en la ciudad y quedaban pocas horas para el concierto. Una llamada desde el aeropuerto confirmaba que el avión del grupo había tomado tierra. Por fin llegaron. Relax y sonrisas en las oficinas de prensa y producción. Minutos después la tensión volvía: en aquel avión no estaba Axl Rose. La situación se fue aclarando poco a poco: el cantante venía en otro avión, creo que procedente de París, y se esperaba su llegada de un momento a otro. Tensa calma hasta que una nueva llamada desde la torre de control relaja el ambiente. El vuelo que traía a Axl llegó, pero la alegría duró poco. De nuevo carreras, tensión, cabreos... El problema era ahora que Axl había pedido dos vehículos marca Jaguar y le habían puesto dos Mercedes. No bajaría del avión hasta que no estuvieran allí los coches de la marca que él quería. Mientras tanto yo no paraba de reírme con lo que oía en la trastienda del concierto. «¡No te jode! —decía Paco Salazar, productor del evento—. Este capullo estaba robando “loros” de los coches de Los Ángeles hace dos años y ahora quiere Jaguars».

Los amigos del hijo de Pablo Abraira fueron tan crueles como graciosos. No se sabe cómo pero las incertidumbres y retrasos se habían filtrado al público y había mosqueo general. De momento no existía peligro inminente, pero si el grupo se retrasaba más de lo habitual en ellos, podría haberlo. Un estadio lleno de gente mosqueada no es nada tranquilizador. Los amigos del hijo del cantante se mofaron de la situación: «No pasa nada, si no llegan pronto sale tu padre, les canta el "Gavilán o paloma" y *arreglao*». ¡Menudos cabronazos! Por fin llegó la banda y para mí fue un gran concierto.

Guns n'Roses en Estocolmo

Tuve la suerte de estar en varios conciertos de la época dorada de los californianos. Uno fue el de Sevilla, otro en Estocolmo. Llegué a la capital sueca un día de verano de 1991. Por la mañana conocí a Juan Capel, un madrileño dueño de una fascinante tienda de coleccionismo discográfico, posiblemente la mejor y más especializada en punk de toda Europa. Juan fue el primer español que dio un discurso en el Parlamento Europeo y es un tipo al que aprecio a pesar de que nos vemos poco.

Aquella semana se desarrollaba una competición internacional de fuegos artificiales. La favorita de momento era Estados Unidos y aquella noche le tocaba el turno a España. Vimos cómo los petardos se convertían en luces de colores desde un barco anclado en un fiordo. A mí me gustó. De vuelta al hotel la ciudad estaba medio muerta. En el trayecto coincidimos varias veces con una enorme limusina blanca. Pensé que dentro podía estar la banda, pero tampoco le di mucha importancia porque tenía otra preocupación, la de cenar, y viendo lo *matá* que estaba Estocolmo empecé a verlo crudo. En el hotel me informaron de que en una plaza cercana podría encontrar varios sitios donde comer algo. Parece ser que en Suecia los locales que funcionan hasta bien entrada la noche tienen

que ofrecer obligatoriamente comida a sus clientes. En aquella plaza había un montón de garitos y un ambientazo envolvente. Resaltaba una discoteca que tenía cristales en la fachada, con lo cual se podía ver el interior y este era más que atractivo: suecas a mogollón y, aunque no se oía, se veía que había ambiente de fiesta y a lo grande.

Después de comer algo me fui allí a tomar una copa, la pedí en la barra y cuando fui a dar el primer trago aparecen Guns n'Roses. Mi primera intención fue la de ir a saludarles, pero aborté la idea al ver lo que pasó. Un flash de cámara fotográfica brilló cerca de las mesas que ocupaban los músicos y la corte del grupo. Como cuando sale Aladino de su lámpara, así salieron dos hombres de seguridad de la banda. Dos «armarios» de color que se liaron a golpes con el fotógrafo sin cortarse lo más mínimo. Alguien intercedió por él y tampoco se lo llevó frío. «Ya los saludarás otro día», me dije a mí mismo. La banda y acompañantes se fueron y desde el interior de la discoteca vi que la enorme limusina blanca se alejaba del lugar. A la mañana siguiente el suceso aparecía en varios diarios de la ciudad, incluso en uno de ellos ocupaba la portada. Alguien me tradujo y parece ser que el fotógrafo que se llevó lo suyo era reportero gráfico de uno de los diarios y quien salió en su defensa era redactor del mismo medio. La mala prensa ganada a pulso, al menos en esta ocasión, no afectó ni a sus seguidores ni a la banda, porque aquella noche se llenó El Globo de Estocolmo y Guns n'Roses dio un gran concierto.

Leches en el Pachá de Ibiza

Habría pagado lo que fuera porque alguien lo grabara. Fin de semana invernal en Ibiza. Discoteca Pachá. Aproximadamente quince melenudos instalados en la zona de la barra junto a la entrada del baño de las chicas. La misma escena se repite durante dos horas como mínimo: chica que entra al servicio, los melenudos

en tropel detrás diciendo burradas, la seguridad de la sala ve lo que ocurre, toma cartas en el asunto y con gritos y empujones y si es necesario algún bofetón saca a los melenudos de donde no tienen que estar. Y melenudos que vuelven a la barra. La escena varía dependiendo de si las copas de los melenudos están llenas o vacías. Si están vacías piden al camarero que las llenen. Alguna ronda corre a cargo de los melenudos, otras se añaden a la cuenta de gastos de la compañía discográfica y otras son gratis.

El camarero que nos atiende está más que colado por el cantante del grupo que forma parte del colectivo melenudo. El cantante, con una sonrisa y un guiño de ojos, consigue copas gratis para él y para otros melenudos, pero el ritual se mantiene. Otra chica con urgencias, melenudos, seguridad, hostias, retroceso de melenudos hasta la barra y a esperar que otra chica guapa tenga ganas de hacer pipí. Si alguien la hubiera filmado, la secuencia acabaría cuando los melenudos prosiguieran la juerga en el lugar donde se alojaban.

Tarot en Londres

En una mansión del barrio universitario de Londres en la que Mick Jagger celebró su cincuenta cumpleaños se presentó a la prensa rock de Europa el álbum *Youthanasia* de Megadeth. La fiesta estaba bien organizada, había comida y gente a mogollón y cantidad de entretenimientos: el Scalextric más grande que yo haya visto, una ruleta del nivel de los casinos —aunque no se podía apostar dinero — y mil historias más. Para conseguir que la noche fuera divertida no faltaban detalles como una figura de cartón-piedra con la imagen de una anciana sentada en un banco dispuesta a dar silenciosos consejos a quien quisiera escuchar. Yo no perdí la oportunidad, pero lo único que llamó mi atención fue una bruja que echaba las cartas del tarot. En absoluto creo en esas predicciones, pero algún partido había que sacarle a aquella fiesta. Había cola para que te echaran

las cartas y precisamente delante de mí estaba Dave Mustaine, el líder del grupo Megadeth, por el que se había organizado la fiesta. De sobra es sabida la antipatía, la sequedad y las malas pulgas del cantante del excelente grupo y las cartas no le debieron transmitir buenos augurios, porque salió del salón de la bruja echando pestes. Después fui yo y la primera carta que me salió fue la de la muerte, y aunque la mujer que movía la baraja hablaba en inglés era fácil entenderla y ella me entendía a mí perfectamente, sobre todo cuando al ver aquella fatídica carta solté un pequeño grito de horror. La bruja me tranquilizó diciéndome que sin las demás cartas aquella no significaba nada. Después de extender todos los naipes que fueron necesarios para atisbar mi futuro, exclamó: «Ajá, aquí está». «¿Qué es lo que estará viendo en mis cartas? ¿Qué querrá decir con "aquí está"?», pensé. La impaciencia me ponía a mil. Después de una pequeña introducción, la bruja fue al grano: «Si consigues ser organizado en tu vida, serás millonario».

Obviamente no he seguido su consejo. En eso acertó y creo que también en los augurios sobre Mustaine, pues el disco no funcionó como él esperaba y fue el último que Megadeth publicó con una potente compañía discográfica multinacional.

Rosendo en Carabanchel

Que Rosendo creció en el barrio de Carabanchel lo sabe todo el mundo. Y que ese barrio históricamente estuvo marcado por la cárcel que había allí, también. Como el mismo Rosendo contaba, algo de marca había dejado en él el siniestro edificio. Por eso cuando aquella mole dejó de ser cobijo obligado para delincuentes y se vació, el guitarrista movió sus hilos para dar un concierto allí. La idea tomó cuerpo e incluso fue más allá: el concierto se grabaría y sería el segundo disco en directo en su carrera. Se cobró entrada, pero se hizo con fines benéficos para alguna organización que no

recuerdo. Un concierto de Rosendo en Madrid siempre es atractivo, más en su barrio y grabando disco ya ni te cuento.

La cárcel ya estaba vacía y solo la ocupaban unos pocos funcionarios en espera de traslado, dejándose ver para dar imagen de que no estaba abandonada. Nos ofrecieron una visita «guiada» de la que yo desistí a poco de comenzar, pero en cualquier caso me dio tiempo a ver que la cárcel de Carabanchel era algo así como una ciudad en pequeño. Carreteras que circunvalan el perímetro tras las altas vallas con alambradas, gimnasio, un pequeño cementerio, además de otras necesarias instalaciones. Los que sí visitaron el complejo penitenciario al completo vieron el garrote vil con el que se había ajusticiado a muchos presos. Su vista provocaba inevitablemente una reacción imaginativa de la cruel y dolorosa muerte que habían sufrido los que pasaron por tan infernal invento. Las celdas estaban sucias, tristes y vacías, y algún preso había dejado sus gayumbos como constancia de su paso por allí. Imágenes tristes que no quise llevarme a la retina, y además tenía trabajo.

En la garita desde donde los guardianes vigilaban para evitar fugas, iba a transmitir el concierto y había que montar el equipo y preparar las transmisiones. Lo hicimos y además de excelente el concierto fue muy especial. Se recogió en el disco *Siempre hay una historia…en directo* y en la portada de ese álbum aparece la garita de vigilancia. Las fotos para la cubierta del disco se tomaron durante el concierto. Dentro, aunque no se nos ve, estábamos el Pirata, Víctor Morales y más gente trabajando para trasladarlo a la radio. Pasamos frío *pa* aburrir y al finalizar, después de recoger los equipos tanto los del concierto como los de grabación y los nuestros de la radio, vimos que las puertas del penal estaban cerradas y tuvimos que esperar unos veinte minutos a que alguien apareciera con la llave. La sensación de no poder salir de una cárcel nos puso muy nerviosos a todos y el tiempo de espera fue infernal. Aunque lo más gracioso que viví fue cuando los pocos funcionarios que quedaban descubrieron que desde fuera alguien había hecho un

pequeño túnel para pasar por debajo los muros y poder entrar al concierto, ya que las entradas estaban agotadas. «Joder —decían los guardias—, antes se hacían los túneles para salir y hoy los están haciendo para entrar. ¿Qué tendrá el Rosendo este?».

Rick Wakeman en la radio

En 1974 el teclista británico Rick Wakeman publicaba su tercer álbum en solitario, titulado *Viaje al centro de la Tierra*. Cerca del final del milenio llegó la segunda parte y para promocionarlo se concertaron varias entrevistas en España. Wakeman no acudió a la mía y yo me pillé un rebote de los grandes. Los mensajes que dejé en los contestadores automáticos de EMI en Madrid no eran nada agradables ni nada tranquilizadores. Al parecer hubo un problema con los vuelos, pero el resultado final fue que a mí me dejaron *colgao*, así que me despaché a gusto con aquellos mensajes. La consecuencia fue que exactamente una semana después el mítico teclista de larga melena rubia de los setenta y que fue uno de los personajes más destacados de la irrepetible formación de rock sinfónico Yes, entraba en mi estudio. Hicimos una bonita entrevista en directo y después no había quien le sacara de allí. El tipo estaba a gusto y no paraba de contar cosas. Yo le decía: «Anda que cómo molaba aquello que hacías de que sonaran todos tus sintetizadores, te alejabas de ellos e imitando a un director de orquesta dirigías con las manos y los hacías callar».Y él contestaba: «Lo que no se veía es que me ponían un cubo debajo de los teclados para echar la pota, porque las borracheras que me agarraba eran finas».

También nos habló de Bonnie Tyler, que tenía casi cincuenta castañas cuando colaboró con Rick en el disco que vino a presentar al programa, pero la cantante debía de estar aún de muy buen ver, porque mantenía su capacidad para encandilar a aquellos caballeros del rock británico que trabajaban en el estudio. Wakeman nos contaba que la rubia de la voz rota aparecía con jerséis tres

tallas menos de las que necesitaba y los ponía «palotes». Los muy pícaros decían que las tomas que había hecho no valían y así tenía que volver. Pero la historia más divertida que contó fue la de Ozzy Osbourne, que también colaboraba en el disco de Wakeman. Rick dio a entender que él y Ozzy eran viejos amigos y que hubo un tiempo en el que coincidieron en varias ciudades. «Al principio no entendía cómo lo hacía, pero estaba siempre borracho, lo cual era inconcebible porque Sharon tomaba precauciones insuperables para esto que no pasara. La mujer del cantante exigía que el minibar desapareciera de cada habitación de hotel por el que pasaban. Además le dejaba sin ropa y sin dinero, pero Ozzy siempre estaba borracho cuando le veía. Un día le pregunté cómo lo hacía y me contó que se ponía la ropa de Sharon y se iba a bares de travestis de la ciudad en la que estaban y le invitaban».

Sí, ya sé que esta es una conocida estratagema de Ozzy y que además aparece en su autobiografía, *I Am Ozzy*, publicada en 2009, pero esto nos lo contó a mi equipo y a mí Rick Wakeman en los estudios de la desaparecida cadena de radio Onda 10 del paseo del Pintor Rosales de Madrid diez años antes.

Pistolas en la radio

Federico Jiménez Losantos llegaba a la radio cada noche acompañado de su inseparable guardaespaldas Cirilo y pasaban por la puerta de mi estudio camino de la tertulia radiofónica de COPE en la que participaba. Federico saludaba y sonreía con simpatía; Cirilo solo era educado y correcto, acompañaba al periodista hasta el estudio y luego se venía al mío con cara ya menos ceremonial. Sabía que en mi programa siempre había gente guapa, sobre todo chicas. Cirilo, por su condición de miembro de las fuerzas de seguridad del Estado (según creo, quienes estaban formalmente amenazados por ETA tenían derecho a protección a cargo del gobierno), tenía licencia de armas. Las coleccionaba y cada vez

aparecía con una pistola diferente para enseñármela, así noche tras noche. ¡Cómo me pude reír con lo que pasó una vez!

Estaba yo en plena entrevista con tres músicos de un grupo que presentaba su maqueta a mis oyentes. De golpe se abre la puerta del estudio y todos volvimos la vista hacia allí. Cirilo, sonriente y sin decir palabra, se desabrocha la chaqueta y saca una pistola. Empuñándola, la dirige hacia arriba. Al verle, los tres músicos se tiran al suelo y se meten debajo de la mesa de control. Cuando pude parar de reír les tranquilicé contándoles lo que pasaba, que no era otra cosa que, como cada noche, Cirilo nos enseñaba un ejemplar más de su colección. Pero claro, los chicos no sabían nada de esto y ya se sabe que el miedo es gratis, cada uno coge lo que quiere.

Desde hace muchos años pido que a las entrevistas en la radio vayan cuantos menos componentes del grupo mejor. Al principio me encontré con que las bandas iban al programa con el *manager*, los amigos, las novias e incluso algún vecino. Se llevaban bebida, supongo que para celebrar que alguien hacía caso al grupo y se ocupaba de él en un medio de comunicación. Pero yo no trabajo así: una entrevista sirve para difundir la música de una banda de rock y no para que los del barrio se vayan de excursión.

Un mamut en la cabina

En el invierno de 1981 Ian Gillan tocó en Madrid. En su banda dos músicos muy interesantes: el guitarrista Bernie Tormé y el bajista John McCoy, un tipo de más de 120 kilos de peso, con la cabeza rapada, gafas oscuras y barba. Un tío que según le ves lo primero que piensas es que lo prefieres como amigo.

Tras el concierto toda la banda fue a una sala de Carabanchel para una fiesta organizada por el promotor del concierto, Mikel Barsa. Por mucho que las huestes del rock hubiéramos invadido la sala por una noche, el *disc-jockey* seguía poniendo música discotequera como supongo hacía habitualmente. Los invitados

teníamos que tragar con aquello, pero McCoy era uno de los reyes de la fiesta y debía de estar tan «feliz» con lo que sonaba como lo estaba yo, hasta que se hartó. Se levantó de su asiento, cruzó gritando la sala, se subió al sillón que había debajo de la cabina, agarró el disco que tenía puesto el pincha, lo arrancó del plato llevándose de paso el brazo del giradiscos, mientras a gritos decía: «No más, no más». Y partió el disco en dos. El pobre *disc-jockey* se quedó contra la pared de la cabina, acojonado y con una risa histérica producto del lógico miedo de tener enfrente a un menda de esa envergadura y nada contento con tu trabajo. A menor volumen sonó rock en todo el tiempo que quedaba de fiesta.

Filósofos en una sala de rock

La mítica sala Canciller de Madrid, el gran epicentro histórico del *heavy* madrileño, era propiedad de Antonio, un empleado de banca emprendedor que anteriormente había tenido experiencia en hostelería rock con la sala Barrabás de Vicálvaro. Antonio tenía como apoyo en la dirección de la empresa a varios sobrinos. Uno de ellos, Sócrates Pérez, era el gerente. No tengo ni idea de qué habría pasado, pero una noche subía yo las escaleras del «Canci» cuando vi a un músico de uno de los grupos que había tocado hacía unas horas. Le tenía contra la pared mientras le decía: «Aristóteles, o me pagas o te meto». Al fin y al cabo los dos griegos eran filósofos.

El bajista de Gun

Me había encontrado con él en una sala de Londres. Tenía un pedo simpático y se vino con nosotros. Alguien nos presentó: «Bajista de Gun; periodista español». «Pronto iré a España», me dijo, y estuvimos de farra las siguientes horas. Nos caímos bien y

quedamos en vernos en Madrid cuando viniera con su grupo de promoción.

Una mañana aparecieron en la radio y grabamos la entrevista porque yo tenía que estar por la noche en Barcelona para un concierto de Whitesnake. Acabamos de grabar y me invitan a comer con ellos. Era el cumpleaños del cantante y la compañía había hecho una reserva en un restaurante en el que hacían buenas paellas. ¡Paella! Palabra mágica para mí, y allí que me fui. Acabamos de comer y pedí un Fray Angélico, licor hecho a base de avellanas que viene envasado en una botella con forma de fraile. Al verla me preguntan qué era aquello, se lo cuento, alguien lo prueba y les dice a los demás que está bueno, así que el resto del grupo también lo pide. El licor es uno de esos que pegan de lo lindo sin que te enteres: tiene un sabor dulce y pasa bien, con lo cual pides otro y otro sin notar en absoluto que va haciendo su efecto hasta que lo hace y de golpe.

Gun se formó en Glasgow (Escocia). La fama de bebedores de los habitantes de aquel país es importante y estos escoceses ante aquel suave licor no tenían freno. Alguno del grupo (no recuerdo cuál) se tomó catorce copas. Por fin salimos del restaurante, yo camino de Barajas y ellos al hotel. Al día siguiente en el avión de regreso vi en el periódico una reseña de la rueda de prensa que el grupo había convocado en Madrid: en la foto solo salían dos de los cinco músicos. Estaba claro, los otros no habían podido ir por culpa del licor.

Aterricé y me fui directamente al programa. Estaba en directo cuando me llamaron de la compañía del grupo. Hacían una fiesta esa misma noche en la terraza de sus oficinas, irían artistas nacionales del sello y también Gun, que aún no habían regresado a su país. Era una guapa noche de verano, yo no tenía mejor plan y fui. Al poco tiempo de estar allí, entre los asistentes me encontré al bajista. Al verme le desapareció la sonrisa y la cambió por una expresión de terror. Decía: «No, no, Fray Angélico no» y desapareció.

Poison en Madrid

Tuve a todos los Poison en la radio. Además de hablar de música y de rock me contaron que lo de ir maquillados les iba bien con las chicas. Lo de intercambiarse las polveras, el rímel y los cosméticos en general era un fácil primer paso para ligar. También me contaron que en sus conciertos su gente de seguridad elegía a las chicas más pintonas, más guapas y más… Bueno a las más mejores para que pasaran al camerino y allí ellos hicieran una segunda criba. Vaya, que andaban sobrados de mujeres. En pleno programa nos enteramos de que en la sala Morasol había una fiesta *heavy light*. Acabamos y nos fuimos allí y los únicos que no ligaron aquella noche fueron los del grupo.

La imposible sillita de la reina con Scorpions y Aerosmith

En los ochenta con Scorpions y en los noventa con Aerosmith me pasó lo mismo. Entrevista, buen rollo, fin de entrevista, foto final, yo en medio de Klaus Meine y Rudolf Schenker, me ven pequeñito, calculan que no peso mucho, intentan cogerme de las piernas para que yo salga sujetado por ellos «a la sillita la reina», pero cuando el guitarrista palpa mi aparato ortopédico se corta en seco. No sé si piensa que oculto un arma bajo el vaquero, si le da repelús o si piensa que me puede hacer daño y buscarse un problema. Klaus, al ver que su socio se corta primero, pone cara de pregunta, pero como las explicaciones habrían sido muy incómodas, intuye que algo pasa, él también se corta y finalmente aparezco en la foto de pie.

Quince años después se repite la escena con Joe Perry y Steven Tyler de Aerosmith. Por lo que veo es un truco recurrente para con *disc-jockeys* o periodistas: así se supone que estaremos hablando del asunto un mes o poniendo constantemente su disco

para contar la batallita. En realidad a mí me basta con que el disco sea bueno. Y ahí les tienes, cantante y guitarrista de una de las bandas más significativas del rock americano listos para la «sillita». Yo, que ya me lo sé, espero que ocurra mientras me descojono mentalmente. Perry palpa la ortopedia, se dirige a Steven con la mirada y dice: «No». De nuevo en la foto los tres de pie.

Desde Rusia con amor

Cuando la Unión Soviética bajó el Telón de Acero y se abrió al mundo recibió de inmediato un vendaval de rock y de alguna forma quiso equilibrar exportando su caudal musical. Las excelentes grabaciones de las orquestas sinfónicas soviéticas se ofrecieron a diferentes comerciantes de música en el mundo. Y llega a Moscú una delegación española dispuesta a comprar el catálogo completo de orquestas rusas. Son uno de los socios propietarios de una gran tienda de discos que había en la Gran Vía madrileña y un hombre de la industria que años atrás había descubierto al grupo para niñatas más exitoso del país. Toda una delegación cultural rusa les recibió tan amable como ceremoniosamente. En la comitiva había lógicamente un traductor. Era de origen chileno y le acompañaba su esposa, una rusa espectacular que enseguida llamó la atención del representante de la compañía española que pretendía comprar el catálogo clásico soviético. ¿Cómo haría para ligarse a la chica sin hablar ni una palabra de ruso? Es algo que nunca se sabrá, pero lo hizo. Se fueron a la *suite* del hotel donde se alojaban, la rusa estaba arrodillada y en plena felación cuando se abrió la puerta de la *suite* y apareció la comitiva rusa junto a la española y, por supuesto, el marido chileno de la arrodillada. «No, no, pero ella me ha dicho que te quiere a ti», le dijo el español al intérprete.

La ley de la gravedad contra el rock

Fui como jurado a un programa de TVE que se llamaba *El salero*. Era un concurso que acogía a participantes de diferentes géneros. Creo que por unanimidad ganó J. Bulevar, un cantautor con elegantes tintes rock que tenía buena maña para las baladitas. Otro de los grupos participantes era una banda de puro *heavy* de la que no recuerdo el nombre ni la procedencia. Todos los tópicos del género los recogían en sus cuatro minutos de participación. Mallas de la época, cardados de la época, calcos descarados de los movimientos de los grupos en boga de la época y hasta una pobre imitación de una postura final que utilizaba Scorpions. Klaus Meine, cantante del grupo alemán, no es un tipo de mucha envergadura pero sí de mucha agilidad y en el final de uno de los temas los guitarristas Rudolf Schenker y Matthias Jabs doblaban sus rodillas para que el cantante se subiera a ellas. El pequeño número circense fue una de las espectaculares fotos del álbum *World Wide Live*. Bueno, pues aquellos chicos de no sé dónde lo imitaron.

Supongo que no habían echado tantas horas al numerito, tampoco los guitarristas eran tan corpulentos como los de Scorpions y el cantante ni de lejos tenía la agilidad de Meine. Nunca olvidaré la cara de terror de aquel chaval encaramado por unos segundos a los fémures de sus compañeros que no podían soportar su peso y les temblaban las piernas. Pánico a hacer el ridículo delante de las cámaras, pero más pánico a la costalada que se podía meter. La cara de terror que vi tras las cámaras, y un mes y pico después cuando lo vi en la tele, provocaban el salir corriendo y sujetar a aquel pobre muchacho. Finalmente no ganaron, pero quedaron en buena posición. Después de la grabación hubo una pequeña fiesta en la cafetería de los estudios. Los que animaron el cotarro fueron los tunos, que no sé a cuento de qué estaban invitados especialmente al programa.

Barón Rojo a lo grande

Alguien dijo que para que una banda pegara del todo en el estamento del *heavy metal* la fórmula necesaria era: cincuenta por ciento de música, cincuenta por ciento de imagen. Barón Rojo eran grandes musicalmente, un batería perfecto, un bajista con precisión y potencia que a la vez cantaba con dureza cuando era necesario y con melodía en los temas que se necesitaba, un guitarra que hacía y sigue haciendo lo que muy pocos pueden hacer y otro guitarra con una voz perfecta para el rock que enriquecía con creces la música de la banda. Además las letras, sobre todo hasta el quinto disco, eran en muchas ocasiones impresionantes. Pero de imagen, cero. Sus conciertos, más allá de las luces, tenían poco de escenografía, y eso era algo que se les reprochaba constantemente. Quisieron solucionar esto en un concierto en el Rockódromo de la Casa de Campo de Madrid.

Meses atrás habían publicado su cuarto álbum *En un lugar de la Marcha*. La portada de ese disco es un moderno Don Quijote en versión galáctica. En lugar de sobre *Rocinante* el nuevo hidalgo cabalga por el espacio en una moto interestelar llevando una lanza que bien pudiera ser láser. La armadura medieval se transforma en un traje espacial y el yelmo es ahora un casco con una visera panorámica. Para aquel concierto en el Rockódromo Barón Rojo echó la casa por la ventana y la usó como puesta en escena. En el techo del escenario sujetaron varias poleas por las que rodaban unas cuerdas de las que colgaba el Don Quijote espacial. La moto no era como la del disco, era más bien parecida a una barquilla de feria en la que dentro iba alguien (posiblemente un familiar de alguno de los músicos) con un mono blanco y una capucha con un plástico que de alguna manera recordaba el dibujo de la portada. Por supuesto que llevaba una lanza a juego: no hay que ser muy listo para imaginar que era un palo de escoba o algo así pintado de blanco y con algún remate.

En un momento concreto del concierto el grupo desarrolla una parte instrumental, la iluminación se va hacia arriba y comienza la marcha del Quijote de la galaxia. Entre bastidores alguien tiraba de

la cuerda, que era lo que hacía que se moviera el hidalgo estelar. El mecanismo que hacía que se moviese la barquilla era algo parecido a esos tendederos donde se cuelga la ropa para secar, con alguien tirando de las cuerdas lentamente desde abajo. A todo esto los músicos se habían retirado lo más atrás posible del escenario mientras seguían tocando. Pudiera interpretarse esta marcha hacia la retaguardia como un gesto para que el montaje escénico tomara protagonismo, pero ¡qué va! En realidad era que no tenían claro que las cuerdas y poleas aguantaran y Don Quijote se les cayera encima. No fueron más que tres o cuatro minutos lo que duró el espectáculo, pero debieron de ser una vida para quien iba en la barquilla.

Cuando el recorrido estaba más o menos en la mitad, la barquilla se atasca —es posible que hubiera menos grasa en aquel tramo de las cuerdas o quizá que la polea se atascara— y quien manejaba la cuerda desde el suelo dio unos cuantos tirones fuertes para que no se parara el paseo galáctico del futurista héroe de la Mancha, pero no funcionó. Los bruscos tirones hicieron que se balanceara la barquilla y aunque su cara estaba a unos diez metros por encima se veía en ella un pánico atroz. El momento fue difícil, pero la suerte estuvo con Don Quijote y los tirones volvieron a poner la nave en marcha y finalizó su recorrido sin que el «cague» de Don Quijote se aplacara en absoluto. Yo desde abajo le veía mirar al suelo constantemente, me imagino que calculando el impacto y también jurándose a sí mismo que no se dejaría volver a convencer por mucha pasta que le ofrecieran. Finalmente la barquilla culminó el viaje y el hidalgo de las estrellas superó con éxito la última dificultad: salir de la barquilla y alcanzar la escalera, una de esas enormes que usa la Telefónica. Cuando le vi bajar lentamente respiré y los dos guitarristas y el bajista de Barón Rojo ya habían vuelto a la parte delantera del escenario.

Miguel Ríos en la fiesta del PCE

Aunque no encuentro documentación que lo confirme estoy seguro de que fue la misma noche. Hubo dos conciertos, uno de ellos de los Ramones en Vista Alegre, Carabanchel, cuando aún era una plaza de toros como todas. Los de Nueva York tocaban por primera vez en España y también por primera y última vez una compañía de discos de las grandes se hacía empresa en un concierto. Curiosamente la discográfica de artistas como Paloma San Basilio, Raphael o los Marismeños, pero que de siempre tuvo muchos nombres internacionales del rock en su catálogo, se metía en el *embolao* de organizar un evento y además problemático: era la época más salvaje de los Ramones y la rapidez de su rock básico y su aureola punk desataban en sus seguidores españoles energías difícilmente calculables. De hecho Gay Mercader, el promotor que años después organizaría varios conciertos y alguna gira del cuarteto neoyorkino, se echó atrás para organizarlo, aunque finalmente se hizo en Carabanchel. Nacha Pop fueron los teloneros y como era de suponer el «respetable» pasó mucho de ellos. Los Ramones estuvieron grandes y aunque la organización no fue perfecta precisamente, allí no pasó nada.

Mientras, en otra zona de Madrid se prepara un concierto de Miguel Ríos dentro de las fiestas anuales del PCE. El escenario de la Casa de Campo se disponía a ofrecer una muestra más de los grandes tiempos de Miguel. Fue un espléndido y brillante concierto. En la recta final el cantante andaluz se rio de la preciosa luna que presidía la noche. Su espontaneidad habitual le empujó a salir del escenario para deleitarse con su luz desde otro punto. Demostró su buena forma con un salto limpio, pero lo malo fue cuando lo quiso hacer a la inversa. Tomó carrerilla, se impulsó y consiguió agarrarse al piso del escenario, pero el faldón que lo decoraba era de tela y, claro, al no ser una superficie firme Miguel no podía apoyarse en ella para finalmente volver a encaramarse a la tarima. Lo único que consiguió fue quedarse colgado con sus manos agarradas al mismísimo borde del escenario. Pataleaba y pataleaba buscando con sus pies un punto de apoyo, pero en aquel faldón no lo

encontró. Momento de agobio para el granadino y descojone general. Varios chicos del servicio de orden le dieron el apoyo que desesperadamente buscaba y por fin pudo regresar a las tablas. Eso sí, arropado por un enorme aplauso.

10

Vicio, vicio

Obús

Honestamente creo que el mundo del rock no supera en absoluto en consumo de drogas a otros colectivos y pienso que en la actualidad aún menos, porque los nuevos grupos están plagados de chicos que toman bebidas energéticas y que prefieren dedicar su tiempo y sus recursos al aprendizaje instrumental y musical. Y los de la vieja guardia del rock, conscientes de nuestra edad, nos cuidamos en mayor o menor medida. Y el primer paso es siempre dejar las drogas, principalmente la cocaína, y el tabaco, comer vegetales con más frecuencia y hacer que el cuerpo trabaje en gimnasios, haciendo *footing* o nadando. Este es mi caso, pero lo cierto es que no siempre fue así.

Cuando Obús alcanzó las ansiadas cincuenta mil copias vendidas de su álbum *El que más*, su compañía hizo una fiesta. Les entregaron el disco de oro e hicieron réplicas para los que, se supone, habíamos ayudado a que se consiguieran esas ventas. No faltaba «perico» para quien quisiera, aunque el mejor era el mío y con diferencia gracias a una afortunada casualidad. Utilicé mi disco de oro como plataforma para pulverizar la coca y hacer las rayas. Alguien dijo: «Joder, el Pirata tiene el disco lleno de rayas», a lo que alguien del grupo contestó: «Que le hagan uno nuevo». Ingenuo.

Difícil para Ozzy Osbourne

Antes de que Ozzy tocara por primera vez en España vino para hacer promoción, a vender su disco, vaya. Su compañía concentró

las entrevistas en un estudio ubicado en el Parque de las Avenidas de Madrid, propiedad de Santiago Lardiés, uno de esos buenos hombres enamorado de su trabajo y dueño de un estudio pulcro y perfecto. Allí Ozzy recibiría a la prensa. Durante la entrevista fue más que simpático, contestaba con sinceridad y, es más, añadía chistes a sus respuestas. Era una de tantas veces en las que quiso dejar los malos vicios y le echó empeño a la cruzada. Unas semanas atrás habían detectado dopaje en la sangre de un atleta venerado. Al hilo del comentario mundial Ozzy me contó sin venir a cuento que si a él le hubieran hecho algún tipo de control habría dado positivo en todo.

Le pedí que hiciera de *disc-jockey* radiofónico y nos presentara su propio disco. Lo hizo sin pensárselo y con muchas risas se puso en la piel de un locutor y dio paso a su álbum *No Rest for the Wicked*. Aquella noche Ozzy Osbourne dio una charla para la Asociación de Alcohólicos Anónimos de Madrid. Parecía que se estaba regenerando, pero por si quedaba alguna duda abandonó Madrid precipitadamente y la única causa fue que la tentación aquí era muy grande: «En Madrid hay muchos bares», dijo.

La última vez que vi a Pepe Risi

Fue cuando vino con Johnny, el pianista de Burning, a la radio a presentar su disco *No mires atrás*. Después hablamos por teléfono varias veces mientras preparaban un concierto en mi tierra, en Talavera de la Reina. Hacía buen tiempo y la entrevista la grabamos al principio de la tarde. Cuando acabamos fuimos a tomar algo en la terraza más cercana. Les acompañaba Paco Lucena, un abogado que durante mucho tiempo había sido el *manager* de Joaquín Sabina, pero ya no lo era y se buscó otras vías en el negocio de la música. Creó un sello que se llamó Don Lucena y bajo ese paraguas publicó el disco de Burning que les trajo a la radio aquella tarde.

Estábamos a gusto, habíamos hecho una buena entrevista y ahora disfrutábamos de la veraniega noche madrileña. Todo era perfecto, solo nos faltaban unos «tiros». A mí me quedaba un retal de la noche anterior, pero no había para todos y conociéndoles como les conozco me fui al baño y me metí mi dosis. Solo quedaba otra. Saqué la estrujada papelina y la dejé encima de la mesa de la terraza: «Ahí tenéis lo que queda, para dos no hay». Y me puse a hablar con el *manager* mientras dos iconos del rock español se peleaban, como niños por un caramelo, por aquello, buscándose la vida para conseguir su golosina. Por cierto, no me preocupé en saber cómo acabó la historia ni quién se metió la raya.

11

Hermosas criaturas

Vixen

Llegaba yo de viaje de no sé dónde, el vuelo se retrasó y cuando aterricé había perdido mi turno. La concentración de periodistas y fans fue en un pequeño hotel de una calle perpendicular a la de la Princesa, en Madrid. Me resultó imposible llegar antes y cuando vi la situación me frustré y mucho.

Vixen había impactado con potencia en la escena del rock. Tres barbies americanas altas, rubias, sofisticadas, junto a una baterista morena con pinta de comérselo todo. Los discos sonaban muy bien, con una producción pulida y temas con impronta de rock pero absolutamente digeribles. Solo faltaba comprobar en directo que realmente detrás de aquellas esculturales y atractivas mujeres había una auténtica banda. La duda solo duraría unas horas, su primer concierto en España sería aquella misma noche.

Mi retraso solo me permitió conocer y saludar a las chicas, que en pleno trato con la prensa estaban amables y simpáticas. Muy posiblemente el medio más potente que iba a entrevistarlas en su debut madrileño fuera el mío, y el que no hubiera podido ser resultaba decepcionante tanto para ellas como para mí. Buscamos una solución de emergencia y aunque la agenda del grupo estaba más que petada para esa jornada encontramos un hueco. La entrevista sería en el camerino. «¿Antes o después del *show*?», pregunté. «Mejor antes», respondieron.

Una segunda oportunidad de oro que no podía desperdiciar y no lo hice. Grabadora en mano, pases especiales, vallas que se van abriendo. Y por fin alguien de la compañía hace «toc, toc» en la puerta del camerino. Solo faltaban quince o veinte minutos para

comenzar su concierto. La puerta se abre no más de cinco centímetros, la chica de la compañía, en inglés, anuncia mi presencia y le dicen que pase. Yo espero y me temo lo peor: tan cerca del concierto van a pasar de mí. Un minuto después la puerta se vuelve a abrir, me dicen que pase y... ni en mis mejores sueños: la baterista, Roxy Petrucci, vestida solo con un tanga se carda el pelo. Esa es la primera imagen con la que me topo y mis pupilas se espabilan a ver si pillo más. Creo que es la bajista la que está totalmente desnuda buscando algo que por fin encuentra en una maleta: son sus bragas, lencería fina de Victoria Secret o algo así. Junto con las bragas de encaje aparece un sujetador a juego que se pone después y, mientras se lo abrocha, me saluda con una sonrisa. La guitarrista, que es la que más «tapadita», está —¡las dos piezas básicas ya las tiene puestas!— me estrecha la mano. En la otra lleva ropa que se pone mientras me dice con absoluta amabilidad y naturalidad que empiece cuando quiera, que queda poco tiempo para el concierto.

De espaldas, y también solo en bragas, veo a la cantante, mucho más preocupada por su pelo que por mi presencia. Viene hacia mí abrochándose y me dice que ella contestará a mis preguntas. No me preocupaba en absoluto si mi actitud era la de tipo duro más que acostumbrado al espectáculo de cuatro hermosas mujeres en paños menores o la del periodista serio que no se impresiona por ver a Vixen desnudas o casi desnudas. Aunque yo creo que la cara que realmente debía de tener era la de «apalominao» total con medio cerebro disfrutando de la situación y con el otro medio dando gracias al rock por haberme puesto allí. La entrevista giró en torno a la historia del grupo y las ventajas o desventajas de una banda de chicas en un mundo de hombres como es el del rock.

Janet se vestía con soltura mientras contestaba a mis preguntas con tranquilidad y las ideas muy claras. Las demás también se vistieron y calzaron mientras se desarrollaba la entrevista. Ajustaban su ropa con no demasiada coquetería y lo que

más les preocupaba a las cuatro era el pelo —aunque ya lo debían de tener listo desde antes de que yo llegara, porque se miraban al espejo con seguridad y casi sin retocarse—. Les comenté que en pocos minutos el público de Madrid podría comprobar si Vixen era una banda de verdad. La cantante me respondió: «Ahora lo verás». «Ya he visto bastante», pensé. Absolutamente tranquilas y amables me despidieron. Me dio tiempo de recorrerme el pabellón a la inversa. Cuando llegué a un lugar en el que los bajitos como yo podíamos ver, ellas ya estaban en el escenario. Las seis mil personas que estuvieron en el concierto y yo pudimos comprobar que Vixen era una banda de verdad.

Más o menos un año después volvieron. Vinieron las cuatro a la radio. Fue una larga entrevista aliñada con temas de su nuevo disco. Una de ellas me contó que su marido hacía un programa de rock en una emisora de California. Soltaron simpatía y buen rollo a toneladas. Ya habían demostrado que eran auténticas en un escenario, ahora estaban demostrando que también lo eran en la vida real.

Unos meses después alguien de la discográfica que las acompañó en la promoción y en sus conciertos en España me contó que acabaron la gira europea en Barcelona. Antes del concierto llamaron y se lo pusieron muy clarito: «Llevamos mucho tiempo fuera de casa, conciertos, vuelos, entrevistas. Hoy acabamos y queremos pasarlo bien». «¿Qué queréis?», les dijo el promocionero. «¡Follar!».

Doro Pesch

Joan Jett, Lita Ford, Fiona, Lee Aaron, Tarja Turunen… El magnetismo de una mujer en el rock es inmenso. Los que nos dedicamos a la información rock, en nuestros mejores sueños hemos tenido un lío con alguna de las chicas que han sido capaces de conseguir su sitio bajo el sol en el universo del rock. En España,

quizá por su eterna sencillez, por su guapura sin caducidad y porque además es la reina del metal, Doro ha sido el sueño de todo individuo perteneciente al colectivo *heavy* de este país. La cantante alemana nos visitó desde muy joven. Al principio solo para promoción y entrevistas, pero desde década y media atrás frecuenta tanto los escenarios españoles que ya es como de la familia.

Doro es mi amiga. No me malinterpretes, no nos llamamos todas las semanas para contarnos cómo nos trata la vida, pero sí nos alegra vernos y ella sabe que en mí tiene un apoyo siempre y yo sé que puedo pedirle cualquier cosa. Doro es la persona más constante, más trabajadora y más tenaz que conozco, no descansa nunca. Cuando la conté que en este país la gente tiene un mes de vacaciones pagadas al año no se lo creía. Esto fue antes de la crisis, de la reforma laboral, del PP y de las secuelas de todo esto.

Ella me contestaba que en muchos años de trabajo solo había parado una semana. Y así es con esta rubia teutona, que se mete en todos los fregados que se le ponen por delante, que lo mismo va a la televisión suiza a someterse a una regresión hipnótica y al volver cuenta sus experiencias en anteriores reencarnaciones, que se sube a un ring con guantes de boxeo a pelear contra una amiga. Pero siempre rock, siempre con la garganta perfecta para un concierto y siempre con esa belleza que mantiene a lo largo de los años consiguiendo en conjunto una madurez más que envidiable. Nunca la percibí como una *rock star* inalcanzable porque nunca quise tener un lío con ella, nunca la vi en ese plano.

Doro es consciente de que los años pasan para todos y aunque mantenga su auténtica melena platino y su piel siga estando tersa no es ya lo que era en los ochenta. Su humildad de entonces —aun siendo consciente de que era una *sex symbol*— ha aumentado con el paso del tiempo y ahora, aunque mantiene un cuerpo y un brillo en el rostro que ya quisieran millones de dieciochoañeras, ella se menosprecia y te dice que ya está mayor. Insisto en que Doro es el sueño inalcanzable de todo *heavy* y aun sabiendo que tiene a sus

pies a quien quiera, sus debilidades carnales no las manifiesta casi nunca, aunque alguna vez sí le traicionó su instinto.

En el festival Lorca Rock de 2002 Doro formó parte del cartel y como siempre dio un concierto brillante. Al día siguiente, en la piscina del hotel Amaltea de la población murciana, hubo una fiesta improvisada a la que fuimos Mariano Muniesa y yo, no como representantes de la prensa, más bien como tipos con ganas de juerga. Allí estaban Joey DeMaio, de Manowar, músicos de otros grupos que habían tocado en el festival, algún miembro de la banda de Doro, parte del equipo y de la familia de Pierre Baptiste, director y dueño de Rock and Rock, la promotora que había gestionado los conciertos de los grupos internacionales.

Después de la fiesta subí a mi habitación, hice el equipaje y cuando lo estaba metiendo en el maletero de mi coche apareció Doro en el parking del hotel. Me preguntó si me iba, y le dije que sí, que al día siguiente tenía que hacer cosas en Madrid. Me preguntó si conducía bien de noche, pero no acabó la pregunta. Supongo que debió de caer en la cuenta de que soy un hombre de rock y que el rock es carretera de día o de noche. Como una madre condescendiente me ordenó que no bebiera en el camino. Yo estaba en una etapa de mi vida en la que no probaba el alcohol, a no ser cerveza en las comidas, y se lo conté: «*Take it easy: no drink, only sex*». Con un lamento de envidia, como si fuera algo soñado y lejano para ella, contestó: «*Only*?».

Años más tarde Doro publicó su disco *Warrior Soul*, que en España distribuyó y promocionó la compañía Avispa. Los dueños, Carlos y Quico Martínez, fueron con Doro a la radio para que yo la entrevistara en el programa matinal de Rafa *Oldi* Escalada, cuando lo que ahora es Rock FM se llamaba Rock and Gol. Doro llegó radiante y nos besamos como viejos amigos. Le dije que estaba espléndida, pero me rechazó el cumplido y dirigió la vista hacia mi novia. También con la mirada me expresó lo guapa que la veía. «Pues nada, nos hacemos un trío», dije en un perfecto castellano que Doro entendió totalmente. Sonrió como si no hubiera oído nada

y se sentó frente al micrófono. Hablamos de su disco. Lógico, había venido a promocionarlo y por aquello de poner en un aprieto a mi vieja amiga le conté que las profesoras de canto recomendaban a sus alumnas que no tuviesen sexo la noche antes de un concierto, pues los lógicos gritos de placer muy posiblemente dañaran las cuerdas vocales. Le pregunté si esto era cierto y que cómo se las apañaba ella en las giras. Los cerros de Úbeda deben ser frecuentados por Doro, porque no veas cómo se los conoce. Por allí salió con su respuesta.

Cabra Loca

Estoy escribiendo mientras viajo en el Alvia Madrid-Ferrol y mientras el tren me adentra en tierras gallegas me viene al coco una historia de un grupo de allí protagonizada por una chica. Ángeles Lago es sin duda, para mí, una de las mejores voces del rock femenino de este país. Una voz que sube, baja, interpreta, cabalga sobre los acordes, se mece en las guitarras… Nada que ver con esa escuela de gorgoritos sin alma que propagó Mariah Carey y que ha sido seguida por infinidad de buenas voces que no consiguieron transmitirnos nada más que un aburrido método.

Cómo canta esa mujer versionando el tema «Ella» de Ñu, es de lo más grande que puedas escuchar en la voz de una hembra del rock nacional. Además Ángeles es una mujer más que atractiva. Su grupo Crazy Cabuxa, que fundó junto a su pareja, miembro también de la banda, tuvo sus momentos de gloria, pero consiguió poco reconocimiento fuera de su tierra gallega, aunque Ángeles marcó huella para siempre en la música de aquella tierra. Además de cantar como pocas y de estar buenísima no se corta de ir hacia adelante con nada ni con nadie.

Uno de sus muchos atractivos como mujer es su melena larga y rizada. Coincidimos en un programa de la televisión gallega presentado por el gran actor y mejor persona Manolo Manquiña, el

de «muy profesional» en *Airbag*. En esos tiempos Ángeles junto a su pareja se estaban haciendo una casa ellos mismos. Al final del día la impresionante melena de la cantante estaba llena de cemento, tierra y polvo y cada noche tenía que lavarla, darle brillo y cuidarla para al atardecer siguiente volver a estar en las mismas. Decidió romper aquel círculo y se rapó la cabeza. «Ya crecerá», me decía antes de subir al escenario del plató y marcarse una electrizante versión del «Let There Be Rock» de AC/DC.

Años atrás y en plena efervescencia Crazy Cabuxa estaban tocando en algún lugar de Galicia. En primera fila había un tipo que no hacía más que incordiar a la chica. Al principio ella hacía oídos sordos, pero el otro no paraba de soltar piropos, no precisamente elegantes, y de llevar sus manos hacia el cuerpo de Ángeles. No más allá del cuarto tema del concierto, con una rabia surgida de las entrañas del infierno, le gritó: «¡Mira, tío, vete a joder por ahí, que yo ya tengo quien me joda!». El tipo salió corriendo y la última vez que le vieron estaba por Albacete.

Rockbitch

A finales de los noventa apareció en Europa un grupo llamado Rockbitch. Era una banda de chicas, a excepción del bajista. El grupo era la proyección de su filosofía de vida. Para ellos solo existía el sexo. De hecho, la banda surgió como un entretenimiento de algunos miembros de una comuna sexual con base en un pequeño castillo del norte de Holanda.

Rockbitch giraban por Europa haciendo rock con peculiaridades escénicas. Uno de sus numeritos más celebrados era que una de las chicas del grupo excitaba a algún tío de público que estuviera en primera fila. Le calentaba durante todo el concierto y al final el menda conseguía su premio: dos *roadis* cogían de los brazos a la chica, esta doblaba sus piernas hacia atrás, se sujetaba a los hombros de ellos, la elevaban separando sus muslos dejándole

totalmente el coño al aire y la llevaban hasta el borde del escenario, a la altura de la boca del paciente y a la vez excitado espectador, durante dos o tres segundos, tiempo que aprovechaba el tipo para darle la mayor cantidad de lametones posible.

Conciertos con numeritos de este tipo que variaban de vez en cuando configuraron la gira europea de Rockbitch, una gira para defender en directo su disco *Motor Driven Bimbo*. Vinieron a presentarlo al programa. No vino todo el grupo, solo tres miembros: el bajista, la guitarrista, que no recuerdo cómo se llamaba, y Babe, que solo llevaba un vestido blanco muy corto y con un escotazo de cuidado. Como eran unas calentonas y como la historia de la comuna sexual del castillo daba para una vistosa entrevista los tuve en el estudio cincuenta minutos durante los cuales además de lo que me contaban escuchamos varios temas de su disco. Ya se sabe que yo siempre hago el programa de pie. Sentados en torno a la mesa redonda del estudio estaban el bajista a mi izquierda, la guitarrista a la derecha y Babe frente a mí, que se sentó, se descalzó y con sus piernas hizo algo parecido a la postura del loto. Como no llevaba bragas estuvo los cincuenta minutos de la entrevista dejándome ver su rubio conejito. Yo, como buen profesional, mantuve el tipo durante casi una hora, pero al final de la entrevista no pude más y a micro abierto le di las gracias por haberme proporcionado la experiencia de entrevistarles durante ese tiempo contemplando un coño. A micro abierto también, la cantante pidió disculpas y se levantó: «Lo siento, no me he dado cuenta, perdóname, es que no me entero… Lo siento de verdad, tonta de mí que solo te he enseñado el coño y me olvidé de las tetas». Lo arregló: se bajó el vestido hasta la cintura y cuando calculó que ya la había admirado lo suficiente se lo subió.

Salieron del estudio agradeciéndome la entrevista y prometiéndome un lugar destacado en el escenario y no solo en el escenario cuando vinieran a tocar a España. Alguien del equipo les acompañó hasta la calle, donde varios taxistas que habían

escuchado la entrevista discutían para llevarles al hotel. Por cierto, Rockbitch nunca tocaron en España.

Chicas tocando el bajo

A mediados de los noventa surgieron varios grupos con chicas ocupando el puesto de bajista. D'Arcy Wretzky y Melissa Auf Der Maur de Smashing Pumpkins; Sean Yseult de White Zombie y Nadja Peulen de Coal Chambers. También Suzi Quatro en los setenta apareció embutida en cuero y con el bajo, pero realmente su carrera se desarrolló como cantante, así es como la conocemos. De hecho el que tocara el bajo es algo anecdótico y que pasó desapercibido para muchos. Pero esta fiebre de los noventa era diferente y a mí siempre me produjo mucha curiosidad el que surgieran casi al mismo tiempo. La respuesta es posible que la encontrara casualmente en México.

Antes de que se lo llevara un huracán, había en Playa del Carmen un chiringuito playero que no tenía asientos sino columpios. Clásicos de Hendrix, Aerosmith o los Stones era la música que se escuchaba en aquel bar mexicano. Aquello era grande. Pedías una copa, la dejabas en la barra, te tirabas hacia atrás con el columpio y al volver estaba esperándote el vaso fresquito con tu bebida favorita. Y venga y dale, y así una y otra vez. Mi amiga del alma Mercedes Gallego, corresponsal del diario *El Correo* en Nueva York, y yo pasamos casi una semana practicando el noble arte del columpio-*drinking* que inventamos los dos mientras escuchábamos el «Heartbraker» de los Rolling Stones. Mi pelo largo, las camisetas de bandas de rock de mi amiga y mías denotaban perfectamente a qué cultura musical pertenecíamos.

No recuerdo si fue por la mañana, por la tarde o por la noche, se nos juntó una chica que a mí me pareció estadounidense. En efecto lo era y además de Seattle, según nos contó luego. Portaba el *look* femenino del momento: pelo teñido de rubio artificial,

piercings y camisetas negras de grupos raros. Habló con nosotros y nos contó que era bajista de una banda en la ciudad de la que salió Nirvana. Estaba en Playa del Carmen de vacaciones pero solo por un par de días más, después volvería a Seattle porque tenía un concierto con su grupo. Además, siguió contándonos, sería un concierto muy importante porque era casi seguro que alguien de Sub Pop iría.

Sub Pop fue el sello discográfico local que grabó el primer álbum de Nirvana, lo que le dio un prestigio planetario en los noventa. Sub Pop era la meca de todas las bandas alternativas del planeta Tierra. Tanto es así que por recomendación de sus abogados no admitían maquetas de nuevos grupos a no ser que la propia compañía las pidiera expresamente. Esto lo hacían para evitar que alguien les demandara argumentando: «Yo les envié una demo y ahora han copiado mi música».

El que alguien de aquel venerado sello —que nunca más volvió a tener un pelotazo del calibre de Nirvana— hubiera casi confirmado que iría al concierto del grupo de aquella chica era lógicamente algo muy importante para ella. No nos dijo si quien había anunciado su posible presencia era un *headhunter* (cazatalentos) o el que llevaba los cafés. En cualquier caso era alguien de Sub Pop y eso parecía ser definitivo para el futuro del grupo. Yo pensaba que el empleado de la compañía podría ir interesado por el concierto, por la banda que tocaba o también porque hubiera quedado con alguna tía que se quisiera trajinar y si no pillaba cacho se fuera. Pero estas visiones de viejo zorro de rock me las guardo para mí. Al fin y al cabo, ¿quién era yo para derrumbar las ilusiones de aquella chica?

Aunque ahora no recuerdo el nombre del grupo, sí me quedé con él en su momento y por curiosidad indagué en los siguientes meses si aquel emblemático sello había finalmente fichado a la banda de aquella chica, circunstancial compañera de columpios. Pero en los seis o siete meses siguientes Sub Pop no fichó a ningún grupo. Tener una chica bajista tan cerca me daba la posibilidad de disipar mis dudas sobre esa corriente de mujeres tocando el bajo.

La respuesta de aquella ciudadana de Seattle no dejó en muy buen lugar al género femenino: «Porque es lo más fácil».

Obús: bailando con la más fea

El cuarteto de Madrid que siempre tuvo como referencia a su cantante, Fortu, ha generado la imagen más representativa del *heavy* en España. Eran *heavies* y no solo por la dura imagen que proyectaban, con calaveras futuristas, logos de fondo del escenario absolutamente «metálicos», cuero, cinturones de balas… Como alguien dijo: «No solo hay que ser *heavy*, también hay que parecerlo». Ellos lo eran dentro y fuera del escenario, dentro y fuera de sus discos, también en cómo iban por la vida.

En la gira de su segundo álbum, *Poderoso como el trueno*, los músicos de la banda y su equipo hicieron una original competición para ver quién de todos se liaría con la tía más fea. Y así estuvieron toda la gira. Ganó el de las luces, con una chica de Valencia que según decían era prima hermana de la muerte.

12

No solo de rock va este libro

Paco de Lucía en Talavera

Manuel Fraga Iribarne fue ministro de varias carteras con Franco. Creo recordar que puso en marcha lo que se llamó «Festivales de España», un paquete de espectáculos que llegaban a las ciudades contratados por los ayuntamientos. Se solían celebrar durante más o menos una semana y cada noche había algo diferente: desde compañías de coros y danzas españolas, pasando por obras de teatro y… lo que dentro del programa se llamaba «música moderna».

Los Festivales de España llegaron a Talavera de la Reina durante varios veranos en los que en el apartado de música moderna actuaron Raphael o Miguel Ríos y en el de flamenco apareció sobre el escenario del teatro Palenque un músico de larga andadura que había subido al estrellato pocos meses antes: Paco de Lucía. El guitarrista había pasado de tocar cobrando poco más que por el viaje y la cena en cuadros flamencos a convertirse en estrella gracias a una más que elegante y alegre rumba titulada «Entre dos aguas».

Fui a entrevistar a Paco después del concierto armado con el casete Philips que utilizábamos en Radio Juventud para todo tipo de entrevistas: desde el guardia municipal que había puesto veinte multas en una mañana al famosillo de turno que pasaba por alguna razón por mi ciudad. Tuve que esperar un buen rato pero aquella noche el guitarrista flamenco se convirtió en mi héroe. A mí ya me caía bien, pero además le escuché decir algo en una entrevista que

le hizo Carlos Tena en Radio Nacional que me hizo mucha gracia. El locutor le preguntó qué sería lo primero que haría si le regalaban una guitarra eléctrica: «Enterarme de lo que vale por si la tengo que vender».

El concierto que dio aquella noche me encantó, aun a costa de no haber escuchado flamenco de ese nivel casi nunca, a excepción del pianista Arturo Pavón cuando trabajé en el cabaret. Al finalizar el concierto tuve que esperar para entrevistarle a que gente de dinero de la ciudad le saludase en el camerino, demostrando así sus privilegios por pertenecer a la élite local. Y yo mientras con el maldito casete colgando del hombro. Dentro del grupito de vips había dos chicas, pijas talaveranas de buena familia que eran hermanas. Cuando les llegó el turno se acercaron al guitarrista: «¡Cómo tocas, Paco!», le dijeron como si le conocieran de toda la vida. «Qué sensibilidad, qué arte, qué maestría con la guitarra». Él las miraba, recibía sus elogios y callaba, y ellas en su línea: «Me ha emocionado el tema «Entre dos aguas», la tocas mejor que en el disco, Paco, cómo mueves los dedos». Paco de Lucía seguía en silencio y cuando calculó que a las chicas se les había acabado su repertorio de halagos, les dijo con su gracioso acento andaluz y cierto tono fanfarrón: «*Poz* ya que os ha *gustao* tanto cómo toco, ¿por qué no *pazáis* al baño y me hacéis una mamadita?».

Alejandro Sanz en Miami

El fenómeno Alejandro Sanz explotó en pocos meses. Aquel chico de Moratalaz que tocaba la guitarra en el parque —y con el que supuestamente había coincidido en el pub Rainbow de Madrid sin que yo le recordara— al parecer escuchaba mis programas. Antes de ser grande en la música de España había pasado por diferentes frentes musicales. De hecho formó parte de una banda *heavy* que no duró mucho. Al separarse, dos de sus músicos hicieron el grupo Hiroshima mientras que Alejandro se fue por otros caminos de la

música. El lanzamiento de Alejandro, según me contaron después, fue muy rápido, en poco tiempo estaba en la cresta de la ola. Debió de ocurrir durante los meses en los que yo me fui a vivir a Miami y no me enteré, ni de lejos, de la existencia del cantante, que además se movía en parámetros distintos a los míos.

En 1992 uno de los programas que triunfaban en la radio de habla hispana de Miami era el de Gilda Mirós. La locutora ponía sobre todo música de Julio Iglesias, Chayanne, Camilo Sesto y personajes así. Yo la llamaba de vez en cuando porque pretendía que me pusiese en contacto con los dueños de algunas emisoras de Miami para intentar colarles mi *Emisión Pirata*. Una de tantas veces que llamé y le recordé quién era me identificó y se quiso quitar el marrón de encima pasándome al teléfono con «un cantante español muy joven y muy bueno que ha estado hoy en mi programa». No estábamos en el aire, fue después de que acabara. De pronto escuché en el auricular que alguien me decía:

—Hola.

—Hola —contesté—, ¿quién eres?

—Alejandro Sanz.

—Ah, pues muy bien. ¿Qué haces en Miami?

—De promoción.

El acento del chico sí parecía de Madrid.

—¿Pero has grabado algo? —pregunté.

—Claro, tengo un disco que ha vendido doscientas cincuenta mil copias.

—¡Venga!

—Oye, que sí.

—Vale. ¿Y tocas en directo?

—Claro, he llenado tres días el pabellón.

—Mira, tío, me parece muy bien que vengas a Miami a vender motos, pero conmigo no cuela. ¿Y con quién dices que has tocado?

—Con Warner.

—¿Con Warner España?

—Sí.

—¡Que te vayas! Los de Warner España son amigos míos y nunca les he escuchado hablar de ti.

Hasta aquí su tono era, ¿cómo decirlo?, casi de justificación, como de demostrar su coartada en un interrogatorio, pero al llegar a este punto cambió.

—Oye, ¿y tú quién eres?

No me quise identificar.

—Un periodista español que ahora vive aquí.

—Pero en España, ¿dónde currabas? ¿En Madrid?

—Sí.

—¿Y qué hacías?

—Un programa de rock que se llama *Emisión Pirata*.

—¡No jodas! ¿Que tú currabas con el Pirata?

—No, el Pirata soy yo. —El teléfono casi estalla del grito.

—¡Piri, joder, que nos conocemos del Rainbow!

—Tronco, no me vendas motos. Si nos conocemos sabes que no me voy a tragar esta milonga.

—Que sí, que he vendido doscientos cincuenta mil discos y he llenado tres días el pabellón. ¿Dónde estás en Miami?

—En el South West.

—Vale, no sé dónde está eso. Quedamos luego y te lo cuento todo.

Me dio un número de teléfono, pero nunca lo marqué y me quedé con mi incredulidad hasta que, horas después, me llamó mi amigo Quique Prieto —uno de los pocos ejecutivos de la industria del disco en España con el que me llevaba más que bien—. Quique me llamaba de vez en cuando para ver cómo me iba. Le hablé de mi charla con el tal Alejandro Sanz y me dice: «¡Bufff, tronco! Ese tío es la leche, es el gran suceso en España. Ha vendido trescientas mil copias de su primer disco, es número uno en *Los 40*, ha llenado tres días el pabellón, tiene a todas las niñas locas». Me dieron ganas de meterme debajo de la cama y no salir en un mes.

Cuando regresé a España me encontré con Alejandro Sanz en el Pachá madrileño durante la presentación de un disco de Miguel

Ríos y al saludarnos me dijo: «¿Ya te has enterado de quién soy?».

Miguel Bosé en Miami

Horas antes de escribir lo que escribo en estos momentos leí en la prensa que Miguel Bosé había vendido no sé qué obras originales de Picasso. Ese fue el gran argumento que esgrimió para darse una aureola de autenticidad en el mundo de la farándula, al cual llegó por ser hijo de quien era, sin ninguna duda. En realidad me da igual la existencia de este personaje que ha encarnado como pocos la acepción de «hortera». Eso sí, los privilegios de los que ha disfrutado tampoco tienen desperdicio.

En 1991, como actos previos a la Expo 92 de Sevilla, se organizaron un montón de actividades, una de ellas «La noche de las guitarras». Por la ciudad andaluza y durante varias noches enormes figuras del rock desfilaron por el evento. Alguien me dijo que uno de los programadores de aquello fue el mismísimo Miguel Bosé y, claro, al ser programador, se programó a sí mismo. De no ser así ¿cómo este tipo, que aprendió a afinar algo con el paso de los años, estaría en el mismo barco que Bob Dylan o Joe Cocker? El hecho es que estuvo. Yo no lo vi en televisión, pero al día siguiente su actuación era la risa del país. Parece ser que desafinó como una grulla en celo sin darse ni cuenta.

Pocos meses después estaba en Miami promocionando un disco. En mi recorrido diario por el dial de allí me encontré con el «cantante» en una entrevista y dieron el teléfono por si alguien quería preguntarle algo al divo. No pude resistirlo y llamé, dejando mi pregunta a la productora del programa: «¿Te acuerdas del ridículo que hiciste en Sevilla cantando en directo en “La noche de las guitarras”?». No seguí escuchando aquel programa, por mucho morbo que me produjera esperar una respuesta: escuchar hablar y cantar a Bosé era demasiado para mí. Pero en su descarga diré que alguien me contó que había respondido a mi pregunta y que se

había disculpado diciendo algo así como que ciertamente no había sido una noche muy afortunada. Soy consciente de que no arreglé los problemas del mundo con aquella llamada, pero no pude resistirme a la oportunidad que me brindaba el destino.

La morenaza de José María Cano

En el Madrid de los ochenta cada uno se movía por los locales del ambiente musical al que pertenecía: los *heavies* íbamos a unos sitios y los «popis» o «moñas» iban a otros. Pero era inevitable coincidir con personajes que nada tenían que ver contigo en conciertos, en bares nocturnos o en oficinas y despachos de *managers* y discográficas. A mí me gusta y no me corto de moverme por donde haga falta. Aunque tengo que reconocer que donde más a gusto estoy es en sitios de rock: bares oscuros donde suena la música que me gusta, en los que hay gente guapa y donde las chupas de cuero y las camisetas negras con logos de grupos *heavies* son la indumentaria más frecuente de la clientela. Ese es mi elemento, pero si hay que ir a otro tipo de lugares, se va y punto.

En el barrio de la «Prospe» de Madrid hubo un local buenísimo para conciertos que se llamó La Morasol. Por allí desfilaron en directo, entre otros muchos, Ian Dury y Tina Turner. Pero además de los conciertos y durante un tiempo fue uno de los sitios de moda. Una noche estaba yo allí, sujetando la barra del local junto a mi amigo Paco Salazar, cuando apareció José María Cano con una chavala morena de las que quitan el hipo. La chica llevaba puesta una especie de red hecha a base de finas tiras de cuero por las que se traslucía su ropa interior y su piel. La chica era de escándalo. Yo no pensé que aquel tótem del pop y la modernidad nos eligiera como compañía, pero lo hizo. José María Cano y la morena se juntaron con nosotros, pidieron algo y charlamos. Yo no podía quitar mis ojos de aquella chica. La conversación pronto tomó la dirección

lógica: el enfrentamiento entre *heavies* y popis. Hablábamos con cordialidad, pero cada uno defendiendo a ultranza su postura.

—¿Qué te crees —me dijo—, que a mí no me gustan Led Zeppelin y Deep Purple?

—¡No me jodas que tú conoces a esos grupos!

—Claro, ¿qué te crees?

Yo pensaba que poco se le había pegado de aquellos sagrados grupos viendo la música que hacían, pero no le contesté a eso.

—Es que creo que eres muy joven para conocer a esas bandas.

Respondí esto como podía haber respondido cualquier otra cosa, porque en realidad aquella conversación me daba igual. Yo solo tenía atenciones para la morena. Le debí de dar sin querer en todo el ego, porque el pecho se le hinchó y la cara se le iluminó con una radiante sonrisa.

—¿Cuántos me echas?

—A ti ninguno, pero a tu novia los que quiera.

Paco Salazar estalló en carcajadas que contagiaron a los demás, excepto, claro está, al de Mecano. Incluso la chica se rio. A partir de aquí, la conversación entre uno de los popis más popis del reino y uno de los *heavie*s más *heavie*s de este lado del Misisipi siguió igual de cordial en las formas pero con intercambio de dardos envenenados. Los demás asistían al duelo.

—Mira, Pirata, hay mucha más música que la que tú defiendes, solo que tú te quedaste estreñido en el *heavy*.

—No, yo estreñido no. Yo cago muy bien. De hecho, ahora mismo me voy a cagar en tu puta madre.

Le di un trago a mi copa celebrando mi jaque mate de aquel duelo dialéctico. Mientras, Paco Salazar se tuvo que sentar en el suelo porque las risas le hicieron perder el equilibrio. Cano agarró por la cintura a la chica y se fueron.

El guitarrista y yo nos hemos vuelto a encontrar varias veces después de aquello y, o se le ha olvidado o no le dio importancia, porque siempre nos hemos tratado con simpatía. Como aquella vez que coincidimos en un vuelo de Iberia entre Londres y Madrid. Los

tres Mecanos volvían de Inglaterra después de grabar una sección de cuerda con profesores ingleses para uno de sus discos, mientras que Mariano Muniesa y yo habíamos estado en la capital británica viendo un concierto.

El músico abandonó su cómoda primera clase para venirse a la parte de atrás del avión a charlar con nosotros. Estaba de pie en el pasillo y le dieron varios toques de que allí no podía quedarse mucho tiempo, pero él seguía tan a gusto charlando con nosotros. Incluso vino el sobrecargo a decirle que como no estaba en su asiento le habían dejado sin comida. Y él le contestó: «Como decía mi padre: “O multa o bronca”, pero las dos cosas no. O me deja estar aquí o me da mi comida». Finalmente volvió a su sitio.

La última vez que me encontré con José María Cano fue en la radio. Me dio la dirección de su casa en Londres para que le visitara, pero no le volví a ver nunca con aquella morenaza.

13

Cómo son delante de un micro

Duff McKagan, el ofendido

La aluminosis se cargó el más que esperado concierto de Guns n'Roses en el estadio Vicente Calderón de Madrid y pasaron muchos meses más hasta que pudieron volver. No fue ese precisamente un concierto memorable y después de pasado el tiempo no podría hacer una crónica minuciosa ni mucho menos. Aparte del intento de provocación de Axl —al final de la actuación se puso una camiseta de Charles Manson y una parte del *show* la hicieron sentados en un sofá— pocos recuerdos sobresalientes tengo del concierto de uno de mis grupos favoritos de todos los tiempos. La nota baja no solamente se la di yo, sino todo aquel con quien lo he comentado.

Meses después su bajista, Duff McKagan, vino a la radio. Guns n'Roses ya no existía como banda y cada uno de los chicos del grupo hacía sus propios planes. Axl y Slash habían desaparecido, pero Duff se movía con un disco en solitario titulado *Believe in Me* que él mismo había puesto en marcha. Le tocaba hacer promoción y los conciertos pasaron de hacerse en estadios a tener que tocar en pequeños clubs. Esa noche Duff defendería su proyecto en la sala Revólver, un prestigioso local del madrileño barrio de Argüelles, famoso por sus conciertos y actividades pero que no sobrepasaba un aforo de trescientas personas. Duff y sus chicos no lograron reunir esa cantidad de asistentes.

Todo el mundo de las discográficas sabe que yo no hablo inglés y que si quieren una entrevista en mi programa es necesario que

alguien me traduzca. El bajista apareció con una chica rubia, con pinta de ser el típico personaje que además de compartir su vida y su cama, también se encargaba de sus negocios. Resumiendo, que era su novia y su *manager*. Me lo pareció porque no llevaba esa actitud pasiva y de acompañante que he visto en decenas de ocasiones: chicas calladas que resultarían invisibles si no fuera por su más que atractiva imagen. La rubia tetona que acompañaba a Duff estaba presente en cada acto del músico y siempre controlando todo. ¿Quién mejor que tu compañera de juegos para defender tus intereses? He visto muchas veces ese tipo de personaje.

Duff, la rubia y el traductor entraron en el estudio. El de la discográfica y la chica flanquearon al músico, apreté el botón de *Rec* y comencé a grabar la entrevista: «¿No te da miedo —yo tan sutil como siempre— tocar esta noche en Madrid después del horrible concierto de Guns n'Roses en esta ciudad?». Se desataron las iras, el traductor no sabía dónde meterse, y el bajista, con el tono más que subidito, me dijo todo lo que le apeteció pero en inglés. Yo, firme en mi pose de periodista duro en busca de la verdad, le dejé hablar sin mover un solo músculo. Se podía estar cagando en mi linaje hasta llegar a Ordoño I —primer rey que reinó en algún área de la península Ibérica, del cual creo que desciendo—, pero como ya esperaba esa reacción y además lo hacía en inglés me resbalaba totalmente. Debió de ser que Duff se quedó sin argumentos y sin palabras, porque cuando cerró la boca la rubia tomó el relevo. Creo que dijo más o menos lo mismo que su novio. Yo seguía sin entender nada aunque comprendiéndolo todo, el micro seguía abierto y la máquina grabando. Por dentro me estaba riendo a carcajadas.

El músico, que entonces tenía el doble de envergadura que ahora, había llegado a la radio con la pose típica de *rock star* de segunda fila: ausente del mundo y con una simpatía forzada. El *look*, medio glam medio punk que había sido una de las señas de identidad de la imagen de Guns n'Roses, se mantenía intacto: tatuajes, cadenas, pelo teñido… Todo un chico malo del rock con

voluptuosa hembra a su lado, concediendo un poco de su tiempo a un mortal para manifestar su ego y además poder vender unas copias más de su disco. Les dejé a los dos que bufaran a su antojo y cuando acabaron devolví la paz a la entrevista: «Ahora, ¿quieres que hablemos de…?». Se relajaron, volvió la calma y el resto de la conversación a micro abierto fue de lo más tranquilo. Es que hay cosas que uno no se puede callar.

Tommy Lee haciendo el tonto con mi novia

Fue en los tiempos en que Vince Neil ya no era el cantante de Mötley Crüe. La marcha del *frontman* había producido un auténtico tsunami en el universo del rock. Un par de años atrás el *grunge* de Seattle había desplazado de la primera línea a las bandas que coronaron la escena en la década anterior. La fisonomía cambió y el cuero reluciente y las orgullosas melenas dieron paso a chaquetas de cuadros y gorros de lana —ropa cuanto más gastada mejor—. El *grunge* y todo el movimiento *indi* (de «independent») les proporcionaron, sin querer, un motivo para volver a sus cuarteles de invierno y que los malos rollos fluyeran en casa. Como consecuencia de todo ello una década después volvieron rejuvenecidos, poderosos y con todo en orden. Lo que hizo el *grunge* fue poner todo patas arriba y dar un vuelco a la cultura y el negocio del rock.

El primer grupo en saltar por los aires cuando cayeron las ventas de discos fue Mötley Crüe. Unos dicen que le echaron y otros que se fue él, pero lo cierto es que en 1992 Vince Neil dejó de ser la voz de la banda. Yo vivía en Estados Unidos cuando saltó la noticia. La cadena MTV, que entonces era estrictamente musical y mayormente rockera, no paraba de refrescar la noticia con declaraciones de los propios afectados y también de personajes cercanos a la banda y al cantante. Mötley Crüe tardó dos años en reaccionar, pero en 1994 reaparecieron con nuevo cantante y nuevo

disco: John Corabi y un disco llamado *Mötley Crüe* a secas marcaron esa vuelta.

Vinieron a España a promocionar su nuevo trabajo. Vinieron a la radio y estábamos en plena entrevista cuando apareció mi novia tras los cristales del estudio. Era una chica rubia de diecinueve años con una figura perfecta y llegó con uno de sus modelitos favoritos, un mono de licra negro ceñido a su juvenil cuerpo. La chica me hizo señas tras la cristalera: «Ya estoy aquí, cuando termines nos vamos». Supongo que ella reconoció al famoso Tommy Lee, que además de ser el motor de Mötley Crüe era conocido por ser la pareja de la vigilante playera Pamela Anderson.

Pero aquella muchacha estaba más que acostumbrada, harta del rock y sus personajes —cosa normal después de llevar más de dos años compartiendo su vida conmigo—, por lo que ver al marido de Pam charlando con su novio le debió de impactar tanto como el ciclo reproductor de la ameba, o sea, nada. Pero Tommy se debió de creer que era una fan que se había colado en la radio y se puso a coquetear con la chica y a tirarle besitos a través de los cristales. En un perfecto castellano le dije con muy mala leche: «Tronco, córtate del todo, que ella es mi novia». Aquel ilustre norteamericano que no entendía ni papa de nuestro idioma paró en seco. No hizo falta decirle nada más, emitió una expresión de niño arrepentido, me pidió perdón y prosiguió la entrevista tranquilamente. Lástima que el sistema de reciclaje de cintas de aquellos tiempos no me haya permitido guardar aquella grabación.

Dee Snider DJ

De verdad que me gustaría saber cómo lo hacen. Me refiero a cómo habiendo pasado dos o tres décadas muchos grupos aparecen con unas energías y un brillo capaces de eclipsar sus épocas anteriores. Vale que algunas gargantas han bajado de potencia, pero en absoluto están para la jubilación. Esas voces, en la actualidad

apoyadas por un conjunto de músicos en plena forma, ofrecen ahora conciertos impresionantes.

Cuando Dee Snider vino a la radio su grupo, Twisted Sister, ya no existía, pero se publicaba un álbum doble y en directo. Era 1994 y cada uno de los miembros del grupo se buscaba la vida como podía. El más activo era el cantante Dee Snider: participaba en películas de terror, cantaba con otros grupos y además tenía un programa de radio. Vino a mi programa para promocionar el álbum en vivo *Live at Hammersmith*, grabado en el famoso teatro londinense una década atrás y completado con un par de temas grabados en Nueva York en 1979. Snider es un tipo simpático que hizo que nos divirtiéramos mucho en la entrevista.

No dijo nada relevante, como suele ocurrir casi siempre, pero se ocupó muy mucho de promocionar el disco. Cuando habíamos hablado lo suficiente del álbum le invité a ocupar mi puesto. El cantante presentaba un programa de radio en Nueva York y sé que además se emitía en unas treinta ciudades de Estados Unidos. Por lo que dijo a micro cerrado, grababan el programa, hacían copias y las enviaban a las emisoras que lo emitían. Una manera de funcionar que yo utilicé en el año 2002 apoyado por TIPO, la empresa de mis amigos los hermanos Tito y Raúl Cañil que se dedicaba a la venta por correo de discos y camisetas. Así pues, invité a Snider a que ocupara mi sitio frente al micro e hiciera de *disc-jockey* en directo en mi programa. Aceptó con una amplia sonrisa, se sentó, se puso los cascos y se puso a hablar con la energía, la velocidad y la técnica de los *disc-jockey* americanos. Lo hacía muy bien, solo que su *speech* se prolongaba demasiado. Para mí era un privilegio tener al cantante de Twisted Sister como invitado especial en mi programa, pero el jodido no paraba de rajar. Se sentía como pez en el agua. Además era muy difícil cortarle, no tenía ni la más remota idea de lo que estaba contando, pero no paraba. Los tres primeros minutos, bueno… Pero a partir de ese punto me empecé a mosquear. Una de las premisas de mi programa de radio es que tengo que actuar pensando en que hay miles de

personas escuchando y lo que ocurre en el estudio no tiene la más mínima importancia. Hay que sentir el programa desde fuera y para mí los oyentes de aquella noche solo tenían dos opciones: o apagar la radio o cortarse las venas.

De vez en cuando me miraba. Le daba igual que yo sonriera complacido o tuviera cara de preocupación, él a su bola. Supuse que estaba arengando a la audiencia para que comprara el disco del que habíamos estado hablando o quizá contara cómo se cocinan los fríjoles en Oklahoma, yo qué sé. Solo sentía que por mucho lujo que fuera tener a Dee Snider como *disc-jockey* en *Emisión Pirata*, aquello se estaba convirtiendo en un coñazo supino. Pero el problema es que no podía hacer nada. El cantante estaba sentado frente al micro y de espaldas a la mesa de control, con lo cual no me dejaba espacio para acceder a los botones ni al micrófono y él no tenía ni la más mínima intención de parar. Así que tiré por la calle de en medio y a grito vivo mi voz surgió desde lejos diciendo: «Thank you, Dee, thank», mientras aplaudía todo lo intensamente que podía y me abalanzaba sobre el micro sin parar de decir «Thank you, Dee, thank you». Debió de comprender que tenía que dejarlo ya y afortunadamente lo hizo.

Steven Tyler sanote

No recuerdo si era primavera o verano, pero sí que hacía buen tiempo y que me fui paseando desde la radio hasta el hotel Villa Magna cargando con el equipo: una grabadora profesional, un par de soportes de micro, los dos micros y los cables necesarios para conectarlos. Steven Tyler de Aerosmith y los chicos de su discográfica en España me esperaban. Tyler y yo ya nos conocíamos y él me recordaba. Mi amiga y durante un tiempo vecina, Patricia, hacía de traductora. Nos sentamos en torno a una mesa y me puse a conectar el equipo. Tardé poco en hacerlo, no era

nada difícil, y vi que Steven me observaba. En un pispás la grabadora estaba en marcha y entonces me pregunta:

—¿Cuánta marihuana te fumaste en los sesenta?

—En los sesenta era muy pequeño, pero en los setenta me puse ciego —le contesté.

—¿Y ahora?

—Ahora casi no fumo. Además la marihuana que llega a España no es muy buena, viene de plantaciones caseras y no me gusta. Solo fumo algo cuando voy a Ámsterdam.

—¿Hay buena marihuana allí?

Yo no entendía nada. ¿Steven Tyler me hacía esa pregunta? ¿Alguien que estuvo a punto de tirar su carrera y su vida por las drogas me preguntaba aquello? Bueno, me dije, habrá que informarle:

—Claro, de muchas variedades y de buena calidad.

—¿Y es muy cara?

No me lo podía creer. ¿Es que este nunca ha tocado en Ámsterdam? Le contesté que no. Siguió investigando.

—¿Cuánto?

—Un porro del tamaño de un puro —pedí ayuda a mi amiga la traductora—, un dólar, algo más quizá.

Según avanzábamos en la conversación Steven se excitaba más, subía el volumen de su voz, se aceleraba y se acercaba más a mí.

—¿Un porro así? —Separó sus manos hasta conseguir la longitud de un puro—. ¿Un dólar?

—Sí, más o menos.

Entonces miró la grabadora y vio que estaba en marcha. Se paró en seco, se echó para atrás en el sillón y en un tono mucho más tranquilo y de buen chico me dice:

—Como sabes, yo ya dejé todo esto.

14

Pa’ que se caiga el mito

Marilyn Manson en Malasaña

Un corresponsal cultural de *El País* y mi menda fuimos los primeros periodistas españoles que vimos en directo a Marilyn Manson. Fue la noche de Halloween de 1996 en el Roseland Ballroom de Nueva York. Curiosamente doce años después transmitiría desde allí el concierto de Bunbury en su gira *Hellville de Tour.*

Manson estaba en todo su esplendor. Apoyado en el productor de moda, Trent Reznor, su álbum *Antichrist Superstar* estaba destinado a ser un suceso mundial, y la leyenda ya le precedía. Además de que la caña industrial de la factoría Reznor estaba de moda, Manson, personaje enigmático de aquellos tiempos —maquillado, en los huesos y con una sabia habilidad para conseguir publicidad gratis—, había vuelto a usar el viejo truco del rock para crear escándalos increíbles con la intención de que la prensa rock engordara su leyenda y el resto llevara sus andanzas a todos los rincones. Poniéndole a parir, claro.

La sola elección de su nombre artístico ya levantó ampollas en la sociedad americana. El cantante fundió en su marca lo más dulce y querido de América, Marilyn Monroe, con uno de los personajes más odiados de la reciente historia de aquel país, el asesino Charles Manson. Solo rememorar el apellido de aquel ser que había dirigido la matanza de Sharon Tate, embarazada, y de sus invitados en una mansión de Hollywood, era motivo de un alto rechazo, pero además que en su disco se calificara a sí mismo como anticristo y superestrella era llevar a Brian Hugh Warner (que es como en realidad se llama) a unos niveles de repugna social que hacía tiempo no se veían en Estados Unidos.

Ya en aquellos tiempos había cosechado una bonita colección de maldades efectuadas en su país que pronto traspasaron el Atlántico y nos llegaron aquí. Manson y su banda hicieron de teloneros para la gira de Nine Inch Nails, la banda de su productor, y aprovecharon para hacerse notar. En Salt Lake City destrozaron una *Biblia* mormona en el escenario y casi les linchan. En Miami se «empelotó» todo el grupo en el escenario y escaparon por muy poco de ser arrestados por los ayudantes del sheriff. Travesuras que unidas a la potencia de sus discos y al empeño de su compañía aupaban a Manson a buena velocidad.

El sello americano Interscope —por decirlo de alguna manera, era filial de la todopoderosa Universal— y Universal me invitaron a ver al fenómeno en Nueva York. Una hora antes del concierto, en el bar de enfrente, yo aprendía a decir «tetas» en inglés, porque una de las chicas de la discográfica las tenía muy hermosas y no podía cortarme de decírselo, cosa que agradeció con una bonita sonrisa. Nunca le habían dicho un piropo y le hizo feliz: «En Nueva York los tíos solo te miran mal desde muchos metros antes de cruzarte con ellos en una acera para que no les estorbes. Muchas gracias», me dijo.

En el mismo bar Iggy Pop cenaba con una preciosa chica oriental. Mi intención fue la de saludarle y contarle lo típico: «Soy periodista español. Llevo muchos años poniendo tus discos en la radio. Tu álbum *Brick by Brick* es genial». Pero pensé que «la iguana de Detroit» podría mosquearse con aquel pardillo español que le estaba estropeando la velada con la china, con lo cual me corté y seguí bebiendo en la barra con las chicas de Interscope.

El concierto de Manson fue tremendo. Grande y poderoso como ninguno de los anteriores que yo había presenciado. Después me lo presentaron. Tras el escenario el cantante charlaba con una amiga que, por su aspecto, podría haber pasado perfectamente por fan de Luis Eduardo Aute. Manson, muy relajado tras el *show*, me preguntó si me había gustado y añadió que pronto nos veríamos en España, y así fue. A principios de diciembre Manson vino a Madrid y a

Barcelona dentro de su gira promocional europea para poner en órbita su carrera en el viejo continente.

Al menos en Madrid hizo un *showcase*, un eufemismo anglosajón que quiere decir que son conciertos cortos, conciertos escaparate, para que se pueda ver la valía de un artista que deja con hambre a sus seguidores. Manson tocó en la sala Bikini de Barcelona y en Madrid hizo lo propio en un local que entonces se llamaba Ktedral y que luego ha tenido infinidad de nombres. Tras el concierto nos saludamos, nos hicimos una foto y yo no recuerdo cómo se lio la noche, pero acabamos en un garito de Malasaña.

Recuerdo que íbamos un montón de gente, pero no quiénes integrábamos el grupo. Bueno, sí recuerdo a uno de ellos, pero no se merece que le nombre. En aquellos tiempos fue cuando Manson empezó a poner de moda esos gorros rusos, creo que eran del ejército, que los cuelgan así como unas orejeras parecidas a las de los perros salchicha. La verdad es que al principio éramos una panda más de noctámbulos fiesteros que se iban de copas sin que la presencia del *rockstar* presidiera la reunión. El cantante bebió cerveza y casi todos los demás íbamos de bebidas más fuertes. El pedo generalizado fomentó enseguida los pequeños corrillos de borrachines en los que cada loco estaba con su tema, hablando muy alto y sin enterarse de lo que cuentan los demás. Los corrillos se fueron metamorfoseando según veías que lo que uno cuenta no le interesa a nadie y lo que te cuentan no te interesa a ti, y así te vas con otro a ver si hay más suerte. No recuerdo en absoluto cómo se llamaba el garito, lo que sí recuerdo es que tenía unas escaleras, como dicen en mi pueblo, «condenadas», o sea, que conducían a ninguna parte. En uno de esos cambios de corrillo vi a Manson sentado en la escalera, solo y con una cerveza en la mano, con su duro chaquetón para los fríos neoyorkinos y con su gorra rusa de orejeras. La bulla de los otros era más que festiva y Manson allí tirado, solo y aburrido sin que nadie le hiciera caso. Me acerqué y le dije: «Lo siento tronco, pero no me puedo creer que tú seas el anticristo».

Yosi en la sala Canciller

Alguien me había dejado un disco en la radio. Era de un grupo gallego del que yo ya había puesto algunos temas en antena. Por extraño que parezca, la primera vez que escuché hablar de ellos fue a comienzos del año 1981, en lo que era la «nueva ola». Cuando los «niños de papá» inundaron la música nacional, el retrato de una sociedad y las denuncias descarnadas que hacía el rock fueron eclipsados por letras lloronas y frivolidades sin sentido. Hubo varios *disc-jockeys* que abanderaron aquel movimiento en Radio España FM. Uno era Mario Armero y el otro no recuerdo cómo se llamaba, pero trabajaba en un bufete de abogados por la mañana y tenía un programa en Onda 2 (la FM de Radio España) por la tarde.

Dentro de aquel saco de nuevos grupos aparecieron Los Suaves, que nada tenían que ver con Los Secretos, Nacha Pop o Mamá más que por la «suavidad» del nombre. Pero es absolutamente cierto e histórico que en ese caldo de cultivo de la modernidad es donde escuché hablar de Los Suaves por primera vez. Había transcurrido mucho tiempo de aquello y yo ya había dejado de pasar hambre, frío y penurias en busca de mi hueco en la radio madrileña. Ahora tenía un nombre, mi programa era un referente importante en el rock y estaba admitido como válido dentro de los sagrados cánones de la radiodifusión española. De hecho, el programa ya tenía suficiente altura como para que los grupos nacionales e internacionales, si querían tener resonancia en este país, tuvieran que pasar necesariamente por mi estudio. Atrás quedaban los tiempos en los que me tenía que mover, grabadora en mano, para conseguir una entrevista; pero claro, no me importaba en absoluto tener que hacerlo para lograr algo suculento para *Emisión Pirata*.

Aquella entrevista a Los Suaves me apetecía mucho, los ingredientes eran más que atractivos. Era el primer concierto grande en Madrid de una banda de provincias que había conseguido un

estatus en poco tiempo. Y todo gracias a aquel disco que algún anónimo me dejó un día en la radio y que yo pinché sin freno durante meses. La portada de aquel álbum pretendía —y lo conseguía— ser bastante explícita acerca del grupo: un dibujo con trazos casi infantiles retrataba a una banda de rock, en estilo naíf, en el que sobre todo resaltaba la figura de su cantante «dándole a la frasca». Por lo demás, el contenido musical era tan básico como efectivo. Hard-rock con letras básicas, en absoluto pretenciosas, simples y directas; nada nuevo, es más, tomando de todos. Si has escuchado rock ampliamente y te pones aquel disco de Los Suaves reconocerás en cada minuto influencias —que no copias— descaradas de muchos otros grupos. Y esto va —digo— sin intención de quitarle mérito a ese disco. Al contrario, en el rock la apropiación de ideas, tendencias, intenciones, palabras, métodos, desarrollo de argucias y de todo lo que se pueda fusilar es frecuente. Elvis «robó» a los negros su música rítmica de baile de tugurios. Los Beatles robaron a los blancos yanquis las armonías que estos les habían robado a los negros. Los Rolling Stones robaron hasta el nombre a los negros, y no solo el nombre, aunque esto es lo de menos. Por eso el que unos músicos gallegos utilizaran los golpes de bajo de Thin Lizzy para componer una canción en recuerdo a su líder, Phil Lynott, no era reprochable. Ni tampoco lo era que Yosi cantara como Rosendo.

Vamos a ver, Rosendo con Leño y después con su propia marca ha aportado muchas cosas buenas y malas al rock de este país. Las malas, sobre todo, que ha despreciado todo lo que significaron sus comienzos. Rosendo siempre se acercó más a «los moñas» —como él mismo los llama— que a los que fueron sus coetáneos, a los que remaban con él en la misma dirección, aunque cada uno con intención de llegar a un puerto diferente. Rosendo ha dado mucho al rock de este país aunque, sin quererlo, ha dejado muchos cadáveres en el camino. Rosendo demostró que se podía cantar sin ser un cantante, que se podía tocar sin ser un virtuoso, que se podía ser un héroe del rock sin haber pasado un solo día en

la cárcel, sin haber destrozado una habitación de hotel y sin haberse que mojado el culo por alguna ideología política.

Rosendo no sabe cantar, emite como puede sus letras por encima de las melodías o acordes. Sus textos —que nadie sabe lo que significan— los canta de una manera con la que consigue un resultado único. Cuando Rosendo canta el estribillo de «Entre las cejas» con los restos de sus fuerzas pulmonares, consigue rematar la letra del tema elevando el tono con un último esfuerzo: «¡No te pierdas el final, tira *p'alante*!». Lo hace de esa manera porque no puede hacerlo de otra. Rosendo logró sin proponérselo un hito, una técnica, una estética y, sobre todo, consiguió transmitir una carga de emoción que —por mucho arte y mucho estilismo que se tenga— no ha sido superada por la gente del rock de este país. Yosi, el cantante de Los Suaves lo asimiló instintivamente.

En los tiempos de aquel disco Yosi, al igual que Rosendo, no cantaba nada —y es cierto sobre todo si se compara con Mariah Carey—. Con ese impulso visceral de cantar sin aire en los pulmones y sin ninguna técnica vocal, Yosi conseguía transmitir la emoción con el corazón y con el alma. Y eso lo había conseguido gracias a empaparse de Leño y de Rosendo. A pesar de la falta de innovación y con aquel rock más que básico, el disco de Los Suaves resultaba emocionante.

En otros estamentos de la música funciona, pero no en el rock, y lo digo por experiencia. Machacar al oyente con un disco o con un grupo no resulta si el oyente no quiere. Y aunque no programes a un artista, si al oyente le gusta, ese grupo funcionará. *Ese día piensa en mí* fue un disco que funcionó y que además sirvió para que Los Suaves despegaran desde su Galicia natal y se erigieran no solo como grupo de interés nacional, sino como una de las mejores bandas que jamás tuviera el rock cantado en el idioma de Cervantes, junto a Barón Rojo en España y La Renga en Argentina. El álbum sonó en mi programa con la frecuencia que se habían ganado, o sea, los ponía cuando me apetecía o cuando insistentemente me los pedía la audiencia. Pero aquellos temas

registrados en una grabación cruda, aunque efectiva, hablando de ídolos del rock muertos o de muertas en vida como Dolores, la protagonista de su tema más famoso, enseguida cuajaron en el rockerío de la capital de España.

En vista de cómo ganaban terreno Los Suaves en Madrid, alguien les contrató para que tocaran en el Canci (como se llamaba coloquialmente a la sala Canciller). Desde los primeros minutos comprobaron que el público que llenaba la sala se sabía y coreaba sus temas y además les recibieron con un clamor que para nada se podían esperar. Alguien que estuvo en la primera fila de aquel concierto me contó las caras de sorpresa que pusieron los músicos al ver la magna recepción con la que la gente del rock de Madrid les había recibido. Vamos, que no se lo creían. Un grupo de Orense normalito en su música y no especialmente innovador en sus letras, con un sello discográfico sin capacidad de atravesar las fronteras gallegas, estaba poniendo en pie al gran templo del rock y del *heavy* del país.

Yo quería entrevistar al cantante del grupo. Su condición de inspector de policía y solista de rock era única y esa era la médula espinal de la entrevista que tenía en mente para Los Suaves. Recordemos que era el año 1988. No había posibilidad de que fueran a la radio: todos curraban y los horarios solo les permitían llegar a Madrid, probar sonido, tocar y volver a Galicia. Con todo esto, la única posibilidad que quedaba era entrevistar a Yosi, el cantante-policía, en la sala.

Al final de la entrevista sentí una vez más que soy un mal periodista, además de un gilipollas. Sí, con mayúsculas. Es así, no me duele reconocerlo, no me arrepiento de expresarlo aquí: antes de periodista, antes de hombre de rock, antes de nada, soy persona y —aunque haya personas que no se merecen respeto, ni consideración siquiera— para vivir no necesito traicionar o dejar en la mierda a ningún congénere. Me explico. Trabajo en diferentes medios de comunicación: radio (*El Pirata y su banda*), prensa escrita, tengo mi página web (*www.elpirata.com*) y lo prioritario en

todos estos casos es conseguir publicar una noticia antes que nadie. En el caso de programas de radio dedicados a la música, emitir antes que nadie el nuevo disco de tal o cual artista, o en el caso de arrancar declaraciones, que sean más impactantes que ninguna. Pero yo no soy un carroñero, no tengo sangre para poner a alguien contra las cuerdas por mucho que mis argumentos sean irrefutables.

Hacía mucho tiempo que no sacaba a pasear mi grabadora Sony, del tamaño de dos paquetes de cigarrillos, con micro estéreo que se inyectaba en el cuerpo del aparato, una joya de la tecnología para aquel tiempo. Recuerdo cómo guardaba aquella pequeña pero sofisticada máquina de grabar en su caja de cartón. La noche del concierto fui a la sala Canciller con dicha grabadora a preguntarle al cantante de Los Suaves cómo vivía la experiencia de ser como el doctor Jeckyll y Míster Hyde, o sea, ser inspector de policía y cantante de rock. Cuando llegué Los Suaves habían acabado su concierto. Su descarga en directo coincidía con el horario de mi programa y solo me quedaba como opción al acabar, cruzar la ciudad y llegar al Canci antes de que el grupo regresara a Galicia.

Accedí a los camerinos y alguien me presentó a Yosi. Me dijo que me conocía de la radio, que algunas veces escuchaba mis programas y noté que su corazón latía más deprisa ante la perspectiva de que le entrevistara el Pirata. Sin desenfundar la grabadora de su caja le hablé muy claro: «Quiero preguntarte más que nada por tu dualidad cantante de rock-inspector de policía. Si no quieres hablar de ello, no hay entrevista». Recuerdo perfectamente la expresión de Yosi al responder: él sabía quién era yo, que mi programa se emitía en todo el país y que cualquiera en su ciudad, en Orense, podía escuchar mis preguntas y sus respuestas. Vi cómo le resultaba complicado responder, su cara buscó la difícil expresión que resumía que no quería hablar del asunto, pero tampoco quedar como un cobarde, como un *pringao* sin respuesta frente a un periodista de rock. Me pidió por favor que de ese tema no habláramos, que desde que había conseguido una pequeña notoriedad en el rock le habían relegado a estar detrás de una

máquina de escribir redactando informes en una zona oculta de la comisaría de su ciudad para que nadie pudiera ver sus greñas y sus barbas. Y que encima, sus compañeros no le hacían mucho caso, con lo cual se pasaba gran parte del día leyendo libros. «Si no quieres que hablemos de esto no hay lugar para una entrevista —le dije—, pero creo que estaría bien que dejaras claro cómo se puede llevar algo tan contradictorio en una misma vida». «Prefiero que no hablemos de esto, me puede traer problemas. Yo solo quiero que el grupo funcione lo suficiente como para vivir dos años del rock and roll. Solo dos años de vivir de lo que siempre he querido, de lo que siempre ha sido mi sueño. ¡Dos años! Vivir solo dos años del rock and roll. Si hablamos de lo otro y por casualidad algún jefe lo escucha me va a joder la vida. Por favor, no hablemos de ello, no me preguntes por este tema. Solo quiero pedir la excedencia y vivir dos años del rock and roll».

Esto ocurrió en 1988. Desde entonces Yosi ha vivido del rock, se ha hecho una mansión frente al mar y además, como ya conté en mi anterior libro, está cobrando del Estado como policía prejubilado. Yosi, además de cantante, es el cerebro impulsor e ideólogo de Los Suaves. Es un gran letrista, escribe textos de canciones que me ponen los pelos de punta y me hacen reflexionar sobre muchas cuestiones de mí mismo. Ha sido el cerebro y el motor de discos insuperables del rock en castellano como, por ejemplo, *San Francisco Express*. Le quiero a morir, pero eso no quita que sea el menda más egocéntrico que he conocido y supongo que cientos de veces habrá contestado a la pregunta de cómo se lleva el ser un madero y a la vez cantante de rock. Nunca me importó qué respondía, pero aquella noche en el Canci, Yosi no lo hizo.

Ritchie Blackmore en *Emisión Pirata*

Rock es un término muy amplio, demasiado. Creo recordar que alguien se metió un día en Internet, tecleó «Mecano» y en una

página les denominaban como un grupo de rock. Si no era Mecano era algún conjunto de la época tan baboso e insoportable como el trío de Madrid. Pienso que es una de las aberraciones más grandes que he visto en mi vida: llamar rock a Mecano o a algún grupo del estilo es algo repugnante, al menos para alguien como yo.

Para mí hay rock and roll, rock y Rock con mayúsculas. Las finas líneas que separan unas músicas de otras solo están trazadas en mi gusto y no tengo la más mínima intención de definirlas, explicarlas o darles un significado para que puedan ser comprendidas. Solo diré que para mí el Rock con mayúsculas es música con fuerza donde las guitarras mandan, las voces son excepcionales, las baterías dan potencia y los bajos te aceleran las diástoles y las sístoles. Música hecha por tipos con ropa de cuero y vaqueros, que unos van rapados y la mayoría son melenudos. Lo demás lo respeto y hasta lo venero en ocasiones. Siempre que sea rock o rock and roll lo difundo y aunque haya algo que me aburra, si ha tenido un significado dentro de esta cultura lo mantengo sagradamente en el lugar que le corresponde.

En lo que yo llamo rock hay varios personajes cruciales. Uno de ellos es Ritchie Blackmore, el que fuera guitarrista de Deep Purple y de Rainbow. Una noche vino a mi programa *Emisión Pirata*. La leyenda contaba que Ritchie igualaba la genialidad con su Stratocaster a su tiranía. Ian Paice, batería de Deep Purple, le sufrió durante muchos años y en una ocasión, también en *Emisión Pirata* y a micro abierto le calificó como sádico. Dicho esto, cuando Ritchie Blackmore llegó a la radio yo me esperaba cualquier cosa. El guitarrista había dejado atrás a las dos bandas que le habían —con justicia— elevado a la cima. Ahora con su nuevo grupo, Blackmore's Night, hacía música mucho más suave, impulsando con sus conocimientos y su nombre la carrera de una preciosa mujer que había sido corista de Rainbow y se había convertido en su esposa. La historia de amor entre Candice Night y Ritchie Blackmore posiblemente no dé para una película, pero finalmente desembocó en matrimonio, tanto carnal como musical. Blackmore's Night se

llamó el grupo de la cantante y el guitarrista. ¿Qué le daría aquella rubia para que la fiera del rock dejara el cuero y la «Strato» para vestir pantuflas y tocar la mandolina? Ritchie se mojó hasta el culo lanzando al grupo de su mujer, tanto que el inaccesible Blackmore bajó al mundo de los mortales y fue a la radio para hacer promoción.

Aquel viejo lobo al que todo el orbe del rock temía, vino como un corderito. Tranquilo, afable, simpático y hasta con síntomas de arrepentimiento cuando yo le contaba lo duro de las calificaciones hacia él de sus antiguos compañeros. Vino con su chica y con una botella de vino —de no mucho nivel— que se estuvo pimplando durante la entrevista aunque no llegó a terminarla. En el estudio colindante y a través de los cristales había varias personas que presenciaban el programa: una pequeña representación del club de fans de Deep Purple en España y mi amigo Tony, un personaje al que adoro y que durante muchos años fue propietario de un bar de rock irrepetible, el Rainbow. Se llamaba así en honor de la banda de Ritchie, estaba en el número catorce de la calle de las Huertas de Madrid y cerraba los martes pasara lo que pasara.

No recuerdo ni me importa la fecha exacta de aquella entrevista con los Blackmore's Night pero sí sé que era martes. El Rainbow estaba cerrado como correspondía, pero Tony estaba dispuesto a abrirlo, en privado, para el selecto grupo de bebedores que estaban en la radio aún serenos. Con mi raquítico inglés se lo conté a Ritchie. Al guitarrista los ojos le hicieron chiribitas ante la perspectiva de un bar cerrado para él, su mujer y unos pocos más y aceptó el ofrecimiento de Tony con mucha alegría. No me lo podía creer, irme de tragos con Ritchie Blackmore, increíble. Varias veces le recordé la oferta por si no me había expresado bien o por si él había cambiado de idea. Siempre dijo «sí»; en realidad él tenía más ganas que nosotros. Acabó la entrevista, acabó el programa, nos hicimos fotos, firmó por segunda vez una guitarra autografiada por él que habíamos puesto en concurso años antes y que por increíbles circunstancias ahora formaba parte del patrimonio de *Emisión Pirata*.[1]

La noche prometía: el vino, el buen rollo que Blackmore encontró en el programa y que un bar con el nombre de uno de sus «partos» le abriera las puertas solo para él y con barra libre tenían a la leyenda más que ilusionado. Estábamos Tony, Ritchie y yo —que a estas alturas ya era colega de toda la vida— organizando el traslado desde la radio al Rainbow, cuando la rubia, la preciosa Candice, se acercó al corrillo. Su marido le dijo que nos íbamos al bar. Con una absoluta dulzura le dijo que nones, que tenían que regresar al hotel. Blackmore no dijo nada, solo nos miró. La expresión de su rostro decía claramente «es lo que hay». Sabía que era difícil, pero había que intentarlo: «Bueno, si este no viene, vámonos nosotros», le dije a Tony. «Los cojones —respondió—, si Ritchie no viene hoy no se abre el Rainbow». Nos tuvimos que ir a tomarla a otra parte.

Siempre dije —y lo mantengo— que una persona tiene más que el derecho la obligación de hacer, o al menos intentarlo, lo que le apetezca en cada momento de su vida. Esto reza también para Ritchie Blackmore. Vale que es difícil comprender cómo una superestrella del rock abandona las montañas de amplificadores Marshall que hay en cada concierto y las cambia por instrumentos medievales a los que hay que hacer sonar dándoles cuerda; cómo un héroe del rock del que hemos visto miles de imágenes con ceñidos pantalones de cuero, tocando su Strato, dejando claro con su mirada que el mundo no existe, solo su guitarra y él (y que ha generado a muchos imitadores, como Manolo Maestre de Cráneo o Walter Giardino de Rata Blanca, y otras bandas más patéticas), pasa a dar justitos pasos de baile alrededor de una hoguera en plan zíngaro. Es difícil imaginar cómo ha sido el instante en el que un menda que ha tenido sometidos a su antojo a presidentes de agencias, a muchos *manager* internacionales y a grandes ejecutivos de la industria del disco cede a una mujer casi anciana —su suegra — la venta de sus discos uno a uno.

Me explico. Francisco y Carlos Martínez, a quienes yo llamo «los hermanos avispa», son dos tipos que llevan bregando en el

negocio de los discos y del rock desde hace más de treinta años. Una vez me contaron cómo en una edición del Midem (Mercado Internacional del Disco y las Ediciones Musicales) la madre de Candice, suegra de Ritchie, despachaba ejemplares a un precio algo superior al de los importadores europeos de sellos de rock. Así quedaba todo en un escenario comprensible para el que nunca estuvo allí. Candice y su madre pululaban por los espacios del Midem. Si te acercabas y les decías que querías comprar un ejemplar o siete de Blackmore's Nigth, la suegra los sacaba de un bolso muy parecido al que usaba tu abuela y te lo daba, te ponía la mano para que lo pagaras al precio que ella marcaba y te daba las vueltas si no se lo dabas justo. Después de ver esta escena, ¿quién puede flipar con que Sherpa, héroe grande del *heavy* nacional, se pasee después de sus conciertos en solitario con una maleta con ruedas vendiendo en persona cedés, camisetas y púas?

Sepultura nos deja *colgaos*

Para mí hay un grupo definitivo en lo que yo llamo «la kaña», «la cera». Hay muchas definiciones y etiquetas con las que se puede calificar a Sepultura. Si tienes interés o curiosidad, búscalos en Internet, porque aquí no las encontrarás. El grupo brasileño fue en su tiempo el paladín de la evolución pura del metal, la demostración de que hay que buscarse la vida y además el destrozo absoluto de ese mito de que todo está inventado. Habría que añadir también que formaban parte de esa generación de individuos que, aparentemente, solo eran un atajo de mugrientos tatuados y con repugnantes pendientes clavados en cualquier parte de su cuerpo, pero que en realidad eran gente limpia, comprometida con su tiempo y su planeta. Con las ideas muy claras y dominando la tecnología punta, iban mucho más allá de los convencionales discursos de los encorbatados y falsos líderes mundiales. Una generación poco convencional tanto en sus señas de identidad como en su arte.

Al igual que en España pagaremos toda la vida los tópicos de sol, toros y paella, Brasil pagará otros: Ipanema, chicas con tetas grandes y siempre moviendo el culo, la samba y Pelé… Está claro que Brasil es mucho más. Pero que un grupo de metal saliera de aquella tierra no era frecuente en los ochenta.

El líder y motor de Sepultura, Max Cavalera, me contó cómo se buscó la vida viajando hasta Estados Unidos con las primeras grabaciones de su grupo para mostrarlas a sellos idóneos con la intención de que lanzaran su música. No había aterrizado de vuelta a casa cuando le llamaron del sello que les pondría en órbita. Max era un tipo encantador que iba por la vida a su bola, pero siempre trabajando para fortalecer la banda. Estuvieron varias veces en la radio, anduve de juerga alguna que otra vez con ellos y cuando el grupo comenzó a desmembrarse, siendo ya muy grandes, fui el único periodista del mundo que consiguió declaraciones de las dos partes: por un lado del grupo y por otro de su cantante y líder Max.

A él le entrevisté una vez en Nueva York —en un hotel de diseño muy cerca de Times Square— poco después de la Navidad, cuando la ciudad se encontraba en un periodo de tregua entre dos salvajes nevadas. Max habla «portuñol» pero sobre todo, y más con la prensa, habla en inglés. Y ahí me tienes a mí, en la blanca y soleada Nueva York, con una preciosa chica morena —que había estado en el grupo aquel que se llamaba La Década Prodigiosa— haciéndome de intérprete.

Pasé dos o tres noches en la ciudad y la nieve era un inmenso peligro para mí. Con mi precario equilibrio cada paso era un acojono, pero tuve suerte porque con solo cruzar la calle de mi hotel podía pasar buena parte de la noche en un local de *dancing girls*. Son esos locales que salen en las pelis en los que la policía busca a los malos y en los que hermosas criaturas bailan medio en pelotas alrededor de una barra. La nieve limitaba mis andanzas en mi querida Nueva York pero al menos no me aburría, en absoluto, por las noches.

Entrevisté a Max en la habitación del hotel. También estaba Gloria, su compañera y *manager*, y su hijo de pocos meses que nos miraba tranquilo desde una de esas pequeñas jaulas para bebés que llamamos parque. Volviendo hacia mi hotel escuché en la radio del taxi que se avecinaba otra tormenta: volverían a cerrar los aeropuertos y de nuevo la ciudad quedaría aislada. Le dije al taxista que me esperara en la puerta. Subí a mi habitación, recogí mis cosas a voleo y las puse en la maleta, metí la grabación con la entrevista en un sobre, puse la dirección de la radio en Madrid y la dejé en la recepción del hotel con instrucciones precisas de que la enviaran lo más urgente posible. Volví a subir al taxi y salimos rumbo al aeropuerto. Tenía la entrevista, los compañeros la emitirían antes que nadie y por mucho que adore Nueva York no me quería quedar atrapado. Al llegar al JFK busqué un vuelo hacia la República Dominicana: me escapé de la nieve y del frío de la Gran Manzana y me fui a nadar y tomar el sol a Puerto Plata.

Hay veces en las que trabajar en el rock te da alegrías, pero no siempre, porque el mismo Max Cavalera y su equipo me llevaron al borde del suicidio una noche en Vallecas. La banda estaba en su mejor momento y sus discos los promocionaba en España Sony Music —la discográfica que también se encargaba, entre otros, de Julio Iglesias—. Vinieron a tocar a Madrid y mi amigo Kike Prieto y yo preparamos algo especial: un encuentro con los fans después del concierto. Se lo propusimos al grupo y aceptaron. Lo organizamos en La Urbe, un local de *heavy* de Vallecas con suficiente capacidad como para reflejar una buena representación de los seguidores de Sepultura en Madrid. Lo anuncié en la radio y La Urbe se petó. Se hicieron esperar, pero después de casi una hora vi aparecer el autobús que transportaba al grupo. Ocurrió lo mismo que en la película *Bienvenido Mr. Marshall*: cuando vieron el mogollón de fans que había en la calle esperando para recibirles aceleraron y nos dejaron plantados.

Les teníamos preparados un fiestón con una cuidada selección de su música, comida con grasaza y también vegetariana. Alguien

les estuvo reservando espacio para que aparcara el autobús en la estrecha calle y hasta habíamos grabado una placa de esas de alpaca con un pequeño texto como recuerdo de sus seguidores españoles. La frustración inundó la noche. Los que vieron cómo aceleraba el autobús confirmaron que no eran invenciones mías: la banda huía, no quería el encuentro. Los asistentes que quisieron dejaron en una caja un trozo de papel con su nombre y dirección. Días después recibieron un regalo de Sony Music en agradecimiento a su comprensión.

Aun sin la banda la fiesta prosiguió y lo pasamos bien. Alguien dijo que les enviáramos la placa de todas formas pero, ¡qué va! Me la quedé yo como recuerdo del mal trago.

Ross the Boss llorando en Nueva York

El guitarrista Ross Friedman, al que yo siempre conocí como Ross the Boss, ha zigzagueado en la escena del rock muchos años. Empezó en la influyente banda punk Dictators para pasar al *heavy* más genuino con Manowar. Se acercó a posiciones más clásicas y con discográficas menores en Heyday para volver al punk y a las grandes compañías con Manitoba's Wild Kingdom. Regresó a los Dictators, volvió al *heavy* como Ross the Boss —junto a unos chicos alemanes que tenían un grupo de versiones— y después de que aquellas grandes expectativas se vinieran abajo volvió a reformar su banda de toda la vida bajo la nueva denominación de Dictators NYC.

Tortuoso camino en el rock para este oriundo del Bronx que, a pesar de ser un nombre con prestigio y peso en la escena neoyorkina y de tener solvencia suficiente como para que grupos europeos se pusieran en sus manos para que les produjera discos, tiene como fuente de ingresos vital su trabajo como taxista en la Gran Manzana. Es un tipo afectuoso cuyo pasado le pesa mucho,

un peso que sale a la superficie cuando la cerveza ha hecho su efecto.

En el verano del 2008 volé a Nueva York para entrevistar a mi viejo amigo Ross the Boss. Quedamos en vernos en Manitoba, un garito del East Village, cerca de Alphabet City, la zona neoyorkina en la que las calles no tienen nombre ni números, sino letras. El Manitoba lleva aguantando en el barrio muchos años. El dueño es Dick Manitoba, excompañero de Ross en uno de los grupos con los que tocó. Sin duda es mi garito preferido de Nueva York, cutre como casi todos los genuinos bares de rock del mundo, pero me encanta. Las fotos que lo decoran son de la dorada e histórica época del rollo punk neoyorkino, esas fotos que al verlas te lamentas de por qué el destino no te dejó aparecer en alguna de ellas. He visto el Manitoba repleto de gente y también casi vacío un sábado a la noche, pero se mantiene. Aguantar abierto le ha dado carisma y en la actualidad es un sitio mítico. Y aunque no siempre ha sido así, nunca he dejado de pasarme por el «Mani» cada vez que voy a aquella ciudad.

Recuerdo una vez que nos echaron a fregonazos (con el palo de la fregona) a mi amiga Merche y a mí pero era solo hambre y sed de rock lo que teníamos. Veníamos de pasar una semana en una isla del Caribe llamada San Martín, un sitio elegante con un punto distinto a lo habitual en los destinos turísticos del legendario mar. Pero durante los siete u ocho días no escuchamos rock por ninguna parte; después de mucho mendigar, en un bar nos pusieron un tema moña de los Stones y, claro, cuando volvimos a Nueva York nos fuimos de cabeza al Manitoba.

Solté un billete de veinte dólares para que nos dieran monedas para la máquina de discos. Motörhead, AC/DC, los Stones de verdad y los grupos más aguerridos devoraban mis *coins* a cambio de sonar a saco para mi amiga, para mí y como regalo para la escasa clientela. Nos estábamos resarciendo del déficit de rock que habíamos amasado en San Martín. Los tragos caían mientras puro y bendito rock salía por la máquina de discos. La noche avanzaba y aunque el camarero me conocía —dijo que había estado en mi

programa pero yo no tenía ni idea de quién era—, se acercaba la hora de cerrar. «Una más, por favor», mientras otro *coin* caía y Sin City Six sonaba. Pagamos, le dejamos propina y le pedimos otra. Accedió, pero el cupo estaba más que cubierto y nos dijo que era la última. Con lo *echao p'alante* que te hace el alcohol, volvimos a la barra a por otra ronda. El tipo estaba fregando el bar, educadamente se negó, insistí, lo volví a hacer varias veces hasta que utilizó el palo de la fregona como argumento disuasorio, más bien amenazante, y nos echó a la calle.

Años después Merche y yo volvíamos al Manitoba para entrevistar a Ross, ella para traducir sus declaraciones. El guitarrista apareció con la alegría que suponía tener un nuevo proyecto que te puede arreglar la vida. Nos dejaron que fuéramos abajo para grabar la entrevista sin ruidos y sin música y nos trajeron cerveza. Una cerveza de mierda que ni siquiera llegaba a la categoría de *meao* de gato y de la que yo pasé al segundo trago, pero que el guitarrista bebía como si fuera néctar del cielo. Se mamó unas cuantas durante la entrevista y debió de seguir mamando cuando acabamos y mi amiga y yo nos fuimos, porque Ross se quedó.

Pared con pared del Manitoba había un restaurante que nos pareció bien para cenar. Tenía mesas en la calle y ocupamos una. Habíamos acabado cuando Ross salió del bar de rock. Se sentó con nosotros y siguió tirando los tejos a mi amiga —ya lo había hecho varias veces durante la entrevista—. Merche se hacía la sueca, le invitamos a otra cerveza y se desmoronó. Las decisiones erróneas de su carrera salieron a flote, la historia de un perdedor del rock se proyectaba sobre la mesa de aquel restaurante del Village. El peor momento fue cuando nos contó —más bien le contó a Merche, que era quien entendía la totalidad de lo que decía y a quien se quería ligar— cómo le pusieron un cheque en blanco para que dejara el *heavy* y se fuera al punk y él aceptó. Le acompañamos hasta su taxi, me regaló un cedé que contenía un tema de su nuevo grupo que solo se había publicado en Japón y no paró hasta conseguir el teléfono de mi amiga. No le sirvió de nada.

Leño en Embajadores

A finales del mes de marzo de 1981 Leño grababa su primer disco en directo. En realidad fue el único, aunque mucho tiempo después —cuando el grupo llevaba veintitrés años separado— se editara otro álbum en vivo del trío que recogía un concierto en directo en Cataluña. La grabación quedó en un cajón y se publicó en 2006, pero fue solo eso, registrar un concierto de Leño. En 1981 los planes eran específicos: hacer un disco en vivo.

Durante tres días, la banda tocó en la sala Carolina de Madrid, un enorme local del barrio de Tetuán que ya no existe. Yo estuve las tres noches en las que grabaron los conciertos y era cuando menos curioso ver cómo cada noche asistía más gente. El jueves no hubo ni el tato. Bueno, sí: allegados, súperseguidores, alguno que pasaba por allí y poco más. Yo ya colaboraba con Vicente Romero en la radio y cada día contaba lo que había pasado en el Carolina la noche anterior y animaba a que la gente fuera: «Tus gritos saldrán en el disco», decía desde la radio. El viernes hubo más ambiente, aunque la sala tampoco se llenó. El Carolina tenía dos o tres tramos de escaleras —típico de los locales de la época— que yo subía y bajaba porque no quería perderme detalle de lo que pasaba en el escenario, pero también me fascinaba ver en acción las máquinas de grabar. El sábado se petó, fue mucha prensa y mucha gente y el ambiente se transformó respecto a las noches anteriores. Y más que asistir a una grabación en vivo a lo que se iba era a un concierto de Leño.

En aquellos tiempos el estudio de grabación que sobresalía en Madrid era Kirios, unas instalaciones a lo grande situadas en la carretera de San Martín de Valdeiglesias que habían sido desde siempre el feudo de Teddy Bautista. El *Pájaro*, como se le llamaba en el ambiente rock de Madrid —porque el grupo en el que se dio a conocer se llamó Los Canarios— no solo produjo el disco, sino que además tocó los teclados de algún tema en aquellas tres noches.

Ver cómo se grababa un disco en directo era algo muy grande para mí.

Por esa época yo vivía en Lavapiés y muchas tardes me iba dando un paseo hasta la Taberna de Embajadores. Un bar en el que eran generosos con las pipas, los kikos y los cacahuetes como aperitivo y en el que si cogías al camarero de buen rollo te acompañaba las cervezas con «detalles de la casa» —que ocupaban más sitio en tu barriga que los frutos secos—. Resumiendo, si había suerte te solucionaban la cena.

En el más que agradable paseo de cada atardecer me encontré a los tres de Leño en la plaza de Embajadores con los instrumentos. Ellos ya me conocían porque recordaban mi presencia en Carolina las tres noches. Había estado en los camerinos con ellos en el último de los conciertos, sabían que yo había gestionado una entrevista para el programa de Mariskal y en el primero de los encuentros en aquella plaza les pregunté si iban a un bolo. Me contestaron que no, que esperaban a la *furgona* para que les llevara a Kirios a grabar. Sabido esto, seguí mi camino hasta la taberna.

La tarde siguiente también estaban allí, y la otra y la otra. Nos saludábamos sin más y de nuevo los Leño esperando en Embajadores una y otra y otra tarde. En el enésimo encuentro volví a hablar con ellos:

—Qué, ¿a Kirios otra vez?

—Pues sí.

—¿Pero el disco no era en directo?

Tony y Rosendo se callaron, pero Ramiro, que era y es un lince, salió al paso de la pregunta:

—Es que estamos grabando un single.

Efectivamente hay un single que contiene una versión en estudio de «Maneras de vivir», sin duda el tema más popular de Leño y posiblemente el clásico más clásico del rock nacional. Se estrenaba en aquellas grabaciones en directo —no aparecía ni en los anteriores álbumes del trío ni en el que vino después. Por lo tanto la versión en estudio del tema —que después apareció en

varias recopilaciones— se debió de grabar durante las tantas y tantas sesiones en Kirios antes de las cuales yo me encontraba al grupo en la plaza de Embajadores. Muchas sesiones para un single, ¿no?

Cuando «Johnny B. Goode» se convirtió en «¡Ay, cordera!»

Desde hace años y durante el mes de diciembre pongo en marcha en mi programa, *Emisión Pirata*, el Rockferéndum. En este espacio la audiencia vota a los personajes más sobresalientes del rock del año que acaba. Mejor disco, mejor cantante, mejor grupo nacional, mejor internacional… Así hasta un montón de categorías. Era 1994 y, sí, ya había Internet, pero era casi de ciencia-ficción poder recoger los votos por esta vía, con lo cual lo hacíamos por correo postal. Los oyentes tomaban nota por la radio de qué categorías debían votar y enviaban cartas con sus vaticinios. Sorteábamos discos, camisetas y todo lo que le podía sacar a las compañías para incentivar la participación. Recibíamos muchísimas cartas —aunque desde los primeros votos se veía claramente por dónde iban los tiros — y yo me convertía en censor electoral durante varias semanas: ponía palotes por cada voto, contaba los palotes y publicábamos los resultados en el programa.

Aquel año me dio por hacer una fiesta del Rockferéndum, algo así como los Oscar, pero sin limusinas ni alfombra roja ni tías con modelitos súpersexis. De hecho la única chica que no era del público fue Machús Osinaga —un bombón de pelo rubio que había sido compañera mía en Cadena 100 y que entonces trabajaba en el programa de Pepe Navarro *Esta noche cruzamos el Mississippi* haciendo reportajes insólitos—. La fiesta la hicimos en una sala de bakalao de la calle de Amaniel, en Madrid. No era muy grande ni se podía montar un escenario amplio, pero la dirigía mi amigo José Aparicio y me la dejó sin problemas. Además mis intenciones no eran otras que las de hacer un regalo a mis más fieles oyentes.

Aquella noche junté a nombres muy grandes del rock nacional del momento: Los Suaves, Saratoga, Rosendo, José Carlos Molina (Ñu), Fortu (Obús), Mimi (A Palo Seko) y alguno más. Fue la noche más grande, más loca, más sudorosa y más satisfactoria de mi carrera o al menos eso me parece mientras escribo.

La sala tenía dos barras. La más pequeña —junto al improvisado escenario hecho a base de módulos de madera— la taparon Los Suaves con una lona e hicieron del interior su reino. De todo corría por allí. Vinieron amigos, oyentes, gentes del negocio del rock y hasta una despistada de mi pueblo que frecuentaba el local por su ambiente bakalaero; había tenido un mal día y quería liberarse bailando, pero lo que se encontró era muy distinto.

Además de la gran pléyade de músicos nacionales, el mismísimo Bruce Dickinson asistió a la fiesta. Bruce había sido elegido por la audiencia como mejor cantante del año. Aunque en esa época ya no estaba en Iron Maiden, la resonancia de su carrera con el grupo inglés logró que los oyentes le eligieran como la mejor garganta del rock de aquel año.

Para que aquella noche tuviera aún más trascendencia la transmitimos en directo a través de Cadena 100. Mi compañero, Germán Palacios, llevó hasta el club una más que completa unidad móvil que no solo utilizamos para la transmisión. Además grabó los conciertos y *jam sessions* y sirvió para hacer entrevistas. Cuando abrimos las puertas —aún había sol en las calles de Madrid— la sala se llenó enseguida. Entregué los trofeos y los grupos invitados dieron sus conciertos.

Intercalaba entrevistas con público y premiados. Yo retransmitía cómo se desarrollaba la noche y, aparte de emitir la música, conseguimos contagiar a los oyentes el ambiente de buen rollo que se estaba viviendo. De pronto recibo una llamada del jefe, Rafael Revert, que escuchaba desde casa, y me dice: «No veas la que estás montando, suena cojonudo, estás haciendo historia, chaval, sigue una hora más». El tiempo de transmisión que teníamos era de sesenta minutos, pero con los buenos resultados conseguidos casi

nada más empezar el jefe nos daba el doble de tiempo. Yo lo tenía todo programado para que en los sesenta minutos que me habían concedido de transmisión en directo pasara lo más gordo de la fiesta, pero después de aquella llamada tocaba improvisar.

Rosendo estaba en el sarao. No tenía ningún premio, pero su compañía insistió en que fuera por si podía participar en algún hueco y así recordarle al público que tenía un nuevo disco en la calle. También estaba José Carlos Molina, alma del histórico grupo Ñu. En aquel momento no tenía disco reciente. Es más, no tenía ni compañía, pero como viejo amigo que es se presentó en la fiesta a tomar una cerveza conmigo. Rosendo había tocado con Ñu, pero por problemas tanto musicales como personales se fue. Hacía diecisiete años que él y José Carlos no se juntaban en un escenario. Yo les reuní aquel día y durante la entrevista en directo que les hice Molina le lanzó el órdago: «Y si este le echa huevos nos tocamos una juntos». Rosendo ni aceptó ni negó el reto. La propuesta quedó en el aire, la fiesta siguió.

Emplacé a Bruce Dickinson en la unidad móvil para entrevistarle. Él iba delante de mí con el traductor y con personal de su discográfica. Pensé que era mejor hacer la entrevista en el vehículo que en la sala, donde estaba todo el mogollón y con una banda tocando. Salí a la calle y me encontré con toda la corte de Rosendo: su *manager* y los de la compañía. Supongo que el guitarrista estaría en un bar cercano. Me rodearon y menos pegarme no les faltó de nada. Me daban la bronca, y gorda, argumentando que le había hecho una encerrona con aquello de «tocar con el de Ñu». Les mandé a tomar por el culo a voces y con mayúsculas. «Primero, no fue idea mía, y segundo esto es rock and roll —les dije—. Solo se ha propuesto tocar un tema, no cortarle una mano. Que os den», repetí, y me fui a entrevistar a Dickinson a la unidad móvil.

Allí se produjo la gran paradoja de la noche y posiblemente de toda mi experiencia en el mundo del rock. Tras entrevistar a quien había sido cantante de Iron Maiden, este me pregunta si van a

seguir tocando grupos. Le digo que sí y me sigue preguntando: «¿Son amigos tuyos?» Le vuelvo a contestar lo mismo y, con toda humildad —con los ojos abiertos e ilusionados de un niño ante el escaparate de una tienda de golosinas— me pide que les pregunte si le dejarían tocar con ellos. Pensé que aquello no podía estar pasando: unos minutos antes una panda de chupatintas del rock casi me pegan por insinuar que dos antiguos compañeros de grupo se juntaran para tocar un tema. Y ahora una estrella mundial del rock me pide que interceda ante unos músicos españoles para que le admitan en un concierto improvisado. Esa es la diferencia, el abismo que nos separa. Por actitudes como esta nos va como nos va en el rock de este país. Cuando volví a la sala Rosendo y José Carlos ya estaban sobre el escenario. Además de otros temas tocaron «El tren», la única canción de Leño venida de los tiempos de Rosendo en Ñu y que los dos habían compuesto.

Afortunadamente ese momento tan histórico como irrepetible quedó registrado por la unidad móvil y además se registró en vídeo por los chicos de una escuela de audiovisuales que me habían pedido permiso para grabar la fiesta. Cuando acabó el tema Rosendo abandonó el escenario y siguió la fiesta. Con Niko y El Niño de Saratoga en el bajo y la batería comenzó a subir al escenario todo el que quiso —incluido Bruce— y allí se juntó la caterva (uso bien la palabra) más inaudita e imaginable. Yosi, Fortu, José Carlos, Mimi… Todos dándose codazos, abriéndose paso, acercándose al micrófono como podían, lo que hiciera falta para poder cantar junto a Bruce Dickinson en aquel más que reducido escenario. Insisto, fue histórico y las risas casi asfixian a más de uno.

La base para la improvisada *jam* fue el «Johnny B. Goode». El mítico tema de Chuck Berry cobraba una dimensión tan esperpéntica como emocionante. Alguno cantó una estrofa como solista, otros se conformaron con engancharse al estribillo, pero nadie quería dejar de estar allí y le daban vueltas y vueltas al tema. Cuando parecía que ya no podían extenderlo más, bajo y batería

mantenían un ritmo básico para que siguieran improvisando. José Carlos le dio un giro más que inesperado a la *jam* y cambió la letra de «Johnny B. Goode» por la de «Ay, cordera». Ante ese cambio los demás recobraron el impulso y se volvieron a unir al coro, incluido Dickinson —que no tenía ni idea de lo que estaba cantando, pero como la letra era fácil se enganchó—. Después de repetir varias veces «Ay, cordera» llegó el momento cumbre y todos se dispusieron para un éxtasis conjunto total cerrando el tema con el resto de la letra: «… que te llevo *pa'* la era». Parte de aquella noche la publicamos en el documental *Historia de La Emisión Pirata 1970-2000* y casi la totalidad de aquella *jam session* se puede encontrar en *YouTube.*

King Diamond sobrenatural

King Diamond es un cantante muy valorado por mí. Tanto en solitario como con su grupo —Mercyful Fate— ha sabido mantener una línea muy coherente. Si bien tuvo un prestigio importante en el ambiente *heavy*, esto le alejó de ir un poco más allá de ser un nombre de culto. Sus maquillajes no son de fiesta como los de Twisted Sister, ni de animales o viajeros del espacio como lo de Kiss; más bien se acercan a lo terrorífico y tenebroso de Alice Cooper aunque con tintes más de ultratumba, más allá de lo sobrenatural. Mantener esa pose debe de haber sido duro porque no siempre las circunstancias acompañan.

Recuerdo que la primera vez que le vi fue en Poperinge —una ciudad minera en la frontera entre Francia y Bélgica— durante un festival en el que Mercyful Fate compartía cartel con Motörhead, Metallica, Lita Ford y Barón Rojo entre otros. Como no era de las «estrellitas» del festival actuó por la mañana. A esa hora el sol pegaba fuerte y mientras actuaba se derretía su trabajado maquillaje inspirado en personajes de cementerio y de casas encantadas. Era descorazonador verle sufrir intentando mantener la dignidad.

En los ochenta King Diamond tocó en Madrid. Una vez más el recinto que acogió su concierto fue la desaparecida cancha de baloncesto del Real Madrid en el paseo de la Castellana, el pabellón Raimundo Saporta. Desde por la mañana el cantante recorrió todo el recinto y comprobaba personalmente que el escenario y el equipo estuviesen listos para el concierto de la noche. Alguien de la organización que acompañaba a King por los corredores del edificio se paró a hablar con uno de los trabajadores de mantenimiento y utillaje y se lo presentó: «Este es el cantante del grupo de esta noche». El hombre, con larga experiencia en conciertos y viendo que cada uno de los grupos *heavies* que habían desfilado por el pabellón se rodeaba de su propia aureola, le preguntó a Diamond cuál era la suya. Diamond le resumió que su música se envolvía con letras y ambiente paranormales. «¿Cosas extrañas? —le preguntó el currante—. Si quieres ver algo extraño y paranormal, espera aquí». Unos minutos después volvió con una zapatilla de Fernando Romay.

David Coverdale y el oso

Recuerdo perfectamente la *jartá* de reír que nos dimos en la radio cuando contaba la noticia que recorrió el mundo del rock en julio de 2015. David Coverdale —el cantante británico que fuera *frontman* de Deep Purple y que luego liderara (y lidera) Whitesnake— me contó en los noventa que tenía una casa en Coconut Grove —una zona de Miami con mucho ambiente— pero que había cambiado de residencia y se había ido a vivir a las orillas del lago Tahoe, en el estado de Nevada. Un entorno rodeado de naturaleza y vida salvaje que proporciona encuentros inesperados. En la casa del cantante se coló un oso. Al parecer primero bebió agua hasta saciarse, después atacó la nevera y comió todo cuanto le apeteció, dejando sin tocar —según cuentan— las hortalizas y las cervezas. En esto apareció el cantante que —según él mismo declaró a la prensa— no se amilanó

y se enfrentó al animal a distancia y con gritos. Unos dicen que el oso pesaba más de 100 kilos, otros que más de doscientos… En cualquier caso un ejemplar de los de dar miedo. Ante el alboroto, el bicho emprendió la huida y —en esto también hay varias versiones: unas dicen que en la cocina, otras no lo precisan y otras que en el propio dormitorio de Coverdale— dejó una enorme cagada como recuerdo de su visita. Supongo que son momentos difíciles en los que es casi imposible que te surja la reacción más adecuada, pero si en lugar de gritarle Coverdale le hubiera cantado al oso alguna de sus baladas, no le habría roto en su huida una lámpara antigua de gran estima para el cantante.

El guitarrista currante

Lo de devorar revistas de rock ha sido desde siempre mi deporte favorito, o al menos uno de ellos. Recuerdo cuando, siendo aún solo un aficionado, leí una jugosa anécdota de cuando Eric Clapton fue a tocar a Barcelona por primera vez allá en los setenta. El concierto fue en una plaza de toros. Hacía calor, el montaje iba con mucho retraso y el promotor, Gay Mercader, estaba de los nervios. La hora de apertura de puertas se acercaba y aún quedaba bastante trabajo por hacer para que el escenario estuviera montado y el equipo listo. El promotor se lio a voces y, según contaba el cronista de la publicación, se puso a dar la bronca a todo el que veía. En esto que vio a un tipo con barba y pelo largo que descansaba tranquilamente sentado en la base del burladero. Se dirigió hacia él y con toda su mala leche le increpó: «Y tú, ¿qué? ¿No ves el retraso que llevamos y tú tomando el sol tranquilamente? ¡Ponte a funcionar ahora mismo!». El greñas se acojonó, salió corriendo, agarró el primer cacharro que encontró, lo trasladó a toda prisa a otro lugar y desapareció. Unas horas más tarde Gay Mercader descubrió a quién había abroncado: al mismísimo Eric Clapton.

W. A. S. P. en Asturias

La gente del rock puede perdonar casi todo, pero que se haga un concierto en *playback* no. Actualmente la tecnología permite que al propio sonido que genera un músico o un cantante se le inserten efectos que enriquezcan, matices que den fuerza, brillo o todo lo contrario. Incluso que añadan partes que se sumen a lo que alguien toca o canta, pero siempre desde la base de una ejecución en directo. Estas «ayudas» son de sobra conocidas y no solo se cuenta con ellas, sino que el público las agradece, pues suman riqueza a lo que se está haciendo desde el escenario. En otros tiempos era aceptable ver a tu grupo haciendo *playback* en televisión —porque si no, no salían—, pero solo en ese caso, nunca en un concierto.

Durante un pequeño periodo de tiempo las huestes del rock duro sufrimos un par de timos de este tipo en España. Uno fue a cargo de los americanos Great White, una impresionante banda con poderío más que suficiente para no necesitar estas tretas, pero que lo hicieron en Madrid. Esto fue unos años antes de que el grupo fuese desgraciada noticia mundial al incendiarse la sala donde tocaban por un fallo en la pirotecnia que llevaban y que produjo un número de víctimas muy alto.

Debía de estar de moda lo del *playback* y se debieron de creer que por aquí somos tontos, porque unos meses después W. A. S. P. hizo lo mismo en un concierto en Asturias. Cuando el público lo detectó se lio parda. La banda se tuvo que refugiar en el camerino y esperar allí a que amainaran los ánimos. Fue en una discoteca de Avilés que tenía un camerino con ventanas que daban al exterior —lo sé porque yo lo había ocupado un año antes, en un evento junto a Manolo Kabezabolo y los que se van del bolo—. Desde aquella ventana Blackie Lawless y los suyos veían el autobús de la gira y también cómo lo rodeaban los cabreados chicos que habían sufrido la estafa. Se armaron de paciencia y decidieron esperar a que se fueran. Así pasó, solo que un pequeño grupo de personas no se cansó de esperar y allí seguía. Las horas pasaban y la escena que

se contemplaba desde la ventana no cambiaba: autobús de gira aparcado y gente que espera en torno a él. Dicen que el miedo es gratis y que cada uno coge lo que quiere. W. A. S. P. debieron de coger bastante porque no se atrevieron a salir en varias horas. De hecho, no lo pensaban hacer hasta que no quedara nadie de aquel atemorizante grupo. Bien metidos en la madrugada, W. A. S. P. decidió no esperar más e ir al encuentro con su destino. Resultó que aquellos muchachos eran seguidores de la banda a ultranza y a los que no les había importado lo del *playback*, solo querían autógrafos.

Ozzy en Zaragoza

Mi amigo Nacho Royo organizó durante varios años el festival Monsters of Rock en Zaragoza. En una de sus ediciones tocó Ozzy Osbourne. Su concierto en el *festi* de la ciudad del Pilar estaba dentro de la gira de apoyo a su álbum *Black Rain*, con lo cual el cantante tenía que hacer algunas concesiones de cara a la promoción del disco. Su discográfica en España me ofreció hacer un concurso en el que cinco ganadores conseguirían como premio un *Meet and Greet*[2] con Ozzy. Este se limitó recibir a unos quince o veinte fans, en fila y con menos de un minuto para que el cantante les firmara una sola cosa.

En aquella fila había cinco oyentes míos que habían tenido suerte en el concurso. Como ya sé cómo funciona esto me quise asegurar de que mis oyentes recibieran su premio. Me fui a la cola a controlar, pero para eso tenía que ponerme en la fila y me dije: «Bueno, pues uno más para que firme el Ozzy». Pero yo no llevaba nada, ni discos, ni camisetas… Nada. Busqué en los bolsillos del vaquero a ver qué tenía y encontré mi pequeña carterita con la documentación y algunas tarjetas en las que va impresa mi *web* y mi correo electrónico. «Suficiente —me dije—, que firme por la parte de atrás, que está en blanco». Ozzy estaba sentado en una mesa y firmaba lo que los chicos le llevaban. Mientras, alguien no paraba de

repetir: «Por favor, solo un artículo por persona». Detrás de Ozzy, de pie y con cara de mala leche, se situaba un «armario» afroamericano de dos cuerpos. Ozzy firmaba autógrafos sobre libretos de cedés, portadas de vinilos, camisetas, libros de firmas… Estaba sin prácticamente levantar la vista de la mesa, hasta que llegó mi turno y le di la tarjeta. Ozzy la cogió y, cuando iba a estampar su autógrafo, el «armario» afroamericano le cortó en seco con un grito: «¡No, Ozzy, no firmes eso!». Automáticamente Ozzy soltó el bolígrafo como si quemara, echó hacia atrás sus manos agarrando el borde de la mesa y puso cara de no entender nada y quedó a la espera de las indicaciones de su guardaespaldas. Me encaré con él y le dije:

—¿Qué te pasa?

—No lo firmes, Ozzy, es una tarjeta de crédito.

Ozzy no se movió ni cambió la expresión.

—Pero, ¡qué coños tarjeta de crédito! Si es un cacho de cartón con mi *mail*.

El afroamericano cogió la tarjeta de la mesa, la examinó como si llevara rayos X en los ojos y se la dio a Ozzy con un permisivo «OK». Ozzy la firmó y me la devolvió a la velocidad del rayo para que me fuera cuanto antes. Pero Ozzy no se libraría de mí tan fácilmente. Detrás venía Hilario, un valenciano que era *manager* personal de Fortu. En un español inmejorable, sin ninguna concesión al inglés, le dijo a Ozzy: «No sabes a quién has firmado tronco, este es más leyenda que tú. ¿No sabes quién es el Pirata?». Pretendía explicárselo, pero el guardaespaldas se lo impidió.

Neil Young

En los noventa Neil Young llega a la radio con su chica. El eterno hippie seguía haciendo gala de su leyenda y con pinta de indio piel roja hizo su aparición. Su melena rubia, su chaqueta de piel con flecos… No le entrevisté yo, pero recuerdo que contestaba a las

preguntas de pie, junto a su esposa. Pidieron algo de beber al bar de costumbre y un camarero gordito, que con frecuencia venía a la radio a traer el avituallamiento, llegó con su bandeja cargada. Sirvió las consumiciones en el estudio y después vino a verme.

—¿Quién es este tío, Pirata?

—Neil Young —le dije.

—¿Pero qué hace?

Le cuento que es un tipo legendario, que tenía un montón de discos, que era muy respetado y muy querido y que ahora los del *grunge* le habían hecho su héroe.

—Pues a ver si se ducha.

Recogió su bandeja y se fue.

Slash

Mariano Muniesa viajó una vez más al festival alemán Rock and Ring. Tocaba Slash y le concedió una entrevista. El periodista y escritor de rock le volcó su andanada de preguntas. Al guitarrista le debió de caer bien y le invitó a cenar con él, con el grupo y con su equipo de directo. Mariano cenó junto al tipo del sombrero de copa. Cuando volvió a España y le pregunté cómo le había ido, me dijo: «Muy bien, pero Slash se debería duchar con más frecuencia».

15

Que no se me escape

Cuando escribo este libro estoy a punto de cumplir sesenta años de vida y cuarenta y cinco en la radio, en la radio rock. Es obvio que las experiencias vividas durante ese tiempo necesitarían más de un par de cientos de folios. Ha habido situaciones ante las que me he quitado el sombrero. Claro que también he tenido malos tragos y he visto y vivido momentos de auténtico peligro. Solo que si este fuera el tiempo de hacer balance diría que ha merecido la pena, aunque la pelea por seguir vivo y por mantenerme en el lugar en el que siempre quise estar y que he conseguido no es que sea diaria, sino minuto a minuto. Por eso estoy compartiendo contigo pequeños retazos de lo vivido y aún quedan historias que no quiero que se me escapen. Voy a por ellas.

Zappa no solo genial, también humilde

En aquella época en que Madrid se esforzaba por traer lo mejor de lo mejor del rock del mundo, desfilaron por el escenario del Rockódromo de la Casa de Campo nombres de la talla de The Kinks, Van Morrison, Tina Turner y hasta el genial pero incomprendido Frank Zappa. El 15 de mayo de 1988 el guitarrista, junto a su amplia banda, volvió a España. Había venido por primera vez mucho antes y nunca olvidaré las imágenes de aquella primera visita. Unas imágenes que emitió TVE y en las que Zappa salía del aeropuerto y ante las cámaras se metió en el maletero del coche que le transportaba. Supongo que unos metros más allá el coche pararía y Zappa abandonaría el incómodo cubículo y ocuparía un

asiento más confortable. Pero en un país que en aquel tiempo salía del letargo ver aquello supuso que más de uno se rasgara las vestiduras.

Cuando regresó en 1988 para las fiestas de San Isidro, Zappa dio un excelente concierto, con sorna, marionetas y su imprevisible línea de guitarra. Aquel día consiguió reunir a cerca de treinta mil personas. En aquella época se mantenía a rajatabla la norma de que el nombre más grande de un festival cerrara la noche y aquella celebración de San Isidro era casi un festival. Dos bandas madrileñas completaban el cartel: Mermelada y Burning.

A mí no me tocaba currar. En realidad esto no es exacto, porque en mi oficio siempre se está currando. Aunque no estés en un estudio, en una redacción o en casa, el instinto no descansa. En un bar de rock o en un camerino puedes aprender algo o enterarte de lo que nadie sabe, porque tus amigos de tantos años atrás en el circo eléctrico solo lo comentan contigo. Quizás movido por esto, o solamente con la intención de saludar a los grupos y ver de cerca a Zappa, me fui a la parte de atrás del escenario. Johnny y Pepe Risi no me dijeron ni «buenas tardes» cuando me vieron aparecer: «Pirata, tronco, ha venido Frank Zappa. ¡Frank Zappa! Ha entrado en el camerino, nos ha dicho que estaba muy cansado y que si nos importaría cerrar a nosotros. Ni el *manager* ni su puta madre, ¡Frank Zappa, tronco! Ha entrado tan tranquilo y así, suave, nos ha dicho que vienen de no sé dónde, que están muy *cansaos* y que si podíamos tocar nosotros los últimos. ¡Frank Zappa! Tronco, en el camerino de los Burning. Nada, como si fuera uno más. Que otro habría dicho: “Mando al *manager* y *arreglao*”. Pero no, tronco, ha venido él en persona». Les tuve que cortar porque si no me habrían contado lo mismo varias veces.

La humildad de Zappa, posiblemente, fuera fruto tan solo del respeto de los grandes por las bandas que, como ellos, están en el camino y solo están por su música. El detalle del músico americano, las miles de personas que estaban en el concierto y que Madrid es

mucho Madrid para Burning, fueron algunos acicates para que los del «Mueve tus caderas» consiguieran hacer una fiesta memorable.

Scorpions: ¿te gusta mi disco?

Mis amigos talaveranos no daban crédito. Fui a la ciudad de la cerámica, mi tierra, a dejar a mis hijos con mis padres. Inevitablemente me encontré con viejos amigos y nos tomamos algo. Les dejé claro que no quería liarme mucho pues a primera hora del día siguiente tenía que subirme a un avión rumbo a Londres para escuchar — junto a otros compañeros de la prensa rock— la primicia del álbum *Pure Instinct* de Scorpions. «¿Que te vas a Londres a oír un disco?», preguntaban extrañados. Tenían toda la razón, pero así ha sido a veces mi trabajo.

A la llegada al hotel donde nos esperaba el grupo nos encontramos con alguien que a Jordi Tardá y a mí nos resultó familiar. Jordi, con mucha más memoria que yo, le preguntó si no nos habíamos visto en Miami con AC/DC. Nos respondió que sí, que había trabajado en el equipo de *management* de los australianos, pero antes de despedirse nos dijo: «Ya no estoy con ellos porque tuve problemas con ese que va vestido de colegial. Ahora trabajo con Scorpions».

En un salón del hotel estaba la banda. Sillones, cervezas y un buen equipo de sonido para reproducir el cedé. Saludos amables entre viejos conocidos y el disco empieza a sonar. Y también empieza la situación más incómoda, lo peor de lo peor, el deseo de hacerse invisible, de que la tierra te trague, de que el sillón donde te sientas te engulla y te haga desaparecer. ¿Cómo tienes que comportarte? ¿Qué cara has de poner cuando viejos amigos de un grupo clavan sus miradas en ti buscando reacciones sobre su nuevo disco? Aquel álbum no era ni de lejos el mejor del grupo alemán y se notaba desde el principio. Los segundos se hacían eternos, el desarrollo de cada tema equivalía a una vida entera y al final de

cada canción, en ese cortísimo espacio de silencio, Klaus Meine sonríe preguntándome: «¿Qué tal?».

De aquel álbum solo me motiva un tema, «Stone in my Shoe», que es el cuarto. Hasta llegar a él me convertí en el campeón del mundo en expresiones corporales, miles de ellas durante cada canción. El guitarrista, Rudolf Schenker, también escudriñaba mis reacciones ante la escucha. Miraba mis pies y mis manos buscando movimientos que exteriorizaran que me estaba gustando el álbum. Al llegar el cuarto tema pensé que la terrible situación cambiaría y que a partir de entonces el álbum mejoraría. Error. Agradecí al cielo la llegada de un camarero con refrescos. Eso me permitió centrar la mirada en algo diferente a lo que ocurría en el salón y pude dar descanso a mis músculos faciales —que trabajaban intensamente para no sacar a flote lo que a mi cerebro le transmitían mis oídos.

Supongo que Klaus y Rudolf percibieron claramente que el disco no nos estaba gustando, se apiadaron de nosotros y decidieron hacer un descanso. El cielo se abrió y ocurrió lo mejor: los músicos, los representantes y los chicos de la discográfica salieron del salón. Fue entonces cuando los españolitos de la prensa rock resoplamos al unísono y nos quejamos de la más que incómoda situación. Unos minutos después volvieron y seguimos escuchando. Primero pensé que volvía el mal trago, pero luego me relajé, ya estaba entrenado. Desde aquel día no he vuelto nunca a escuchar un disco teniendo a su autor cerca.

Rock the Night, radio de noche

A principios de los ochenta se emitía cada noche *Emisión Pirata* desde los estudios de Radio Popular. La emisora estaba ubicada en un piso de la calle de Juan Bravo de Madrid y acogía no solo a Popular FM, sino también a la Cadena COPE. A la misma hora que yo Encarna Sánchez realizaba su programa *Encarna de noche*.

Cuando ella y yo terminábamos, los estudios se cerraban hasta el día siguiente.

Aquella noche de la que hablo recibí una visita estelar en el programa, un grupo madrileño que trajo al *heavy* de la época una dosis de color: Bella Bestia. Aquella noche vinieron al programa porque eran la expectación del momento y por lógica tenían que aparecer en *Emisión Pirata*. Hoy es una de esas bandas históricas a las que rinden culto los que no la pudieron disfrutar en su momento. Hicimos la entrevista, puse sus grabaciones, el tiempo pasó y el programa acabó.

El paisaje que queda en el estudio después de mi programa es parecido al de una catástrofe: papeles, discos, portadas de discos, ceniceros —en aquellos tiempos se podía fumar en los centros de trabajo— y los cascos vacíos de las bebidas que el grupo se había traído. Resumiendo, el estudio estaba hecho un asco y calculé que tardaría un rato en ponerlo todo en su sitio. Sugerí a los músicos que me esperaran en el portal para poder moverme a gusto mientras deshacía aquel caos. Así lo hicimos. Cuando acabé, cogí mis cosas y me fui. En el rellano me encontré con Encarna, que salía del ascensor muy agitada: «Vamos para dentro, que hay gente con mala pinta en el portal». Estallé en una carcajada y la tranquilicé diciéndola que eran amigos míos. Le cambió la cara. Bajamos juntos en el ascensor y cuando llegamos al portal les dijo benevolentemente: «Qué susto me habéis dado». Después, cada uno se fue por su lado. Encarna no sé a dónde, Bella Bestia y yo al bar de rock más cercano.

Le debo la vida al E. G. M.

El Estudio General de Medios (E. G. M.) es, por un lado, la gran bestia negra de los que trabajamos en la radio y, por otro, la reina salvadora cuando los resultados que arroja son positivos. Las cifras del E. G. M. son definitivas para la carrera de un profesional, para la

continuidad de un programa o para las cuentas de una empresa radiofónica.

El E. G. M. mide el número de oyentes que tienen las grandes cadenas de emisoras. A través de miles de encuestas ciudadanas y mediante sus reglas estadísticas dictaminan cuántos oyentes hay. Sus números son los que rigen la industria radiofónica del país. Cuando el E. G. M. hace su trabajo de campo —las encuestas ciudadanas— en la radio todo el mundo se pone las pilas —bueno, se tienen más que puestas durante todo el año, pero en esos periodos más aún—, porque las dos primeras preguntas que hacen los encuestadores son: «¿Qué radio escuchó usted ayer?» y «¿A qué hora?».

A finales de 1995 yo estaba reventado. En la radio habíamos hecho miles de cosas. Había recorrido medio país presentando conciertos: bajaba de un avión, iba a casa, dejaba la ropa sucia del viaje, metía otra limpia en la maleta y me iba a otro lugar. Siempre con una grabadora como pieza fundamental del equipaje. Pero ya no podía más… Por un amigo me enteré de que los precios de los viajes bajaban muchísimo en las primeras semanas del año, justo después de las vacaciones de Navidad. Con mi agotamiento y con esa información me fui al despacho de mi jefe, le pedí unos días libres y se lo argumenté. Las fechas que yo planteé chocaban frontalmente con el inicio del trabajo de campo del E. G. M. y el mundo se me cayó encima. «Si te quieres ir unos días, vete, pero tienes que estar aquí cuando empiece el E. G. M.», me dijo Rafael Revert. Deshice mis planes iniciales, los acoplé a las circunstancias, adelanté mis vacaciones, conseguí precios tirados y me fui. Nadé y tomé el sol en el Caribe y volví. Unos días después vi en la tele que uno de los vuelos que yo tendría que haber cogido si me hubiera ido en mi primera opción se había caído al mar y a los pasajeros se los habían zampado los tiburones.

Al loro, que puede pasar

Hay un libro crudo del que solo se publicó una parte en mi *web* que se titula *La hoja de ruta*. En sus páginas se desgranan las circunstancias, las batallitas y los sentimientos que se produjeron en una de las giras más intensas que hice en mi carrera. *La hoja de ruta* reflejaba las luces y las sombras de lo que es el rock en su dimensión cotidiana y fuera de los grandes eventos. Un recorrido por clubs de rock y festivales de segunda fila, donde el *glamour* no existe, los problemas son constantes y las alegrías que te proporcionan las buenas gentes del rock con las que te cruzas en el camino son el pago a tu trabajo.

Una de las anécdotas que no está en el libro —y que aprovecho para contar aquí— se refiere a las advertencias que me hizo mi *manager* de entonces, Jorge Miguélez, sobre lo que podría ocurrir durante la presentación de un festival en La Rioja. Me decía que había muchas posibilidades de que un encapuchado subiera al escenario, desplegara una pancarta con consignas de ETA y después se marchara. «No te preocupes, no pasará nada», decía Miguélez. «Subirá, te saludará, te informará amablemente de lo que va a hacer, lo hará y después te dará las gracias. Muy posiblemente te diga que vayas a la barra, que alguien te invitará a algo y se irá tranquilamente». Por supuesto tuve nervios durante todo el festival, pero no apareció ningún encapuchado. Lo que más recuerdo de aquella noche fue el concierto de la banda navarra Koma.

Jugándome la vida en un burdel de Turquía

Un compañero de la información rock y yo fuimos a Estambul para ver un concierto. Como no conocíamos la ciudad y estaba fuera del circuito rock habitual de Europa, volamos unos días antes para hacer turismo. Una mañana nos fuimos a recorrer el Cuerno de Oro. Acabamos al atardecer después de flipar con una irrepetible puesta de sol. Me apetecía marcha. La noche anterior habíamos estado en una discoteca de rock y no queríamos repetir. Al bajar del barco que

nos llevó por el histórico lugar nos encontramos una parada de taxis. Le dijimos al conductor que nos llevara a algún sitio en el que hubiera chicas y nos llevó a un burdel.

Aparentemente, y visto desde fuera, era una discoteca. No nos planteamos nada: entramos, y sí, el lugar era una discoteca, pero allí no se iba a bailar. Era un local enorme con varias salas. Era la primera hora y aún no había nadie, solo los camareros, las chicas, mi amigo y yo. Por aquello de ver el local nos fuimos hacia dentro, lo más lejos de la entrada, nos sentamos, pedimos una copa y al momento nos acompañaron varias chicas. Eran impresionantes, estaban buenísimas. La que me dio palique a mí era rusa. Las invitamos a una copa y charlamos. Como es lógico por su profesión, nos querían «llevar al huerto», pero no estábamos por la labor, no era eso lo que buscábamos. Una copa vale, pero con nosotros no había más negocio aquella noche. Seguían dándonos palique, nos preguntaron que a qué nos dedicábamos. Al decirles que éramos periodistas de rock se interesaron mucho, tanto como si nos hubiéramos dedicado a la fontanería o a la investigación de la vida de la ameba solitaria de los Andes. Les dijimos que si tanto les gustaba el rock podíamos quedar, cuando acabaran, y tomar algo en una sala que conocíamos de la noche anterior. Por supuesto dijeron que «nones» e insistieron en «llevarnos al palomar».

Al ver que no conseguirían nada de nosotros, los camareros trajeron la cuenta. Vinieron tres, perfectamente uniformados y muy serios. Dejaron el papel con el importe sobre la mesa y no se movieron esperando a que soltáramos el dinero. Vimos la cifra: al cambio eran unas cincuenta o sesenta mil pesetas de 1998 por cuatro copas que seguro eran garrafón. Automáticamente nos pusimos en pie, no podía ser... Los camareros nos miraban serios, uno de ellos se llevó la mano a la parte interior de la chaqueta y allí la dejó, agarrando algo. Sabíamos lo que era, pero la inconsciencia no nos dejaba asumir el abuso. En un giro magistral, mi amigo cambió la situación cuando pidió una factura con los datos del local. Pagaríamos solo si había factura y nos mantuvimos firmes en

nuestra decisión. Yo miraba la mano del supuesto camarero, oculta en la parte baja de su chaqueta. Por dentro estaba *jiñao*, pero permanecí inalterable ante aquel atropello. Añadimos que era para justificar los gastos de viaje a la empresa. Mostrar nuestra predisposición a pagar, pero con factura, les rompió los esquemas. Volvieron minutos después con otro papel, sin membrete ni dirección de la sala, pero escrita en él una cantidad bastante más baja. Eso sí, los tragos nos costaron cinco o seis mil pesetas de la época.

Salimos a la calle y al ver una fila de grandes contenedores de basura pensé que podíamos haber acabado en uno de ellos si nuestra osadía no hubiera salido bien. Recordé toda la escena en un segundo y lo que más me llamó la atención fue el hecho de que no había nadie más que nosotros en aquel burdel. Cuando respiré el aire de la calle le dije a mi amigo: «Teníamos que haber pagado». Asintió con la cabeza, subimos a otro taxi y le dijimos al conductor que nos llevara a un sitio donde hubiera mucha gente.

Ginger Baker: «*Hello*, Madrid»

Mi primer encuentro con un gran nombre del rock fue con el baterista Ginger Baker. A principios de 1981 el músico inglés llegó a Madrid para una serie de conciertos en España. Poco después de aterrizar vino a la radio. Ya estaba «puesto» y mientras le entrevistaba se metió de todo —alcohol más que nada, pero no lo único— con lo cual al poco rato tenía un pedo del tamaño de un triceratops. La entrevista fue tan interesante —ya se sabe, los borrachos y los niños siempre dicen la verdad— como surrealista —ya sabemos que el alcohol y otras cosas te hacen decir gilipolleces —. Yo no paraba de darle vueltas a la cabeza: tenía frente a mí a Ginger Baker, el batería de Cream y de Blind Faith, al hombre que junto a Eric Clapton y Jack Bruce cambió el rock inglés de finales de los años sesenta. Toda una leyenda necesaria para el rock estaba frente a mí, escuálido, haciendo y diciendo tonterías. Además,

aquella noche tenía concierto. ¿Cómo lo haría? ¿Tendría una pastilla mágica que haría desaparecer el pedo o iría a tocar su batería en aquellas lamentables condiciones? Finalmente fue así, en el desaparecido Frontón de Madrid. Decepcionó musical y personalmente a todos los que estábamos.

Pero de momento la entrevista seguía con momentos en los que parecía que iba a desvelar el secreto mejor guardado del rock. Finalmente se tornó en divagaciones sobre cualquier cosa. Cuando poníamos música —discos de su trayectoria— salía del estudio y hacía tonterías en el pasillo. Estábamos en Radio Centro y la emisora estaba situada en la décima planta del edificio del diario *Pueblo* —calle de las Huertas, número 73, de Madrid—, o sea, a una considerable altura del suelo. Las ventanas de aquella planta estaban cerradas con cristales fijos, a excepción de las de los servicios. En una de las pausas musicales Baker preguntó por el baño y alguien le indicó. Cuando le vi por el pasillo en dirección al wáter me fui detrás de él por lo que pudiera pasar. No sabía qué, pero intuí que aquella leyenda podría montar alguna.

Cuando llegué me lo encontré con medio cuerpo fuera de la ventana gritando: «¡*Hello*, Madrid!». Se me heló la sangre. De cintura para abajo su cuerpo pendía hacia la calle. Quizá no hubiera pasado nada, pero con el pedo que llevaba su equilibrio no era nada tranquilizador. Me fui hacia él, le agarré de donde pude, pero el músico seguía con la mitad de su anatomía en el vacío madrileño y gritando: «¡*Hello*, Madrid!». A gritos pedí ayuda. Tardaron en oírme, pues estábamos lejos del estudio. Conseguí alejarle algo de la ventana, pero él seguía saludando a la ciudad a grito *pelao*. Por fin llegaron los demás y le sacamos del servicio.

La entrevista continuó y por la noche, como ya he dicho, dio un concierto horrendo. En otras ciudades estuvo mejor, como por ejemplo en Torrent, una población cercana a Valencia. Allí el músico y su grupo de entonces dieron un magnífico concierto. Solo que cuando acabó, y bien entrada la noche, el músico inglés se divirtió intentando atropellar con un coche al promotor de la gira, el

desaparecido Jesús Caja. Afortunadamente no lo consiguió, pero nos dio algún susto cuando estuvo cerca en un par de ocasiones.

Años después volvió a Madrid para un concierto en la final de un concurso de grupos del ayuntamiento. En esa ocasión tuvieron que ponerle cerca un cubo para que pudiera vomitar mientras tocaba.

Eric Burdon no quiere

Una de las voces que más admiro es la de Eric Burdon. Ese inglés chiquinino, rara vez sonriente, lleva en el circo del rock desde el principio de los tiempos. Ha bebido de las mieles del éxito y, sobre todo, goza de un reconocimiento a prueba de bala. Ahora es uno de esos dinosaurios del rock, respetado y venerado, y de quien se sabe algo de vez en cuando. Burdon ha cultivado su carrera como ha querido y también como ha podido. Refugiado económicamente en negocios familiares y en giras, ha dependido solo de su nombre, de su prestigio, sin el aval de un disco reciente. Burdon es capaz de estar más de una década sin grabar ni un tema y, en algunos casos, sus giras más que modestas han rozado la austeridad. Aquella de mediados de los noventa fue así.

Mi amigo Robert Mills organizó seis o siete conciertos de Eric Burdon en España y coincidió con que, por entonces, yo estaba escribiendo un libro sobre Jimi Hendrix. Libro que nunca acabé, pero sí recogí mucha información sobre el guitarrista: opiniones de su productor Eddy Kramer, de su *roadie*, Lemmy Kilmister, de Lorenzo Santamaría, que compartió escenario con Hendrix en Palma —en la única ocasión que Jimi tocó en España— y hasta conseguí algo inédito que me proporcionó mi amigo Alberto Rubio, entonces corresponsal de la COPE en Londres. Alberto, conociendo mis investigaciones para el libro, me proporcionó una información más que valiosa que no tuvo mucha difusión, pero que me resultó muy reveladora.

A mediados de los noventa un fan de Jimi Hendrix superó las pruebas para policía y entró en Scotland Yard. En cuanto se situó en la policía británica buscó el expediente de la muerte del guitarrista. Encontró lagunas en la investigación más que suficientes para reabrir el caso, pero sus superiores no se lo admitieron. Este hecho habría sido más que suficiente para —sumado a la teoría de la conspiración que existía acerca de la muerte del músico— generar la duda razonable de que Jimi Hendrix había sido asesinado. El espíritu libre del músico lo podría haber provocado. De hecho, por ahí circula la leyenda que dice que, dado el poder de influencia que tenía el músico sobre miles de chicos, la mafia había ideado una jugada: tenerle en nómina. Se supone que hubo una reunión a la que el músico acudió. Al parecer la respuesta de Jimi fue hacerles un gesto parecido a la peineta. Reuniendo adecuadamente leyenda mafiosa y realidad policial, sí me habrían salido doscientos folios sobre el hipotético asesinato de Hendrix, pero no quería escribir un libro especulativo sobre el músico. Tampoco me planteé una sesuda investigación sobre su música, pues buscaba una exposición humana sobre uno de los mitos más grandes del rock.

Una gira de Eric Burdon en España me venía a huevo. El cantante, además de ser gran amigo de Jimi, compartió con él su última aparición sobre el escenario en el mítico Ronnie Scott de Londres un par de noches antes de su muerte. Lo que Burdon me contara era vital para el libro. Llamé a Robert cuando las fechas de la gira estaban cerradas, le ofrecí todo mi apoyo para promocionarla desde mi programa y le pedí que hablara con Eric para que me concediese una profunda entrevista para el libro. Robert me dijo que lo haría. Le perseguí telefónicamente a diario recordándoselo y las respuestas eran siempre alentadoras. Yo contaba con ello. Había reunido una montaña de libros sobre Jimi y cientos de artículos de prensa. Además de los discos que yo tenía, compré todos los que encontré en tiendas especializadas y hasta cintas de casete en gasolineras y mercadillos. Pedí por correo a Estados Unidos varios vídeos de Jimi y además tenía mis propias entrevistas y más

material. Una visión de Eric Burdon sobre su amigo del alma sería el colofón a un libro que me estaba currando muy intensamente.

Llegó el gran día. Burdon tocó en Madrid y, tras el concierto, la gran cita. Yo no pude ir a la actuación porque coincidía con mi programa, pero en cuanto lo acabé me fui al hotel Cuzco de Madrid para reunirme con el cantante. Me daba igual invitarle a cenar donde él quisiera, llevarle a algún bar de rock o subirme a su habitación con una botella de bourbon… Lo que decidiera el cantante me valía. Entré en la recepción del hotel y me lo encontré junto a mi amigo Robert. Este, al verme, torció el gesto. Supe que algo no iba bien. Me dijo que Burdon no quería hablar de Jimi, mientras el cantante abandonaba la recepción y se dirigía a los ascensores.

Se esfumaba todo. Sin sus declaraciones el libro, según mi planteamiento, no tenía sentido. Le volví a insistir a Robert y rotundamente me dijo que no, que Eric no quería. Me llené de cólera, de rabia, el cabreo no me cabía en el cuerpo. Perseguí a Eric Burdon y le acorralé en la puerta del ascensor mientras esperaba que llegara. Le dije de todo, a voces. En un perfecto castellano le insulté todo lo que pude, me acordé de sus antepasados, le recriminé que no tenía palabra. A mi espalda Robert me pedía que me callara, que lo dejara. Yo le escuchaba, pero le ignoraba. Al principio Burdon no entendía nada, pero con mis gritos *in crescendo* se asustó, se volvió nerviosamente hacia el botón de llamada del ascensor que no acababa de llegar, margen que yo tenía para seguir dándole caña. Supongo que el minuto o minuto y medio que tardó en llegar el ascensor se le hizo eterno. Él ni me conocía ni sabía lo que yo le decía ni a qué venía aquello. Yo me veía a mí mismo insultando y vociferando a uno de mis más admirados personajes del rock, pero la palabra es la palabra, la dé quien la dé, y no me gusta la gente sin palabra.

Se me acabó el repertorio y volví a empezar. Yo me quedaba sin entrevista, pero Burdon se comía mi bronca, al menos hasta que llegara el ascensor, y así fue: se abrieron las puertas y con cara de aterrado entró y desapareció. La frustración no me dejó acabar el

libro y todo aquel material recopilado descansa en mi archivo. Eso sí, en lugar preferente, a la espera de que lo retome, como hizo aquel policía de Scotland Yard.

En cuanto a Burdon, no solo ha sonado y seguirá sonando en mi programa. Sus discos los seguiré pinchando porque es y seguirá siendo para siempre una de mis voces favoritas del rock.

Atentado involuntario

La vez que peor me sentí viendo un concierto fue en Orihuela. Allí se mantiene vivo uno de esos clubs de rock que rezuman autenticidad por cada uno de sus ladrillos: La Gramola. Es un pequeño lugar, prácticamente un pasillo, donde se apiñan los hambrientos degustadores de rock. Suenan bandas emergentes, grupos *indies* y mucho rock clásico. A finales de la primera década del siglo XXI, en el mes de febrero, cayeron por allí unos americanos llamados Rhino Bucket, una formación californiana heredera gustosa de los primeros tiempos de AC/DC. Los Bucket se recorrían y recorren Europa de norte a sur una vez al año en giras muy duras, en conciertos y tocando en pequeños clubs (como La Gramola) prácticamente a diario. Durante dos meses al año, más o menos, viven en la furgoneta y cada noche se dejan el alma, vierten autenticidad por cada poro y dan unos conciertos memorables.

Trabajaba yo en exclusiva para mi *web* cuando me enteré de que tocarían en la tierra del poeta Miguel Hernández. Contacté con la sala y organizamos un pequeño concurso para invitar a un par de oyentes de mi radio. Prometí estar en el concierto y así fue. A la derecha del pequeño escenario hay unas escaleras que llevan a un pequeño espacio que te permite ver el concierto desde arriba. Como deferencia me dejaron subir porque la sala estaba a reventar y los bajitos como yo se quedan «a uvas» en esas circunstancias. Cogí mi cerveza y nos subimos mi novia, unas amigas y yo. Perfecto. Lugar privilegiado y escucha inmejorable. Como precaución los

envases de vidrio los apoyábamos en los asientos vacíos, pero no sé cómo mi botella de cerveza vacía se escurrió, se coló por entre las barras de la balconada y cayó directamente al escenario, casi rozando la cabeza del guitarrista del grupo —que creo que se llama Brian—. El tipo miró hacia arriba y solo dijo un par de palabras mientras sus ojos me traspasaban. Lo único que se me ocurrió fue juntar mis manos en señal de petición de perdón y así estuve un par de minutos. El concierto se reanudó y cuando acabó bajé a saludarles y a disculparme, esta vez de cerca, y con mi raquítico inglés. El cabreo ya se le había pasado, tanto al grupo como al guitarrista, y no solo aceptaron mis disculpas, sino que bebimos juntos y me regalaron uno de los discos que habían publicado poco tiempo atrás.

On the Road

Vitoria es una ciudad preciosa. Es uno de esos sitios en los que sin haber una razón concreta te sientes a gusto. Sé que para llegar a vivir esa sensación, en mi caso influye mucho el que cada año se hace allí, si no mi festival favorito, sí al menos uno al que trato de no fallar nunca —aunque en una de esas ediciones una patrulla de la ertzaintza casi me deja sin puntos en el carnet de conducir—: el Azkena de Mendizorroza. Es un placer: gente con ganas de fiesta, una alegría que desborda cada rincón del *festi* y casi siempre un cartel con el que no te aburres ni un solo minuto de los tres días que dura la concentración de gente maravillosa del rock. El A. R. F. (Azkena Rock Festival) desde hace unos años ya no dura tres jornadas, la crisis ha borrado del calendario uno de los días. De hecho creo que la supervivencia del Azkena ha peligrado un par de veces, pero por fortuna año tras año reabre sus puertas. En el año 2010 Vitoria recibía como cabeza de cartel de cada una de las jornadas del festival a los alumnos más sobresalientes de AC/DC, al grupo enmascarado más famoso del rock y a un tipo llamado entre

otras cosas *el Judío Errante*, que recalaba en la ciudad del norte dentro de su gira eterna, o sea: Airbourne, Kiss y Bob Dylan.

Como cada año a mitad de junio mi novia y yo llegamos al Azkena. La primera noche bien, la segunda brutal, pero el tercer día, con Bob Dylan como gran atracción, no me acababa de convencer. Nada tenía que ver Dylan con mis dudas de si quedarme o no para su concierto. Esto es lo que había en mi cabeza en el mes de junio de aquel año. Vitoria: jueves, viernes y sábado, Airbourne, Kiss, Bob Dylan. Barcelona: domingo, Aerosmith. Bilbao: lunes, AC/DC. Lo cómodo era quedarse en Vitoria, recorrer unos 100 kilómetros hasta Bilbao y el lunes tranquilamente ir a San Mamés para el concierto de los australianos. Pero… ¿Y Aerosmith? Ir de Vitoria a Barcelona y volver de Barcelona a Bilbao eran unos 1.200 kilómetros. Era un comecocos importante que me duró varios días. Al final tomé la decisión del rock and roll. En cuanto acabó el concierto de Kiss en el Azkena, mi novia y yo nos pusimos en camino.

Unos 200 kilómetros después el hambre y el sueño nos atacaron. Paramos en un área de descanso de la autovía. Eran las tantas de la madrugada y no había ningún coche, comimos dentro de mi Astra rojo y el cansancio nos derrotó. No sé cuánto tiempo dormimos, pero no fue mucho. Música de percusión sintética y muchas voces nos despertaron. Los primeros segundos tras abrir los ojos fueron de no dar crédito. Cuando llegamos al área de descanso estaba vacía, oscura y silenciosa y ahora había luces intermitentes, mucha gente y música muy alta. Era increíble dado que estábamos en un punto perdido de la autovía. Había muchos coches aparcados, todos con los intermitentes de emergencia funcionando, luces azules como las de los coches policiales girando —pero no eran de la Guardia Civil—, y el puto bakalao sonando desde uno de los maleteros tuneados. El escenario nos hizo pensar que nos habíamos despertado dentro de una película. Una película en la que se desarrollaban dos escenas al mismo tiempo: en una de ellas una orgía homosexual salvaje; en la otra una pelea sin piedad entre homosexuales. ¡Qué elección la mía! Había escogido para

descansar uno de esos puntos de encuentro que aparecen en las rutas gays donde se dan cita personas del mismo sexo con ganas de fiesta y que no se conocen.

Aunque la orgía nos daba igual, la pelea no tanto. La refriega no era solo con pies y manos, sino que utilizaban como arma botellas rotas. Cuando lo vi pensé que no tardarían en aparecer navajas y sangre a borbotones. Decidimos que era el momento de irse. Había dos problemas, más bien tres. El primero es que estábamos agazapados viendo el percal y había que incorporarse sin el más mínimo movimiento brusco para no llamar la atención. Después había que arrancar el coche. Existía la posibilidad de que con la música, los gemidos y los gritos no se dieran cuenta. De encender las luces nada, eso sí que nos descubriría inevitablemente. Pero el tercero era el más difícil de superar: los coches no estaban en absoluto aparcados correctamente y además los contactos amorosos y la pelea se desarrollaban en varios frentes cortando nuestra natural salida. Por suerte, cuando llegamos allí el cansancio nos indujo a aparcar en el primer espacio. La única jugada posible para salir de allí era hacerlo marcha atrás, con las luces apagadas, para rápidamente entrar de culo en la autovía. Solo necesitábamos suerte para que no viniera ningún coche, había que jugársela. Quedarse allí con la pelea a pocos metros no era recomendable, salir por la vía lógica imposible. Pero la suerte me acompañó. Mi novia había conducido desde Vitoria y aquella maniobra rápida y a oscuras, tentando a la suerte, la hizo a la perfección. El cielo quiso que la autovía siguiera vacía a esas horas. Nos incorporamos al carril de la derecha en un instante, encendió las luces, metió la primera y resoplando pero sin peligro continuamos rodando en dirección a Barcelona. No volvimos la cabeza para ver si habían detectado nuestra huida, ya importaba poco. Paramos alguna vez más aquella noche para llenar el depósito, tomar un asqueroso café de máquina y comprar agua para el camino. Eso sí, en las gasolineras más iluminadas que encontramos.

Amanecía en Barcelona cuando llegamos. Preguntamos por algún hotel cerca y volvimos a tener suerte: había una habitación libre y además aquel fin de semana el hotel estaba de oferta. Dormimos más de once horas seguidas. Anochecía en las Ramblas cuando alguien me reconoció y me pidió hacerse una foto conmigo; a cambio le pedimos indicaciones sobre algún bar *heavy* cercano. Lo encontramos y dentro de él a Fabián: un *heavy* más que cincuentón que estaba muy contento porque a última hora de la tarde había encontrado a alguien de confianza que, previo pago y buen pago, se iba a encargar de cuidar a su anciana madre para que él pudiera pasear su cuidada melena en la noche rock de la Ciudad Condal. Era inevitable que después de salir de aquel local acabáramos en el querido y mítico Mephisto. De allí salimos al amanecer sin haber hecho nada especial —con excepción de las copas a las que, Jordi, el dueño del local nos invitó—, solo escuchar música de la que nos gusta, estar con gente de la que nos gusta y la sensación de estar en casa. Muchas veces las noches más memorables son así.

Tras la fiesta, lo que procede cuando sales a la calle y el sol te ciega es, primero, atornillarte a las orejas las gafas de sol y después reponer fuerzas en el primer bar que encuentres abierto. Por muy «cocido» que vayas siempre te queda capacidad suficiente como para pedir un café y todo lo de comer que puedas. Pero a primera hora de la mañana de un domingo, en un barrio de Barcelona que no conoces de nada, la misión no fue fácil y tuvimos que dar varias vueltas sin destino conocido. El instinto adquirido en muchos años de campaña nocturna dio resultados. En la mismísima puerta del bar había aparcado un coche negro, no sé de qué marca, pero de buen tamaño. En el interior dos tipos con gafas negras —que no parecían llevarlas por el sol, más bien parecían formar parte de su cráneo— llamaron mi atención, al igual que la expresión de sus caras. Caras indiscutibles de duros de barrio que claramente te decían: «Ni toserme». No hablaban entre ellos, estaban petrificados en los asientos delanteros del gran coche negro. Sus miradas, al unísono,

nos siguieron hasta que entramos en el bar, que estaba lleno. Por suerte había una mesa libre en la que refugiarnos. Primero para aparcar las posaderas y además para aislarnos en lo posible de la energía de primera hora que emanaba de las voces de los clientes. Pedimos lo que pudimos y nos lo tragamos con la secreta esperanza de paliar la resaca. Mi chica y yo devorábamos las magdalenas embolsadas en absoluto silencio. A mi espalda se mantenía una tensa conversación. Yo estaba interesado y a la vez acojonado. Detrás de mí se discutía sobre la calidad de algo que alguien no quería comprar. Después de darle vueltas al tema y de que el comprador argumentase sobre los perjuicios que le acarrearía comprar aquello, la tensión se elevó:

—Tú me lo has pedido, tú te lo llevas, si no te tendré seco una buena temporada. Además, cuando mis socios vean que no lo quieres se van a mosquear y mucho. Están fuera, esperando ver la pasta antes de abrir el maletero.

Se hizo el silencio.

—Es que no es lo de siempre.

—Es lo que hay.

—Bueno, pues menos pasta.

—Ni una «cala».

Las ganas de volverme y ver las caras, sobre todo del vendedor, eran irresistibles, solo que las ganas de seguir viviendo las superaban.

—Es que lo que me has traído es una mierda.

—No tan mierda y es lo que hay, decídete.

Entre la resaca que había aparecido un buen rato antes y el pavor que sentía escuchando aquella conversación, mi cabeza no se aclaraba. Solo me quedaban reflejos para no moverme ni por asomo, quedarme callado como una estatua y de vez en cuando, por señas, decirle a mi novia que no hablara. Ella no entendía nada, claro, pero yo le prestaba toda mi atención a lo que se trajinaba en la mesa contigua.

Con lo lento que trabajaba mi cerebro tardé en asociar a los tipos del coche negro con los que estaban a mi espalda. Recordar la imagen de los de fuera me produjo un escalofrío. Aunque las segundas magdalenas estaban intactas, incluso dentro de la bolsa, volví a poner mi dedo índice en perpendicular a mis labios para que mi novia supiera que debía callar pasara lo que pasara. Me levanté, fui a la barra, pagué y salimos a la calle. Aparcado y con los mismos tipos dentro seguía el coche negro. Evité cruzar mi mirada con las suyas y, fingiendo que no existían para mí, nos alejamos tranquilamente del bar. No me sentí a salvo hasta verme sentado en mi coche, que estaba unos metros más allá. Entonces comencé a contarle a mi novia lo que había escuchado. «Ya los he oído yo también y ¿por eso no me has dejado que me coma otra magdalena?». Pero yo seguía en mi nube, con muchos años de diferencia había vivido una situación similar en la misma ciudad.

Dormimos hasta media tarde. Preguntamos en la recepción del hotel cómo se llegaba a Sant Jordi, el local multiusos donde por la noche sería el concierto de Aerosmith. La suerte nos acompañaba, al menos al principio. Nos indicaron que cogiéramos una avenida cercana y siguiéramos rectos una gran distancia hasta encontrarnos con el recinto que buscábamos. Seguimos las indicaciones tan contentos de lo fácil que sería llegar, hasta que nos encontramos con la policía local que nos desvió a la derecha. Fue en una enorme plaza que estaba tomada por la celebración del Día del Orgullo Gay. Me parecía muy bien que celebraran su fiesta, pero con lo torpe que soy circulando por una ciudad que no es la mía, me rompía el fácil recorrido hasta el Sant Jordi.

En el escenario de la celebración unos cuantos chicos bailaban. Creí reconocer a uno de ellos de haberle visto, seguramente, en el fragor del área de descanso de un par de noches antes. Tuvimos que dar la vuelta a media ciudad después de que la festiva concentración gay ocupara el sencillo itinerario que podíamos haber recorrido desde el hotel. Sant Jordi no estaba lleno, pero el ambiente era total. Nos dieron entradas para una especie de palco

en el que dos chicas italianas se desmadraban a placer mientras Aerosmith tocaba. Hicimos buenas migas con ellas en poco tiempo. A la más desmelenada (que además era la más atractiva de las dos) le propuse un trío. No se lo pensó.

A primera hora del día siguiente volvíamos a rehacer el mismo camino. Casi 600 kilómetros habíamos hecho con Aerosmith como destino. Tocaba desandar esa ruta y añadir los casi 70 kilómetros que había desde Vitoria a Bilbao, porque ahora el destino eran San Mamés y AC/DC. Nada pasó que merezca la pena contar de aquel regreso, ni siquiera me acordé del punto en el que habíamos parado a descansar tres noches antes. A unos 200 kilómetros de Bilbao caí en la cuenta de que no teníamos entradas. Así soy yo: desastroso en cualquier asunto que requiera organización, pero más que brillante improvisando. Dejé de conducir y me aferré al teléfono. Veinte minutos después y tan solo con dos o tres llamadas ya teníamos entradas. Llegamos al estadio del Athletic, donde sería el último concierto de AC/DC en cuatro años. Definitivamente el último para Malcolm Young.

Me recuerdo a mí mismo tumbado, con la ropa puesta, en la cama de un hotel bilbaíno haciendo «moviola» de mis últimos cuatro días. Carreteras sin final, kilómetros a saco, situaciones peligrosas, risas y encuentros con amigos, hoteles impersonales, comidas a deshoras y poco sanas y unos cuantos litros de gasoil quemados en el camino de ida y vuelta. ¿Habría alguien que hubiera hecho lo mismo? ¿Éramos los únicos *colgaos* capaces de moverse así? ¿Por qué la gran motivación a la que sin pensar obedecían mis impulsos era el rock? No llegué a ninguna conclusión. Resumí que en media semana había estado en los conciertos de tres de las bandas más grandes del planeta. Era lo único que importaba.

Delincuencia solidaria

Haber llevado un diario de *Emisión Pirata* habría resultado muy práctico y jugoso al cabo del tiempo, pero nunca lo hice. Cada programa es una aventura, un despliegue de neuronas listas para saltar en microsegundos cuando las situaciones inesperadas aparecen. En dos o tres horas de radio rock nocturna puede pasar de todo, en lo profesional y en lo personal. Como aquella noche en la que un amigo músico, al que en el ambiente del rock llaman *el Ruso*, apareció en el estudio con una botella de champán y una «chica», es decir, una prostituta, de la calle del Capitán Haya para celebrar que por fin había conseguido abrirme paso en la radio.

Pero de aquellas noches lejanas en las que *Emisión Pirata* comenzaba a hacer historia recuerdo algo muy gracioso. Recibí una llamada en la que alguien me contaba que le había desaparecido el coche. Apunté los datos en un papel y los solté en antena por si algún oyente lo había visto. No más de diez minutos después, desde una cabina —lo sé porque escuché cómo caían las monedas— recibí una llamada disculpándose: «Joder, no sabía que el "buga" fuera de alguien del rollo; lo dejo en Atocha, eso sí sin "sopa" que no tengo una "cala"».

Mi cuarto de hora

Si sumara los kilómetros que he volado le daría así como diez vueltas a la Tierra. Por supuesto que no ganaría a los Rolling Stones en el número de veces que he pisado un escenario, pero no me quedaría muy lejos de la mitad. Nadie del rock nacional ha dejado de pasar por mis programas y —a excepción de unos cuantos y por supuesto de los que ya no están— los nombres del rock que hicieron historia han pasado por mis micrófonos. Pero todo esto junto no me ha proporcionado mis «quince minutos de gloria» como lo hizo aquel programa de Telemadrid. Un productor me llamó contándome que era oyente mío, que su admiración era muy grande, que llevaba años siguiendo mi trayectoria y que yo era un

personaje más que necesario para el programa que preparaba. Que me diera tanto jabón me escamó, pero acepté. La realidad, supongo, debió de ser la habitual: alguien le había fallado y necesitaba que yo le reemplazara en el plató.

La cita televisiva era para un programa matinal de Telemadrid. Estábamos a comienzos del segundo milenio y habían rescatado un formato muy recurrente en los años ochenta pero que ya resultaba más que trasnochado: la vieja fórmula de las tribus urbanas. En aquella década participé en varios, pero ahora no me apetecía nada la idea, nunca supe por qué acepté. A las ocho de la mañana alguien aporreaba la puerta de mi casa. En aquellos tiempos yo no sabía lo que eran esas horas, más bien no sabía que era posible salir de la cama a esas horas. Los de Telemadrid me enviaban un cochazo para trasladarme a los estudios, yo creo que era para asegurarse de que asistiría al programa. Desde la cama le dije al aporreador que esperara tranquilo, me apreté un Cola Cao y me duché. No sé si por mi inexperiencia en madrugar o que me sentía mal conmigo mismo por haber aceptado aquella encerrona, pero la verdad es que una mala leche de la peor calidad invadía todo mi ser.

En el camerino me encontré con los demás participantes del programa. Había un tipo encantador con unos cuantos *piercings* y *tattoos* que había venido desde Bilbao en el primer avión de la mañana. También estaba un aspirante a pijo con corbata. Representaba a la juventud empresarial y defendía a ultranza la filosofía de dedicar la vida en hacer que la empresa, propiedad de otros, creciera a base de su verborrea y corbata. Había más gente representante de otras tribus, pero no las recuerdo. Yo, cómo no, estaba allí como cabeza visible del rock y del *heavy* y como tal me comporté. Al de la corbata casi me lo como en directo, recuerdo que poco me faltó para darle un buen puñetazo. Mientras esperábamos a que Alicia Senovilla hablara de cotilleos nos ofrecieron un desayuno, que era lo único que íbamos a recibir por llenar más de media hora de televisión. El chico de Bilbao me pidió hacernos una foto juntos para ponerla en su taller de *tattoos* y de paso se hizo un

porro. Hacía años que yo no fumaba y además a esas horas no me apetecía en absoluto, pero él lo lio y se lo fumó. No le habría dado más de dos caladas cuando aparecieron tres o cuatro azafatas del programa, todas con su uniforme, cortándole la jugada al de Bilbao. «Esto es un edificio oficial y aquí no se pueden consumir sustancias ilegales». ¿De dónde había salido aquella *pringá*? «Que es solo un porro», le dije mientras atacaba el bizcocho del desayuno. «Pero aquí no se puede», me respondió. «Mira, este tío se debe de haber levantado a las cuatro de la mañana para estar a tiempo en el aeropuerto, coger un avión y venir a este programa sin cobrar una cala. ¿Le vas a prohibir que se fume un inocente porro?». La azafata no contaba con aquellos argumentos. Antes de retirarse hizo algún tipo de amenaza, pero no le sirvió de nada, salió del camerino con el rabo entre las piernas.

Por fin llegamos al plató. Nos sentaron a cada uno en el sillón asignado y nos colocaron los micros de corbata con su correspondiente petaca (aparato que envía la señal a la mesa de sonido). En esto me llega la misma azafata antivicio y me dice que se les había olvidado (y no fue lo único) darme a firmar un papel por el cual cedía todos mis derechos de imagen al participar en aquel programa a cambio de nada. Le dije que yo no firmaba aquello. Me contesta que en ese caso no podía salir en antena. Me levanté, me empecé a quitar la petaca y se arrepintió. Finalmente estampé en aquel papel mi firma de campaña: una especie de bandera pirata naíf, muy naíf, con un círculo que contiene una calavera sonriente encima de dos trazos en forma de X similar a las tibias cruzadas de la bandera pirata.

Aquel más que deficiente equipo de producción —muy preocupado por lo que se fumaba en los camerinos e inoperativo con los documentos— se olvidó de recogernos los teléfonos móviles o, al menos, pedir que los apagáramos. Esto me proporcionó mis «quince minutos de gloria». Alicia Senovilla presentó a cada uno de los participantes de aquel «innovador» formato de las tribus urbanas. Me estaba presentando mientras mi careto estaba en

pantalla. Supongo que alguien me reconoció y le dio por llamarme en ese momento. Mi teléfono sonó, lo saqué del bolsillo de mi chupa y respondí sin saber quién era. En total directo y sin cortarme dije: «Lo siento, tronco, llámame luego que ahora estoy en un programa de marujas». El descojono fue general, tanto que trascendió a todos los programas de *zapping* de todas las teles. En los siguientes días se me pudo ver con frecuencia en este tipo de espacios televisivos, en los que resumen lo más gracioso de lo que ha ocurrido en los diferentes canales. Yo no los veía, veo muy poca televisión, pero todo el mundo me lo decía.

Habían pasado dos o tres semanas de aquello y estaba una noche tirado en mi sofá tragándome *Crónicas marcianas* de Javier Sardá. A mí no me gustaba el programa. Desde mi punto de vista ningún *show* nocturno del país ha superado a *Esta noche cruzamos el Mississippi* de Pepe Navarro. Pero por alguna extraña circunstancia aquella noche me despanzurré en mi sofá y me lo comí. De pronto me veo en pantalla, diciéndole a alguien (que sigo sin saber quién era) que me llamara después, que estaba en un programa de marujas. Mi aparición estaba en la sección de *zapping* que Javier Cárdenas hacía en *Crónicas*. El cuñado de Alfonso Arús me daba caña mientras que Javier Sardá me defendía. Aunque no me afectó en absoluto no entendía por qué un colaborador de segunda división del programa decía gilipolleces sobre mí.

Hay tramos de la calle de Velázquez de Madrid que, a diario y sobre las once de la noche, son un desierto. Acabé mi programa en Radio Libertad y crucé la calle para coger un taxi en dirección a mi casa. Estuve esperando un buen rato sin conseguirlo. En esto que veo a Cárdenas saliendo de un restaurante japonés con una tía y, como yo, se pusieron a esperar un taxi. El tipo ni siquiera me vio. Lógico, se estaba currando al bombón que le acompañaba. No pude cortarme, me encaré y le solté a bocajarro: «Ten cuidadito en volverte a meter conmigo». En eso apareció un taxi, lo paré y nos fuimos. Supongo que el menda no tenía idea de quién era yo y por qué le había dicho aquello, pero se lo dije. Paradojas de la vida,

ahora somos competencia en las primeras horas de la radio cada mañana.

Billetes de mil pesetas

Los aviones no me gustan, es más, no me gustan nada. Pero claro, hacerse Madrid-Londres en dos horas cuando por carretera tardas tres días es algo que ni te planteas. Los vuelos por el interior de la península Ibérica los huyo definitivamente. Si vas sumando lo que tardas en llegar al aeropuerto, el tiempo de antelación al vuelo, el vuelo (contando que no haya retrasos), el desembarco, recoger el equipaje si vas cargado y llegar desde el aeropuerto hasta donde vayas… Es más o menos lo mismo que si lo haces en coche. Además volando te pierdes el paisaje y esas paradas en la ruta que son la sal y la pimienta de un viaje. Desde los años ochenta en que empecé a hacer bolos no habré volado más de diez veces para ir a presentar un concierto, pero en aquella ocasión sí lo hice. En una población periférica de Barcelona alguien reunió a todas las bandas de peludos de la vieja escuela: Barón Rojo, Obús, Saratoga, Medina Azahara y Los Suaves entre otros, con mi menda como presentador.

Me hice el puente aéreo. Junto a mí se sentó un chico que estaba haciendo la mili en Madrid y tenía unos días de permiso que aprovechó para pasar en Cataluña, su tierra. Sus amigos le esperaban en El Prat, fueron más que amables y me llevaron desde el aeropuerto hasta el hotel donde nos concentramos casi todos los participantes del festival. Me dejaron en la entrada y les pedí que esperaran unos minutos. Mi intención era dejar el equipaje en la recepción y luego ir con los chicos al bar más cercano e invitarles a unas cervezas como agradecimiento por el traslado, y así lo hicimos. Al llegar al mostrador el empleado del hotel me pregunta si soy el «señor Pirata». Le respondo afirmativamente, pone cara de desastre y me comunica que el «señor Yosi» me está esperando con urgencia. Mi primera reacción fue pensar que algo gordo y

terrible había ocurrido, cosa totalmente posible dada la cantidad de grupos que estaban reunidos para el festival.

Inmediatamente me tranquilicé. Conociendo al Yosi como le conozco caí en la cuenta de que tanta urgencia también podía ser por cualquier nimiedad. Vamos, que Yosi es capaz de valorar como desastre mundial haber visto a alguien con una camiseta de Los Suaves que en lugar de su típico gato llevara un perro. Mentalmente le mandé a tomar por culo y me fui con los chicos al bar. Cuando volví al hotel el recepcionista estaba al borde de un ataque de nervios: «Por favor, por favor, señor Pirata, acuda urgentemente a la habitación del señor Yosi, que le está esperando y dice que es muy urgente». Volví a pensar: «Que le den». Rellené la ficha, subí a mi habitación y tranquilamente deshice mi ligero equipaje. Entonces y solo entonces fui a buscar a Yosi. Ni me saludó: «Dame los billetes de mil pelas que tengas». Saqué dos o tres papeles verdes y unas monedas. «Monedas no», me dijo.

Yosi solo quería billetes de mil. Se quedó con los míos y los juntó a tres o cuatro suyos. «Vente conmigo», me dijo. Empezó, puerta por puerta, a pedirles a los compañeros de su grupo que le dieran los billetes verdes que llevaran. Yo no entendía nada. Moncho, que entonces era guitarra del grupo, le dio uno o dos billetes, pero Alberto, el otro guitarrista, le dijo que no tenía. Y así puerta por puerta. Yo iba tras él preguntándole constantemente para qué quería los billetes solo de mil pesetas. Cuando acabó su recolección de *talegos* los contó con los ojos llenos de ilusión: «Doce, no está mal». «*¿Pa'* qué coño quieres los billetes?», le pregunté rotundo. «Verás —me contesta—, esta mañana, ya casi llegando a Barcelona, hemos parado en una gasolinera, he comprado el periódico y mira…». Me enseñó el diario: «¡¡Putas a mil pelas!! Llamamos y que vengan doce, las dejamos en pelotas en el pasillo del hotel y menudo desfile de *majorettes* que montamos». No me dieron ganas ni de recoger el dinero.

El «Zaetón»

Uno de los grupos que formaba parte de aquel largo festival era Medina Azahara y su bajista nos hizo reír un rato. El *backstage* del festival por sí solo ya era una fiesta: músicos, *managers*, allegados, técnicos, currantes y chicas, muchas chicas en la parte de atrás del escenario. Aunque nadie hizo caso de las intenciones de Yosi en cuanto al grupo de *majorettes*, íbamos todos «calentitos».

El hotel en el que estábamos no era ninguna maravilla. Supuse que debía de ser uno de esos sitios que acogen aventuras de fin de semana porque al recorrer los pasillos camino del ascensor se escuchaban, casi en cada puerta, gemidos salvajes de mujeres gozando. Ese fue el comentario más generalizado que oí cuando llegué a la parte de atrás del escenario. Los grupos tocaban, yo presentaba a cada uno y volvía a la fiesta que se vivía en los aledaños de los camerinos. Paco Ventura, el guitarrista de Medina Azahara, realizaba sobre las teclas un solo eterno que prolongaba el ya de por sí más que extenso concierto de los cordobeses. Mientras Paco tocaba, me viene Javier Gálvez —el *manager* de rock más histórico de este país, que nos dejó hace unos años— y me dice que si a alguien le daba por hacer un festival con Barón Rojo, Ñu y Medina Azahara podría llamarlo «el concierto eterno», porque estos tres grupos, cuando se suben a un escenario, se sabe cuándo empiezan pero no cuándo acaban.

Medina rebasó con creces su tiempo y cuando acabaron se quedaron en la fiesta del *backstage*. Las risas y el buen rollo presidían el ambiente. Apareció mi amigo y compañero Mariano Muniesa, nos pusimos a charlar y vimos cómo se desarrollaba una escena más que divertida: el bajista de Medina se acercaba a una tía, todo simpatía, hablaba con ella, pero pocos minutos después la sonrisa desaparecía de su cara y, a poca distancia, Mariano y yo veíamos cómo se despedía de la chica. Estaba claro que no se había comido nada y se iba a «entrarle» a otra chica. Le daba igual que estuviera sola o con amigos, mientras quedara claro que no

estuviese con el novio. José Miguel Fernández —luciendo su bigote — lo intentaba pero fracasaba una y otra vez. La escena se desarrolló durante más de media hora y las carcajadas tras cada fracaso eran más sonadas. Nuestras risas no eran porque nos creyéramos superiores en ese terreno respecto al músico: al menos él lo intentaba con perseverancia, nosotros ni eso. Un nuevo intento, un nuevo fracaso. Nos planteamos que el fallo podía estar en lo que les decía a las chicas, en cómo las «entraba», así que nos acercamos a él para presenciar más de cerca cuál era su estrategia. Cuando estábamos lo suficientemente cerca como para escucharle en plena conquista, otra chica le volvía a dar calabazas. Después de tanta frustración el pobre estaba *quemao*. Le dije: «Tronco, se pone mal la noche». Nos miró y vimos que tenía claro que Mariano y yo sabíamos de sobra que no se había comido una rosca después de intentarlo más de diez o doce veces. Su respuesta fue clara. Con ese acento *súpersalao* de los andaluces nos dice muy cabreado: «Me *via li* al hotel, *vya ensendé* la tele y con la primera que *zalga* me *vyaser* un *zaetón*», y desapareció.

Un par de meses después me lo volví a encontrar en otro concierto y le pregunté que quién había aparecido en la tele aquella noche. Y con cara de mala leche me responde: «Carrascal». Se refería a José María Carrascal, aquel presentador de informativos que se hizo popular por sus chillonas corbatas.

Blues, flamenco y chitón

Desde que la cultura del rock empezó a expandirse en este país, los que nos interesamos por ella comenzamos a comparar un género colindante, el blues, con nuestro flamenco. El paralelismo era muy lógico: música proveniente de etnias marginadas y mal vistas, como los negros y los gitanos, generaban una música que maravillaba al mundo. De hecho a comienzos de los años setenta un grupo de Sevilla llamado Smash —con el legendario Gualberto y con el

maestro Manuel Molina— ya experimentaron la fusión de los sonidos eléctricos del rock con el arte gitano en un tema histórico que se llamó *El garrotín*. Muchos años después, en el verano de 1998, en la plaza de toros de Las Ventas, Raimundo Amador y B. B. King juntaban *Gerundina* y *Lucille* en una noche calurosa que pasaría a la historia. Aunque no consiguieron la resonancia que esperaban con la alianza de los dos géneros, al menos el guitarrista gitano y el de color se hicieron coleguitas. Yo no estuve en aquel concierto.

En el verano del año 2002 B. B. King volvió a Madrid. El Cuartel del Conde Duque era el recinto para el concierto. King salió con toda su banda y mientras tocaba el primer tema invitó a Raimundo. Salió y tocaron juntos, sentados. Efectivamente fue una pieza mágica. Cuando acabó el tema el guitarrista gitano se levantó para irse. De pronto la mano de King le agarra y le vuelve a sentar en la silla para que siga tocando, se luzca cuanto quiera y le dé color a todo el concierto. La cara de Raimundo era más que expresiva: «Solo he venido para un tema, pero a ver quién le dice que no». Y con resignación pero con arte Raimundo le siguió el juego a la leyenda del blues. Cuando coincidí con él en el festival Extremúsica en Mérida le recordé el «morrazo» del guitarrista americano y resignadamente asintió.

Ni con cristales

Concierto de Jane's Addiction en Madrid, sala Universal Sur, domingo 7 de abril de 1991. Mi amigo Mariano Gil —enorme personaje en el mundo del coleccionismo discográfico— y yo presentes en el concierto. Sed que aprieta. Barra de la sala atendida por camarera guapa pero lenta y con más simpatía por los otros clientes que por nosotros. Sus preferencias me empezaban a cansar y para conseguir las cervezas apelo a todo lo que se me ocurre, pero no me funciona nada. Por fin le digo que soy minusválido, que

no puedo estar tanto tiempo de pie y que por favor me atienda. «Si ya, tú minusválido y yo ciega». Con una agilidad que me sorprendió a mí mismo me subí la pernera del pantalón, me desabroché el aparato ortopédico que me permite andar y en unos segundos lo puse encima de la barra. Las cervezas llegaron enseguida. Mi amigo, Mariano Gil, dice que nunca olvidará la cara de la camarera al ver el mecanismo de cueros y acero inoxidable.

Final… por ahora

Así soy yo. Me pongo el mundo por montera cuando puedo y, como todo hijo de vecino, me refugio en mi rincón cuando las cosa van mal. Eso sí: lo que de especial y diferente tiene el universo del rock ha conseguido, como has podido comprobar en las páginas anteriores, que hubiera días en los que no lo pasé muy mal que digamos.

Seguimos vivos y además en el camino. Peleando y saboreando las posibilidades que nos ofrece el propio camino. A veces pienso que el hecho de que esto pase a estas alturas es un auténtico milagro. La carretera, los conciertos, los compañeros de viaje, la radio… en definitiva EL ROCK, SIEMPRE EL ROCK. Es lo que sigue presidiendo mis días.

Y también el disfrutar de cada canción, de cada disco, de haber visitado ciudades de la España profunda en los años setenta con unos cuantos amigos; haber pasado a tener más de medio millón (¿¿no era ya un millón??) de personas que se ponen en marcha cada mañana a golpe de rock escuchando el programa de radio que hago con mi banda. Un gran paso que me ha costado más de cuarenta años darlo. En el camino se quedaron varios nombres de mujer que compartieron su vida conmigo, unas cuantas emisoras y cadenas de radio por las que pasé, cantidad de lugares que pisé, muchísimas noches de fiesta, amigos que se fueron y miles y miles de horas de trabajo todas y cada una de ellas apasionantes.

El pasado ¡grande!, el presente ¡increíble! y encima... ¡hay futuro! Por esto, y porque hay muchas historias del rock que merecen la pena ser contadas, en este momento, en el que por fin acabo este libro, ya estoy planeando el próximo.

¡Larga vida al rock!

Notas

1 Cuando Deep Purple volvió en 1984 con su disco *Perfect Strangers*, hicimos un largo concurso en mi programa y el premio era una Stratocaster firmada por Ritchie Blackmore. Después de superar varias cribas con preguntas sobre el grupo cada vez más difíciles, unos cuantos concursantes consiguieron llegar a la fase final. Entre ellos hicimos un sorteo y el preciado instrumento correspondió a un chico de Madrid que estudiaba en Barcelona. Le enviamos su premio y dos o tres meses después la guitarra estaba de vuelta con una carta que no podré olvidar. El chico que había ganado me contaba que era madrileño, que venía de una familia sin recursos empeñada en que él estudiara una carrera universitaria y que tenía unos familiares en Barcelona con mayor poder económico y sin hijos que se habían ofrecido a mantenerle y a pagar sus estudios. La casa de sus tíos y la facultad eran los únicos lugares que pisaba y su único escape, su única diversión, era mi programa. En la carta no concretaba la carrera que hacía, solo que se dedicaba a ella exclusivamente. Sí, era muy fan de Deep Purple, pero no tenía tiempo para aprender a tocar la guitarra, con lo cual aquel premio conseguido en buena lid acabaría siendo un trofeo inútil, un trasto acumulando polvo en una pequeña habitación. «La guitarra firmada por Ritchie Blackmore —me contaba— a mí no me sirve para nada. Seguro que tú sabrás qué hacer con ella». Nunca volví a tener noticias de aquel chico. La guitarra, ahora, forma parte del Rock Museum.

2 *Meet and Greet* es la expresión que se usa para definir un encuentro agradable para los fans: un grupo de personas privilegiadas, ya sea por ganar un concurso, designadas por el club de fans o por el enchufismo directo, tienen la oportunidad de ver y saludar a su ídolo. En ese rato, que suele durar una media hora, los fans se toman fotos, les dan regalos, hablan con ellos; y sus ídolos les firman cedés, camisetas, libros, etc. Comenzaron a hacerse a mitad de los noventa y los primeros que recuerdo fueron con Aerosmith y Pantera. En esa ocasión, de camino a la sala donde nos encontraríamos con el grupo de Phil Anselmo y Dimebag Darrell, escuché a Santi —uno de los promotores del festival — decirle a alguien: «Aquí, vamos a cenar». «¿Cómo que a cenar? —le contestó el otro—, si a mí me han dicho que vamos a un *meet and grill*».